LIOTECA POÉTICA

RIMAS CHILENAS

por

E. DE LA BARRA

Garnier Hermanos
Paris





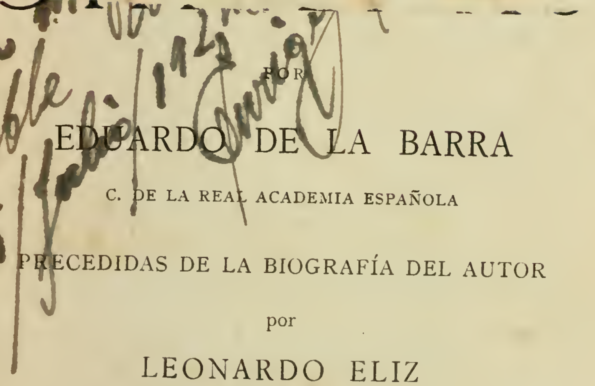
RIMAS CHILENAS



EDUARDO DE LA BARRA

RASGOS BIOGRÁFICOS

DE



POR

EDUARDO DE LA BARRA

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PRECEDIDAS DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

por

LEONARDO ELIZ

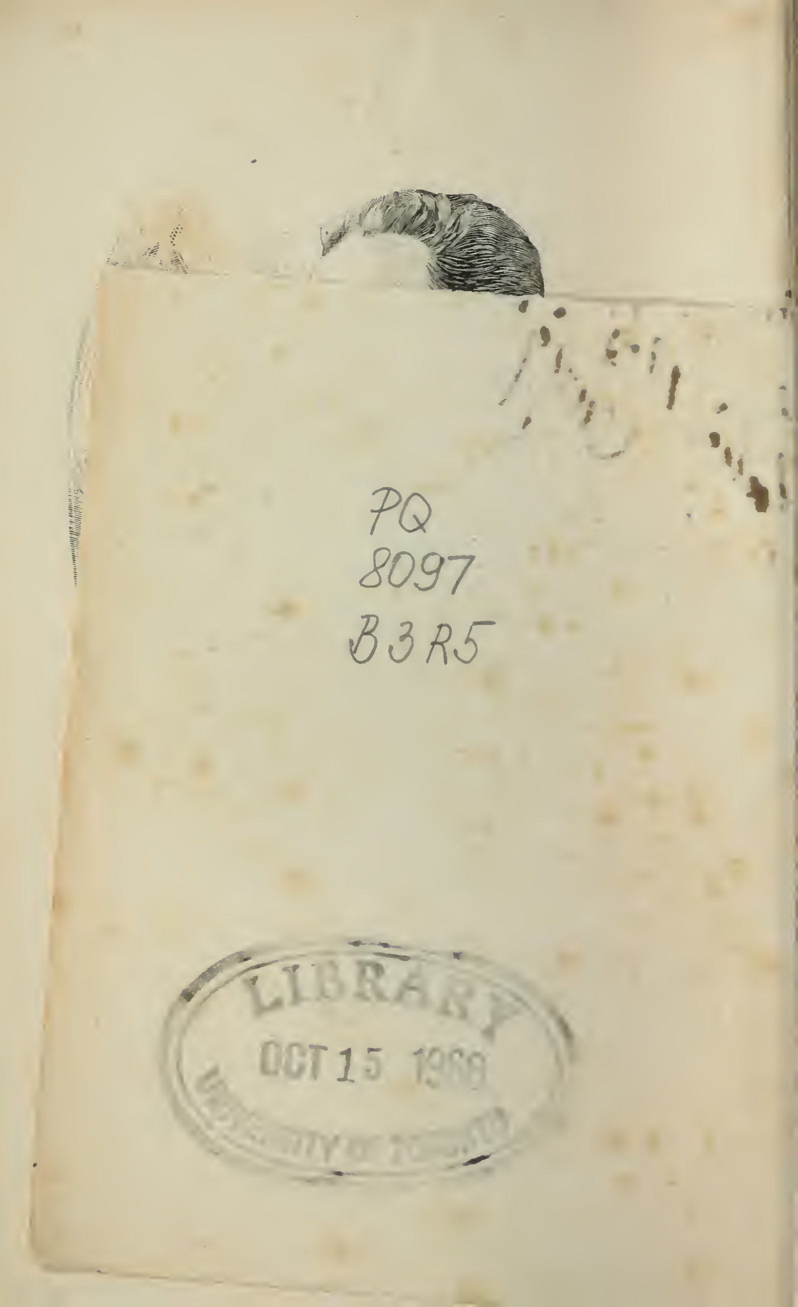
PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—

1890



RASGOS BIOGRÁFICOS

DE

DON EDUARDO DE LA BARRA

I

Si la libertad, si el progreso en todas sus esferas, son los factores principales del desarrollo de nuestras sociedades americanas; si todas siguen un mismo rumbo y llevan una marcha ascendente, no es por que en su marcha paralela se auxilien mutuamente. Entre ellas existe cierta indolencia y flojedad de relaciones, que les impide conocerse unas á otras, para estimarse mejor y valerse recíprocamente, sobre todo desde el punto de vista de su desarrollo intelectual.

¡Qué mucho que la Europa ignore casi por completo el estado social de la América, si nosotros mismos vivimos extraños unos á otros, desconociendo nuestras situaciones respectivas, nuestros recursos y tendencias, é ignorando hasta el nombre de las notabilidades que nos honran en la política, las ciencias, las artes y las letras!

Ayer no más el escritor cubano Angulo Guridi, recién llegado á nuestro país, se lamentaba de esta ignorancia de nosotros mismos en que vegetamos los americanos, y con razón mostraba extrañeza de que en Chile apenas se sospechara á Juan Montalvo, gloria del Ecuador, y menos á la inspirada poetisa dominicana Salomé Ureña de Carvajal.

El señor Angulo Guridi, que ha recorrido el Continente

de Nueva York á Santiago, confiesa que ha necesitado venir á Chile para conocer á Lastarria por sus obras, y á Barros Arana poco más que de nombre.

« Tampoco hubiera necesitado yo venir á Chile,—agrega el ilustre sobrino de Heredia, en un brillante artículo publicado no hace mucho en *El Heraldo* de Valparaíso, — para conocer las notables inspiraciones de su primer poeta Eduardo de la Barra, y sus excelentes trabajos en prosa, libros y folletos, con los que, al servir á su patria como apóstol de la verdad y su aliada la justicia, ha hecho luz, mucha luz, en asuntos de altísimo interés social. »

Estos antecedentes harán comprender por qué el libro último de Poesías de don Eduardo de la Barra (1887-1888), publicado en Santiago recientemente, sin introducción ni prólogo, al reimprimirse en París, como todo escrito americano necesita ser presentado al público, que de otro modo no es posible lanzarlo á circular al aire libre del mundo.

No sin alguna timidez vamos á cumplir la misión que se nos ha encomendado, narrando en breves páginas los rasgos más culminantes de la vida pública del señor de la Barra.

Aquí, el autor es bien conocido como un alto carácter moral y una clara inteligencia cultivada por el estudio. Hombre de progreso, abierto á las grandes ideas modernas y su sostenedor franco y valiente; patriota desinteresado, que jamás medró con la política; corazón recto, bondadoso y amante, siempre dispuesto á enseñar, á consolar y á levantar á sus semejantes; amante sincero de la verdad y campeón de la justicia, el señor de la Barra, por su corazón y su cabeza es uno de los hombres más felizmente organizados y más ricamente dotados de la República, y, por su vida entera, que es un ejemplo, merece el respeto y la estimación de sus conciudadanos.

Con razón el doctor Vanzina, sagaz observador italiano, que vivió algún tiempo en nuestro país, decía :—« Eduardo

de la Barra es, moral é intelectualmente hablando, de lo más distinguido que ha producido Chile ». Y el escritor nacional don Antonio Santibáñez Rojas, en el estudio que dedica á sus primeras poesías, que corre inserto en *El Progreso* de Melipilla (1883), agrega :—« Un hombre tan distinguido es, pues, por sus ideas, su talento, su ilustración y su amor al pueblo, acreedor á la mayor veneración de un país esencialmente culto y demócrata como Chile ».

II

Don Eduardo de la Barra sobre sus libros de matemáticas, ha colocado su lira de poeta: sobre las ciencias exactas las alas de su rica fantasía. Soñó al amanecer de la vida y dejó oír sus dulces cantos de la aurora. Amante del progreso, adorador de la libertad, hijo de la República, la Musa severa de la indignación lo inspiró como á Juvenal y lo hizo bajar á la candante arena de las discusiones políticas y sociales. Colgó la lira y su pluma se convirtió en la espada formidable de las polémicas, fulgor para los suyos, centella para los contrarios. Siempre ha estado al servicio de la verdad y la justicia, con sinceridad y abnegación, y sin desfallecimiento, á pesar de las amarguras y desengaños que ha sufrido. Y, por fin, sus flechas, aunque menos labradas, son tan vigorosas y certeras como las de Juan Montalvo, del que ya hemos hecho mención, y la obra social de estos dos hombres contra las tiranías del cuerpo y del espíritu, bien puede parangonarse porque es una misma.

Demos una mirada retrospectiva hacia sus primeros triunfos en la arena de la discusión pública.

Bajo el pseudónimo de *V. Erasmo Gesuit* (anagrama de *ego sum veritas*), causó profunda sensación, cuando en una sociedad como la de Santiago, donde los jesuítas tienen raíces seculares, lanzó sus famosas *Saludables Advertencias* á los verdaderos católicos y al clero político, mostrando en ellas un enorme caudal de erudición, de vis cómica, de lógica triunfal y de ironía acerba y abrumadora. al perseguir y acosar á los jesuítas en todos los terrenos que ellos mismos elegían batiéndose en retirada, hasta obligarlos á enmudecer.

Desde entonces (1871), sus enemigos no han cesado en su persecución tenaz, sorda y envenenada contra el Pascal chileno, como alguien lo ha llamado.

No memos célebres se hicieron sus cartas sobre Cementerios, en que abrió el camino á la secularización de esos asilos de la muerte.

Mostró en aquellos escritos asombroso saber histórico y teológico; valentía á toda prueba, y grandes condiciones de polemista y de escritor al apagàr los fuegos del arrogante obispo de la Concepción, don José Hipólito Salas, también gran polemista y orador elocuentísimo, que así cantaba una antífona como cargaba sable en mano contra sus contrarios.

Ahora bien : Francisco Bilbao, discípulo de Quinet y Lammenais, fué el primer apóstol del libre-pensamiento que tuvo Chile. Alma candorosa y entusiasta, vino á predicar el nuevo evangelio en el centro de las preocupaciones de una sociedad colonial que, sin comprenderlo, se levantó herida por su palabra de luz para coronarlo de espinas. Mas, aquella palabra fué una aurora, y aquel apóstol tuvo también admiradores entusiastas en el pueblo, que él amó, y en la ardorosa juventud que alcanzó á comprenderlo.

Bilbao murió en el destierro suspirando por la patria ngrata. Pasaron los años, y un día los enemigos de su

doctrina, por mano de uno de sus corifeos, exhumaron la memoria del filósofo para afrentarlo y maldecirlo. Sus parientes estaban fuera de Chile, sus admiradores muertos, sus amigos enmudecían, acaso temerosos del atlético vigor de los profanadores de aquellas venerandas cenizas.

Fué entonces cuando Barra, inspirado noblemente por la indignación que estalló en su alma, escribió en defensa de Bilbao el libro más formidable de polémica que se haya concebido en Chile y tal vez en América; y, al fulgor de esa polémica, derramó la más sana doctrina liberal é hizo luz sobre los grandes problemas políticos y sociales del siglo XIX.

Este libro generoso y lleno de resplandores, lo coloca, en una palabra, á la altura de su defendido.

III

El estilo del señor de lo Barra que es de grandísima flexibilidad, varía según los asuntos de que trata ó según su voluntad. En las *Saludables Advertencias,* la frase es larga, lenta en su desenvolvimiento, reposada, tranquila, severa y cuajada de citas latinas. El arzobispo Valdivieso, por el estilo y el saber teológico, no podía convencerse que bajo el pseudónimo de *Gesuit* no se ocultara algún teólogo consumado : ninguno encontraba en sus diócesis á quien culpar y al fin llamó á su despacho para interrogarlos, á tres ilustres sacerdotes, monseñor Eyzaguirre, el canónigo Taforó y otro, creyéndolos autores solidarios de aquellos escritos. Los artículos políticos firmados *Argos*, son insinuantes, de frase breve y nerviosa, llenos de colorido y rasgos espléndidos. El prudente *Néstor de Villarrica,* el festivo é ingeniosa *Pedro Zorzal,* los críticos

Juan Bachiller y *José López Villaseñor*, son otros tantos escritores distintos, y que no parecen tener ningún parentesco con *Gesuit* y *Argos*, y, sin embargo, todos escriben con la misma pluma de este escritor singular.

Dentro del mismo género aun, se nota gran variedad.

Veamos sus escritos científicos en que sobresale la claridad y la precisión, y no hallaremos comparación posible entre las páginas poético-científicas, llenas de dulzura, lozanía y colorido primaveral, de las *Transformaciones de una gota de agua*, y el cuento eminentemente filosófico, grave y profundo, intitulado : *El Fakir y el Inglés;* ni entre sus estudios sobre el *Aconcagua, el Terremoto de Arica*, la *Peste de Colchagua*, y sus escritos sobre Bacteriología ó sobre el Cólera-Morbo. Los últimos nombrados que aperecieron bajo el pseudónimo de *Dr. Nobody*, vieron la luz en los momentos de más ansiedad y espectación, cuando el cólera nos invadió por primera vez sorprendiéndonos desprevenidos, y estaban hechos con tal maestría y tino, y con tan notorio caudal de ciencia moderna, que los médicos mismos creyeron que eran debidos á algún notable colega. ¡ Tal confianza inspiraron aquellos artículos que hubo personas que buscaban como á un salvador al *Dr. Nobody!*

Las doctrinas que expuso el señor de la Barra sobre el tratamiento del Cólera-Morbo, fueron las más modernas y salvadoras, mientras que la generalidad de los doctores titulados, daban á conocer, con enmarañado tecnicismo, sólo conocimientos rutinarios, y, por tanto, ineficaces.

El respectable médico francés, Dr. E. Bobilier, al saber que el señor de la Barra era el verdadero autor de esos artículos, le dirigío una conceptuosa carta que corrobora lo que decimos, y en la cual le dice, entre otras cosas : « De todo lo escrito en estos días sobre este palpitante tema, lo mejor es lo del *Dr. Nobody*, que acabo de leer. En este trabajo todo es admirable : el orden, la claridad, la concisión y sobriedad del lenguaje, la exactitud

científica y luce sobre el conjunto un criterio tan perfecto y sagaz, que al leer estas páginas estaba convencido de habérmelas con algún catedrático notabilísimo... Tiene Ud., señor, como vulgarizador de la ciencia, el talento de Flammarión. Oigalo Ud. de boca de una persona que á nadie sabe lisonjear ».

En punto á estilo no es menor la distancia que hay entre las páginas didácticas de su *Métrica Castellana* y sus brillantísimas lecciones sobre el Dante; entre su bellísimo *Prólogo* puesto sobre el *Azul*... de Rubén Darío, — regalo de un poeta á otro poeta, — del que se ha dicho que supera al libro que precede, y el *Prólogo* á los *Estudios Económicos* de don Marcial González, tan adecuado á su objeto como diferente del anterior, sin embargo de haber sido ambos escritos casi á un tiempo.

Y, para terminar, todo queda dicho con recordar que el señor de la Barla ha imitado el estilo breve, chispeante, nervioso, entrecortado, único, excepcional, caprichoso de Justo Arteaga Alempatte, y con tal éxito que hasta el mismo Arteaga al verse tan exactamente imitado, exclamó : — « ¡Tentado estoy por creer que esto es mío! » Con no menos felicidad escribió en seguida en el estilo sencillo, reposado, ingenuo, evangélico á veces de Benjamín Franklin. ¡Los mismos sesudos escritores de *El Ferrocarril* cayeron en el garlito, y un año más tarde todavía invocaban en su apoyo la autoridad de Franklin! ¡Y qué distancia del estilo del *Buen hombre Ricardo* al del Girardín chileno...

No quiere decir esto que el escritor poseedor de tan rara cualidad, carezca de un estilo propio, como acaso la envidia se complazca en propalarlo. No. Somos los primeros en reconocerle un estilo propio, bien acentuado : claro, correcto, preciso, es elegante, expresivo y enérgico, y su frase musical y pintoresca. En prosa como en verso

varía á voluntad, se adapta á todos los tonos, imita los estilos ajenos; pero, tiene su entonación propia y característica, como el sinsonte americano que aventaja al ruiseñor en sus gorjeos, y además tiene el raro don de imitar el canto de las otras aves.

Don Emilio Bello, escribía hace más de veinte años, de este poeta : — « Sus estrofas, tan blandas de continuo como el son de un harpa eolia, tan melancólicas como las últimas notas de lejano concierto, tan locuaces, tan gárrulas, como la lengua que trina en los nidos, como el aura que juega en las cañas, suelen tembién, á veces, silbar como los vientos alterados, rugir como las olas en tempestad.

. . . .

» *Su lira se adapta á todos los tonos.* Desde el idilio, hasta la epopeya. Desde la endecha lastimera de Malvina llorando á su trovador, hasta esas estrofas de fuego que van á reventar como un trueno sobre la frente soberbia de los comentadores de César! »

Don Luis Rodríguez Velasco, otro poeta contemporáneo del señor de la Barra, decía, con no menos admiración hablando de sus nuevas poesías :—« Para mí lo más admirable y casi incomprensible, es la facilidad de Eduardo para tomar todos los tonos. Sus versos de juventud son de índole, estructura y escuela completamente distintos de los de hoy; y hoy mismo si tomo cuatro, cinco ó seis de sus composiciones y las doy á leer á críticos entendidos, me asegurarán que son de otras tantas personas diferentes ».

¡No espere verse un talento poético más flexible!

IV

Pasamos ahora á proporcionar á los lectores extranjeros de este libro de Poesías, algunos datos biográficos de su autor.

Nació don Eduardo León de la Barra y Lastarria en Santiago de Chile el 9 de febrero de 1839, y fué mecido en cuna patricia.

Pasó sus primeros años en la Serena, de donde era oriunda su señora madre. Era esta señora hija del coronel Lastarria, que ganó sus grados en las rudas campañas de Belgrano y regresó á su patria con el Ejército Libertador, y de doña Juana Munizaga, hija del hombre más acaudalado que á la sazón había en Chile.

El padre de don Eduardo de la Barra fué durante diez años secretario de nuestra primera Legación en París y Londres. Siendo discípulo de Flores Estrada, redactó un texto de *Economía Política,* el que desapareció en un incendio, y además, oyó las sabias lecciones de química del célebre profesor catalán Orfila. Mantuvo también valiosas relaciones de amistad con el general Lafayette, é indujo á venir á Chile á hombres como el doctor Sazie, Domeyko y Monvoisin, de no poca influencia en nuestro desarrollo social.

Pero, á estos recuerdos de su señor padre, agregaremos otros no menos interesantes. Su abuela paterna, doña María Mercedes López de Villaseñor y Guerrero, era poetisa, como lo eran casi todos sus hermanos, muy especialmente el padre dominicano López, famoso improvisador, comparable al peregrino ingenio de Quevedo.

Muy temprano quedó sin madre, y cuando apenas tenía nueve años perdió, en Valparaíso, á su ilustre padre. Se educó en esa ciudad en los colegios mercantiles de Goldfinch y Bluhm y de Mathews y Linacre, por los años de 1851 á 1855. Terminó allí sus estudios mercantiles y en 1856 pasó á incorporarse al Instituto Nacional, en donde hizo en tres años el curso completo de matemáticas, y obtuvo los premios de todos las clases que cursó.

Respecto á los demás pormenores biográficos, nos sería muy fácil bosquejar un retrato original y encuadrarlo en

los numerosos rasgos que poseemos; pero, en esta ocasión, preferimos ceder la palabra al comendador B. Bossi, el paisano, amigo y compañero de Garibaldi. Y la cedemos con gusto, pues en sus frases abunda la sinceridad de su pluma y hay juicios notabilísimos que honran altamente al señor Barra.

De su interesante estudio biográfico, publicado en *La Nación* de Montevideo á fines de 1882, tomamos los siguientes párrafos :

« En medio, — dice, — de la falanje de ilustraciones y distinguidos ciudadanos de Chile, en todos los ramos descuella la muy notable personalidad de Eduardo de la Barra, bien conocido por sus bellas poesías y varios é interesantes libros, por sus ideas avanzadas, como educacionista y como hombre versado en ciencias naturales.

» Eduardo de la Barra es uno de esos raros talentos que no meten ruido, pero que se labran una brillante página en la historia de su patria, de la literatura y ciencias exactas; pertenece á esos seres en quienes la caprichosa naturaleza deposita cuanto puede dar á la humana inteligencia, dones que sólo de ella pueden dimanar, porque no se heredan ni se obtienen en las universidades.

» Tal es el hombre á quien dedicamos estas mal trazadas líneas, haciéndole la merecida justicia y pidiéndole disculpa si hemos mortificado su reconocida modestia : y ésta es la biografía de nuestro amigo que hoy apenas cuenta con 42 años de edad; así es que está á la mitad de la vida intelectual, por consiguiente hay aun mucho que esperar de la vasta inteligencia de ese chileno que honra á su patria y á la América.

» Ha sido profesor de literatura, historia y matemáticas superiores en el Instituto Nacional en Santiago, en la Academia Militar y en el Liceo de Valparaíso.

» Fué primer Secretario (en 1859) de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago, de cuyo Directorio tam-

bién fué miembro y Vice-Presidente por muchos años, perteneciendo después á la Sociedad de Instrucción de Valparaíso.

» Fué fundador de la Escuela de Artesanos, donde los jóvenes estudiantes de la Universidad enseñan gratuitamente á los obreros en escuelas nocturnas. Ésta es una de las bellas instituciones de la República de Chile, y saludables y abundantes frutos ha dado.

» Inauguró en Santiago las conferencias populares, destinadas á vulgarizar las ciencias.

» En la Exposición Internacional (de 1875) de la que fuimos miembros en una comisión, fué el Secretario General y quien todo lo ideó y realizó. Trabajó con tan singular tesón, que sus mismos contrarios y adversarios, le hicieron la más cumplida justicia.

» Entre las innumerables cosas útiles que hizo para su país, en aquella época, siendo miembro del Directorio de la Sociedad de Agricultura, propuso, hasta efectuar y realizar por sí, el Congreso Agrícola, cuyos trabajos quedaron consignados en un precioso libro. Y este congreso industrial fué el primero que se ha celebrado en Sud-América.

» Reemplazó á los sabios señores Diego Barros Arana y Amunátegui en sus cátedras. Después pasó á hacerse cargo del Liceo de Valparaíso como Rector, y todo lo organizó y transformó hasta el extremo de ser hoy día el primer Establecimiento Nacional de Chile; de lo que fuimos testigos ocularas desde su principio, cuando residíamos en Valparaíso.

» Fundó en el mismo grandioso Establecimiento el Museo de Historia Natural.

» Por superior decreto se nombró una comisión de cinco personas para su fomento y tuvimos la distinción de ser incluídos en ese número, siendo Presidente el iniciador don Eduardo de la Barra. Con ese empeño que emplea en todo lo que se confía á su direeción, hoy lo ha enriquecido de

modo que es mirado y considerado como uno de los *mejores que* hay en Sud-América.

» Sirvió en la Guardia Nacional, y fué á la vez uno de los fundadores de las asociaciones de bomberos con que se enorgullece Chile.

» Ha colaborado en todos los periódicos literarios y diarios políticos liberales de Santiago y Valparaíso durante los últimos veinte años; por sus notables trabajos y propagandas de ideas nuevas, la juventud le ha reconocido y seguido como á su jefe.

» Perteneció desde muy joven al *Circulo Amigos de las Letras*, y fué al fin el verdadero formador de la *Academia de Bellas Letras*, fundada por el gran publicista señor don José Victorino Lastarria, á él asociado.

HA PUBLICADO:

» 1.º Un tomo de poesías líricas. — 2.º Sus cartas magistrales sobre los jesuítas que confundieron y debilitaron el poderoso partido clerical. — 3.º Un estudio notable y con erudición pasmosa, sobre cementerios laicos. — 4.º El radicalismo chileno, que fué el toque de agonía de aquel partido. — 5.º El Boletín de la Exposición Internacional (en nueve tomos). — 6.º Muchas memorias sobre instrucción. — 7.º Su gran trabajo sobre las obras de Francisco Bilbao, etc., etc.

» Al presente nos consta que tiene inéditas muchas otras de grande aliento y en víspera de darlas á la publicidad, sobre Literatura, Historia Literaria é Historia en general.

» En Valparaíso redactó el diario *La Opinión*. En 1875, obtuvo los dos grandes premios de la Poesía en público certamen, como antes había obtenido muchos otros.

» Aquí en la República Oriental es miembro de la Asociación Rural, y en la Masonería obtuvo el Grado 33, que es la más elevada categoría.

» Pertenece también á diferentes sociedades literarias de América y fué invitado á los Congresos de Educacionistas de Londres y Bruselas.

» El actual Presidente de Chile, señor Santa María, le ofreció un asiento en este último Congreso Nacional, que él rehusó.

» Fué en otra administración, nombrado Intendente de Valdivia y renunció tan elevado puesto por seguir en su tarea de educacionista.

» Últimamente desempeñó un papel importante en política. Cuando todo se preparaba hábilmente por el partido conservador y clerical para elevar á la Presidencia al triunfador General Baquedano, y contando para ello con la influencia de 70 años de la Capital, Santiago, sobre las Provincias, realizó con entera fe la unión de todas las Provincias contra la voluntad imperante de la Capital. Esta idea de unir las Provincias é independizarlas de la Capital, dió origen y por resultado, la Convención de Valparaíso, que proclamó al actual liberal Presidente Santa María, hasta sacarlo triunfante.

» Después de esto fué nombrado Encargado de Negocios en esta República, á donde tantas simpatías ha sabido captarse. » . . . .

V

Oigamos ahora lo que de él opinaban los jóvenes escritores nacionales como Manuel J. Vega, que escribía en

El Americano, fundado en París por Héctor F. Varela, Antonio Santibáñez Rojas, su discípulo, y Wáshington Allende, autor de un notable libro de biografías parlamentarias, escrito con independencia de juicio y altura de miras.

« Eduardo de la Barra, — decía Vega desde París á fines de 1872, — es un joven que hoy ocupa entre los chilenos un puesto de primera fila y aun está muy lejos de haber llegado á la madurez de la vida y á la plenitud de su desarrollo intelectual. No obstante, sus servicios á la causa de las letras de que es un brillante y laborioso campeón, le dan derecho á contarse entre los que más han contribuído en América á la formación de una literatura nacional.

» Poeta de nacimiento y de corazón, ingeniero por profesión, nutrido con estudios clásicos y científicos muy bien dirigidos, Barra posee un rico caudal de conocimientos, increíble en un joven de sus años.

» Como poeta ha cantado la patria y el amor, la ciencia y la virtud con facilidad y elegancia, notándose especialmente en sus poesías ese sentimiento de exquisita ternura que constituye el fondo de su carácter.

» El escritor en prosa, tal vez por cuestión de temperamento, es, sin embargo, para nosotros preferible al poeta. Es verdad que Barra, cuyo estilo es elegante, elevado, fluido, sublime á sus horas, ha contribuído á hacer nacer en la juventud liberal y entusiasta de su país, á cuya cabeza él se encuentra, un cariño entrañable á su prosa por la naturaleza de sus escritos.

» Eduardo de la Barra se ha dedicado especialmente al género de literatura que va siempre á un fin práctico. Dotado de sobresalientes cualidades intelectuales, con la fe, la actividad y el entusiasmo del Apóstol, ha puesto incansablemente su pluma al servicio de esa noble lucha que libran aún en el seno de las sociedades sud-americanas los elementos viejos de la Colonia con los elementos nuevos de la Revolución.

» Eduardo de la Barra ha combatido enérgicamente muchas de las preocupaciones que dominan aún en la sociedad chilena, con talento y rara erudición, elevándose unas veces hasta la altura del libro, bajando otras á las polémicas de la prensa diaria, y eso ha contribuído poderosamente á afianzarle la simpatía del público.

» De este noble joven todo inteligencia y todo corazón, que constituye una de las grandes esperanzas de la Patria, á la cual tanto ha servido ya con su ejemplo y con su pluma, nos decía no ha mucho el ilustrado doctor Vanzina: — *Barra es, moral é intelectualmente hablando, de lo más distinguido de la juventud de Chile* ».

VI

Don Eduardo de la Barra tiene grandes dotes de orador y de profesor, bajo estos aspectos dejemos que den su juicio varios escritores distinguidos, conocedores de sus méritos.

« Conozco muy pocos oradores en Chile, — dice el autor de las *Fotografías*; — que, como el señor de la Barra, posea tantas y tan excelentes cualidades para poder elevarse en la tribuna á las más altas regiones de la elocuencia.

» Altamirano y Errázuriz, Lira y Zañartu, Montt, Mac-Iver, Matta han conseguido imponerse á la atención pública, por el poder de su argumentación, la valentía de sus afirmaciones, el gesto, la entonación y las rítmicas inflexiones de su voz poderosa. Pero, Barra descuella entre todos ellos por la brillantez de sus imágines, sus ardientes alegorías, sus imponentes y encantadoras metáforas, la dulzura incomparable de su voz y la extensión y sonoridad de ella.

» El señor de la Barra, no ha sido vulgar político sino

ardiente y honrado propagandista de ideas, nobilísima tarea en un pueblo joven, trabajado por mezquinas ambiciones, preocupaciones inveteradas y ridículas prácticas.

» Las ideas filosóficas del señor de la Barra son de todos conocidas, y su pluma de dorados puntos, más de una vez ha introducido el desorden entre los fanáticos provocando con sus formidables escritos, vivas y apasionadas controversias. Por lo mismo, ha merecido el alto honor de ser perseguido con amargo encarnizamiento por sus enemigos ».

El distinguido escritor y educacionista don Eugenio María Hostos, hablando de los discursos del célebre orador cubano don Antonio Zambrana y de don E. de la Barra, pronunciados en un *meeting*, en el Cerro de Santa Lucía, en favor de la libertad de Cuba, decía lo siguiente en *El Correo de Nueva York,* del 12 de noviembre de 1874 :

« El orador don Eduardo de la Barra, es una de las mejores esperanzas de Chile, y uno de los jóvenes que más honran á las nuevas generaciones de la América Latina. Cuba le debe una de las poesías más entusiastas que en su honor se han escrito.

» Hombre de pensamiento, piensa más que imagina, y su discurso no es un torrente de palabras... Los oradores chilenos se atreven á creer que la oratoria no es música, ni pájaro cantor el orador. De ahí la sobriedad de palabras que enaltece el discurso del señor Eduardo de la Barra.

» El nombre de este caballero, uno de los más populares en Chile y de los más conocidos en Perú y Argentina, debe aumentar la significación de ese discurso... Lean su discurso sustancioso los capaces de pensar, cuántos nuevos adherentes puede hacer á una idea un poeta, un orador, un escritor político y un americano tan completo como el señor Barra. »

Su biógrafo y discípulo don Antonio Santibáñez Rojas agrega, hablando de nuestro poeta:

« Educado en el Instituto Nacional, en vista de sus relevantes méritos fué nombrado profesor de matemáticas y de literatura en aquel establecimiento, cuando apenas contaba veinte años de edad.

» Su nombre es para nosotros de gratos recuerdos desde que, en 1877, tuvimos la felicidad de tenerle por maestro de literatura é historia literaria en el primer establecimiento de la República.

» Recordamos con placer sus explicaciones claras y eruditas, comprobadas con los más oportunos ejemplos que le facilitaba su profundo conocimiento del habla y de los autores castellanos.

» Recordamos hasta su manera expresiva y armoniosa de declamar las hermosas églogas de Garcilaso, y el acento sonoro con que nos leía algunos pasajes fantásticos de los antiguos poemas sánscritos y otros que él sabía proporcionarse para solaz é instrucción de sus discípulos.

» Excusado nos parece decir que todos sus alumnos sentíamos por él la más sincera simpatía.

» Su amabilidad, su franqueza, esa cierta intimidad que llegaba á contraer con sus alumnos, la extensión de sus conocimientos, su figura agradable, todo, en fin, lo hacía acreedor al cariño y respeto profundo que le profesábamos.

» Ninguna clase contaba más alumnos que la suya. Más aun, jóvenes que á la misma hora tenían otras ocupaciones, faltaban á ellas por ir á escuchar al profesor de literatura.

» Terminada la clase, sus palabras se comentaban, se estudiaban, se discutían.

» Hemos leído, no sabemos donde, que la primera cualidad que debe adornar á un maestro es el amor á sus discí-

pulos. Pues bien : nuestro querido profesor poseía en alto grado esta preciosa cualidad. Amaba á sus alumnos como á algo propio, se interesaba por su suerte, y se gozaba en sus adelantos.

» El señor de la Barra era pues el tipo del profesor.

» Más tarde, como Rector del Liceo de Valparaíso tuvo bastante talento y actividad para levantar ese establecimiento del polvo de la decadencia en que yacía y elevarlo al rango de primer Liceo de la República ».

VII

El mismo juicioso biógrafo, después de dar á conocer extensamente al poeta á quien coloca á grande altura, pasa á ocuparse del prosista :

« Casi todas sus obras, — dice, — revisten un carácter político ó filosófico.

» Ha sido un esforzado compeón de la prensa, como lo probó en 1873 en que redactó *La Opinión* de Valparaíso. Allí mostró dotes de acerado y estratégico periodista, habilísimo para asestar el golpe al enemigo y diestro para barajar el de éste.

» El señor de la Barra como periodista, posee muchas de las admirables dotes de don Justo Arteaga Alemparte, el primer diarista chileno, prematuramente descendido á la tumba...

» Por último, innumerables artículos sueltos y estudios publicados en diferentes diarios y revistas, y espléndidos discursos, entre los cuales brillan por su magnificencia los pronunciados en los banquetes de la Colonia Española, concluyen de presentárnoslo como un prosista distinguido y un literato de refinado gusto ».

Veamos ahora al político y al filósofo :

« Es mi sueño la igualdad,
El progreso mi pasión,
La ciencia mi religión,
Mi musa la libertad ».

» Esta estrofa de Sierra es la síntesis elocuente de las ideas y sentimientos del demócrata de corazón, del político liberal, del pensador libre y sabio, y del poeta patriótico, objeto de estas líneas.

» Este distinguido político, luchador infatigable y esforzado de las filas liberales, no ha cejado jamás un instante, no ha dado tregua á sus adversarios, atacando siempre de frente á espada desnuda y con indomable denuedo á los partidarios del oscurantismo, toda vez que han pretendido apagar las luces del progreso para volvernos al caos humillante de la Colonia.

» Barra ha sido cruel con los fanáticos y los hipócritas. Atacando la inquisición romana, ha formado para los especuladores del templo, una inquisición moral mucho más terrible, con los puntos de su pluma implacable, de esa misma pluma que para ensalzar lo grande y lo bueno tiene todos los colores del iris y los matices de las flores.

» Por eso, por su franqueza, por su claridad, en una palabra por sus ilustres méritos, el partido ultramontano lo odia, lo detesta.

» El gran político debe tener á orgullo ese odio negro, por que en realidad, ese odio lo enaltece.

» El señor de la Barra es libre-pensador, es consecuente, quiere la razón antes que la autoridad y hace el natural y legítimo uso de sus facultades intelectuales ».

VIII

El autor de las biografías parlamentarias ya citado, agrega todavía :

« En la Exposición de Santiago, en ese gran torneo universal de 1875, el señor de la Barra figuró como secretario general, y fué realmente el alma de esa exposición por la incesante actividad que desplegó, la ruda labor que se echó á cuestas, su mirada previsora y la suma admirable de inteligencia que puso á su servicio. Era de ver á ese hombre de pequeña estatura y ricamente musculado, cómo se multiplaba y cómo se movía en ese concierto armónico y generoso de la humanidad, sin que la vigilia le preocupara ni le pusiera espanto la magnitud de la obra. Extranjeros y nacionales reconocieron la importancia de sus servicios ; y es ese precisamente el más noble triunfo del señor de la Barra.

. . . .

» El señor de la Barra posee otra bella cualidad, rara en esta sociedad profundamente egoísta, ambiciosa é intolerante, y es la de encontrar contentamiento en proteger y elevar á la juventud inteligente que estudia, trabaja y lucha. Varios nombres podría citar de jóvenes que deben sus honrosos puestos á la influencia y protección generosa y desprendida de este caballero.

» Con ello obliga el reconocimiento de la juventud, aumentando el cariño de que es objeto por parte de ella.

» En resumen : don Eduardo de la Barra brilla como poeta, como escritor, como tribuno, como polemista, como filósofo y como gran pensador. Es un espíritu excepcional que honra al país y á la América ».

IX

Agregaremos á lo dicho por otros que el señor de la Barra fué durante muchos años jefe de Sección del Ministerio de Hacienda, y hay de particular que siendo empleado público siempre ha sabido mantener su independencia, aun cuando haya sido á costa de injustas postergaciones y amarguras.

Apenas regresó de Montevideo, cumplida ya honrosamente la misión diplomática que el Supremo Gobierno le confiara, fué elegido diputado por Rancagua; pero, como él no aceptase la investidura oficial, jamás ocupó su asiento en el Congreso.

En 1885 fué nombrado Miembro honorario de la Comisión Central de Meteorología de Santiago, y en 1886 Individuo Correspondiente de la Real Academia Española y de otras corporaciones.

Concurrió á los certámenes literarios de 1887 y obtuvo los dos premios de la poesía lírica, otro más por sus fábulas originales en verso, y un cuarto por sus *Elementos de Métrica Castellana*

Esta obra contiene su *Sistema gráfico del ritmo,* que es muy ingenioso y un adelanto no sólo para la métrica nuestra sino también para todas las métricas neo-latinas. Posteriormente ha publicado un *Examen Crítico* del fallo del Jurado que dictaminó sobre estos trabajos, con el pseudónimo de *José López Villaseñor*, y en estos momentos salen á luz sus *Estudios sobre la Versificación*, llenos de novedad é interés, que él presenta como su contribución á la Academia Española. También ha inventado un aparato escolar para enseñar el ritmo según su sistema, sencillísimo en grado sumo.

Bajo el pseudónimo de Rubén Rubí, publicó en 1888, una

culta parodia de las Rimas de su amigo el joven poeta nicaragüense don Rubén Darío, que tituló *Las Rosas Andinas*. Y á fe que no pudo ser más acertada su denominación, porque al leerlas parece que se vive en la región de los trópicos. Hay en ellas tanta delicadeza como ingenio, que inhalan penetrante olor de nardos y rosas.

« En las selvas de tu tierra, donde crece sin igual
Una fauna multiforme y una flora colosal,
Donde bullen los insectos de metálico color
Y hay aromas que envenenan escondidos en la flor;
Donde hay mujeres cual palmas de cadencioso cimbrar,
Donde hay palmas cual mujeres que saben acariciar,
Donde mugen los volcanes contestándole al ciclón,
Más ardiente es la mirada, más fogoso el corazón;
Y de su cielo candente, de oro, cinabrio y turquí,
Tienen tus rimas reflejos, como tiene el colibrí.»

Así, con esta delicadeza y ternura insólitas, se dirige á Rubén Darío, en la introducción de sus contra-rimas. ¡No cabe más maestría é ingenio en sus parodias de incomparables bellezas!

En 1878 fundó la *Academia de Estudios Científicos y Literarios*, establecida en el Liceo de Valparaíso, la que se clausuró con motivo de la última guerra.

En 1877 publicó un opúsculo histórico, con el título: *Fray Luis Beltrán*. Trata de la independencia americana y de cómo un humilde fraile siente en su corazón los deberes del patriotismo, y se enrola en el Ejército Libertador de Chile, por el año de 1816. Después de haber luchado con gloria por la libertad de la América y merecido los títulos de Teniente Coronel en 1823, murió pobre y olvidado en la ciudad de Buenos-Aires. La narración de la vida de Fray Luis Beltrán es sencilla y de singular amenidad.

Por último, el segundo tomo de estas Poesías está en

prensa con el nombre de *Poesia objetiva.* Al mismo tiempo, en Valparaíso, se están reimprimiendo sus versos de juventud.

X

Para completar este bosquejo, demos á conocer el carácter del hombre por medio de breves rasgos, algunos de ellos íntimos, que lo pintan mejor que muchas palabras, y que ellos sirvan de documento auténtico á quien en mejores condiciones que nosotros, quiera trazar una verdadera biografía.

El señor de la Barra, indulgente para juzgar á los demás, es severo consigo mismo, y desconfiado de sus producciones, sus aptitudes y sus fuerzas.

Jamás acepta un puesto que crea no poder desempeñar concienzudamente. Á la edad de veinte años se le ofreció la redacción de *El Mercurio,* el primer diario de Chile, y aunque ese puesto lo habían honrado escritores como Mitre, Gutiérrez, Nadal y Sarmiento, y aun cuando aquella posición era brillantísima para un joven, él la rehusó con modestia, por no hallarse suficientemente preparado. Asi también á los comienzos del gobierno de Santa María se negó á aceptar la Superintendencia de las Aduanas de la República, por no considerarse el hombre para aquel puesto por su falta de pericia mercantil y su sobra de corazón. También cuando entraba á la vida pública iba á ser nombrado Intendente de Valdivia : el decreto estaba extendido cuando su suegro, don José Victorino Lastarria, que acababa de regresar de una misión diplomática, rompió un vivísimo fuego de oposición en el Congreso. Esta circunstancia hizo que el señor de la Barra ya no aceptara el puesto de confianza que el Gobierno le destinaba. Más tarde, don Aníbal Pinto quiso que ocupara

una intendencia y don Domingo Santa María le ofreció la Prefectura de Tacna. Él, nunca ha querido ocupar esos puestos políticos con los cuales no se aviene su carácter recto, sencillo, franco y nada aparatoso ni ventajero. ¿Ganaría el señor de la Barra una elección para el Gobierno? ¡Imposible! ¡Él,á honra tendría perderla antes que falsear un solo voto!

He aquí un ejemplo. Cuando se cerró la Exposición de 1875, él quedó cesante. Los conservadores del Directorio de aquella Exposición, quienes acababan de ver muy de cerca el vigor, la inteligencia y la lealtad de aquel hombre, quisieron aprovechar sus raras aptitudes y le ofrecieron la Secretaría de la Sociedad Nacional de Agricultura y la redacción de su Boletín. El señor de la Barra estaba sin trabajo, carecía de ahorros, tenía una familia que mantener; y, sin embargo, rehusó aquella tentadora oferta, diciendo sencillamente : — « Yo á nadie quito su puesto ».

En otra ocasión don Benjamín Vicuña Mackenna, sabiendo su situación angustiosa y su delicadeza suma, le nombró en comisión para fijar la ubicación de las escuelas de Santiago. Aquel era un pretexto para proporcionarle una pequeña ganancia. El señor de la Barra se limitó á indicar la manera fácil como podía ejecutarse el trabajo sobre el plano de Santiago, y, como creía que aquel era un gasto indebido, no aceptó la comisión. Vicuña Mackenna después decía : — « Me impuso la honrada altivez de aquel mozo, más recto que una barra de acero y más hidalgo que toda España ».

Si el dinero no lo tienta, tampoco se ha mostrado ambicioso de honores. Allá por el año de 1859, el doctor Lobeck, famoso helenista, lo propuso á la elección de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, cuando frisaba apenas en los veinte años; pero él tuvo la generosidad de pedir se eligiera en su lugar á don Eusebio Lillo, otro poeta, que le había precedido en la vida y en las letras, á quien creía injustamente olvidado. Aquella sabia corporación, tuvo, pues, que nombrar miembro de ella al señor Lillo.

Más tarde el señor Studdy Leigh, miembro de la Real Sociedad Geográfica y Geológica de Londres, conociéndolo íntimamente, le propuso hacerlo nombrar socio corresponsal de aquella asociación famosa, y él le contestó : — « Ya que Ud. quiere servirme, antes que tan insigne honor, prefiero que Ud. haga un acto de justicia : proponga en mi lugar á Francisco Vidal Gormaz que lo merece más que yo. Él, á fuerza de paciencia y de inteligencia, ha creado la Oficina Hidrográfica ». En efecto, el señor Vidal Gormaz fué propuesto é inscrito para suceder al doctor Philippi, pues la Real Sociedad ha acordado no tener más que un solo corresponsal en cada una de las Repúblicas Americanas. Barra, antes que la honra para sí, quiere la justicia para otros.

Más ha vivido para los otros que para sí : numerosos trabajos suyos corren con nombres ajenos : cartas, solicitudes, informes, escritos de diversos géneros en prosa y verso, y hasta discursos universitarios que á otros dieron fama. En una ocasión él hizo el discurso de apertura de la Exposición para su presidente, cosa bien sabida; pero, todos ignoran que él también hizo el discurso que en contestación pronunció el Presidente Errázuriz. Además, él ha sido el eterno corrector de versos de dos generaciones, desde Soffia hasta hoy, y ha corregido y revisado libros enteros con inagotable paciencia y desinterés. Es notorio que en el Ministerio, en la Exposición, en todas partes, siempre ha servido á todo el mundo, más allá de su deber, sin cobrar á nadie ni un centavo por asuntos particulares, ni por nada.

Hay un episodio curioso, que contaremos, porque pinta á los empleados públicos de otra época. Eran los días de la guerra con España : para dificultar el aprovisionamiento de la escuadra enemiga, se prohibió la exportación de comestibles, etc., á no ser bajo fianza y comprobación de que la mercadería considerada como contrabando de guerra, iba á su destino.

Un comerciante menudo de Valparaíso quiso exportar

frutos del país: no hallaba cómo proceder, y entró á pedir instrucciones para el caso al Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda. Éste, en vez de atenderlo, le contestó rudamente y concluyó por arrojarlo de su sala.

Barra, empleado allí mismo, llamó á aquel pobre hombre que salía desalentado, se impuso de su asunto, lo instruyó en lo que tenía que hacer, y al fin él mismo le redactó la solicitud, la copió por su mano y al pie puso el decreto del caso y lo entregó á la firma. Al día siguiente todo estaba despachado. El comerciante, sin salir de su asombro, le preguntó: — « ¿ Cuánto le debo, señor, por este gran servicio? » — « Nada », le contestó él, sencillamente: « aquí estamos para servir á todo el mundo ».

Á la tarde, aquel hombre agradecido, se apareció á casa del señor de la Barra llevando un loro, precioso por lo hablador, á rogarle que lo aceptara como una pequeña muestra de su agradecimiento. El señor de la Barra se excusó lo mejor que pudo; pero el buen hombre insistía y aun tomaba aquella negativa por un desaire. Entonces el joven empleado de la antigua escuela, tomando un tono más serio, le dijo: — « Yo, mi amigo, comprendo su buena intención y la agradezco; pero, sepa Ud. que es tan delicado nuestro puesto, que yo no podría admitir ni una pluma de ese loro sin deshonra para mí y mi Oficina ». ¡Qué hombres y qué tiempos!

*
* *

La Asociación de Escritores y Artistas de Madrid, acaso el primer chileno á quien se dirigió proponiéndole hacerlo su socio, fué á don Eduardo de la Barra; pero él no contesta ese género de invitaciones, porque cree que los puestos honoríficos no deben solicitarse.

Durante la guerra del Pacífico sus escritos fueron leídos con avidez é hicieron mucho bien, alentando á veces y á veces encaminando los ardores del patriotismo. Estos artículos eran anónimos las más veces, y, por tanto, sin gloria ni remuneración para el autor. Pasada la guerra hubo el propósito de repartir medallas á los escritores que hubieren cooperado á aquel brillante movimiento nacional; y se habló de cuantos habían ganado fama y dinero con su pluma; pero nadie se acordó del señor de la Barra. ¿Qué otra recompensa esperaba, sino el olvido? De la misma manera, por motivos de política interna, no se le invitó á la gran fiesta de Inauguración del Monumento á la Marina Nacional, y sin embargo, Barra era el autor de la idea, lanzada al público en una fogosa arenga improvisada, que pronunció desde los balcones de la Intendencia de Valparaíso.

Aun narraremos otro episodio curioso, porque pinta á un hombre. Don Arturo Villarroel, el famoso *Capitán-dinamita*, que tan valiosos servicios prestó en la guerra con su abnegación, su habilidad y su audacia, llegó un día casi moribundo á las puertas de nuestro poeta. Pálido, herido, demacrado, apenas podía tenerse en pie cuando lo sacaron del coche en que iba. Su razón vacilaba como sus piernas..... — « Aquí vengo á alojarme á su casa », dijo al señor de la Barra con voz sepulcral. Él, le dió el brazo y lo invitó á entrar, preguntándole afectuosamente al mismo tiempo: — « ¿Y qué es lo que tiene Ud , mi amigo? » El capitán mostrando un grueso paquete que oprimía contra el pecho : — « ¡Dinamita! », le contestó. — « ¡Diablos! Traiga Ud., yo lo llevaré.... No me ha entendido; yo le pregunto ¿qué es lo que Ud. sufre? ¿qué tiene? » — « ¡Fiebre amarilla! » — ¡Demonios! Pues entre Ud.; viene á su casa, y lo atenderemos lo mejor que podamos ». Y así, con el patriota entró la fiebre amarilla á su hogar, sin la menor vacilación y con la conciencia de cumplir un deber. El *Capitán-dinamita* estuvo entre la vida y la muerte, atendido día y noche en aquella casa

que él, por instinto, había elegido. Al cabo de un mes, ya restablecido al parecer, se fué á Santiago, ¡y desde allá dió las gracias á una opulenta familia donde se imaginaba haber estado!...

*
* *

Para este *hombre bueno* (*good boy*), como lo llamaba don David Trumbull, los días faustos de la vida son aquellos en que ha podido llevar un consuelo al que sufre ó ha salvado á algún semejante. Por eso repite siempre: « Fuera de la caridad no hay salvación ». « La Iglesia del Cristo es la caridad ».

Y esto nos lleva á hablar de sus creencias. Los clericales calumniosamente lo llaman ateo; pero, sus numerosos escritos de todos los tiempos, — que antes de trazar estas páginas hemos leído detenidamente, á fin de formarnos un juicio propio y exacto, — á grito herido declaran lo contrario. Fué, pues, el señor Barra sincero católico al comienzo de su vida, como que es de una familia de grueso tronco conservador, católica y monarquista, como que pocos en América contarán entre los suyos más jefes conservadores, — obispos y presidentes. No obstante, desde los primeros albores de la independencia, del viejo tronco realista brotaron ramas patriotas. Un canónigo, tío abuelo del poeta, figura entre los que lanzaron el primer grito de independencia desde la Paz y fué, además, miembro de la primera junta revolucionaria que hubo en América. ¡No es, pues, extraño que de aquel mismo tronco semi-conventual salgan también á luz ramas erguidas donde hoy florece el libre pensamiento!

Asaltado por las primeras dudas, savia que transforma en flores las yemas y botones del árbol de la inteligencia, nues-

tro poeta trabajó por disiparlas; pero, la experiencia demuestra que ese es el trabajo del pez que ha mordido el anzuelo. Penetró una duda en su espíritu y cayó el edificio de su fe; esto es, penetró un rayo de luz y disipó todas las tinieblas. Dejó, pues, de ser católico y lo dijo sinceramente en la plaza pública, en tiempos en que la sinceridad era bien peligrosa, y como resultado de tan temeraria franqueza, muchos le tuvieron en santo horror. Después, el estudio de Strauss y Büchner, de Comte y Littré, de Vogt y Moleschot, de Darwin y Spencer, lo inclinaron al materialismo. Tuvo el deslumbramiento de las maravillas naturales que le descubrió la ciencia; pero, el giro místico de su espíritu, la sinceridad con que buscaba la verdad y las alas inquietas de su fantasía, lo arrancaron de aquel antro estéril y lo devolvieron á la región del espiritualismo. Hoy es cristiano racionalista, y cree en el progreso indefinido del alma humana, destinada á ir de ascenso en ascenso y de perfección en perfección á través del tiempo y del espacio, en el perpetuo excelsior de una especie de iniciación sideral.

Una de sus máximas favoritas, que él practica, es la de que, *nada debemos aceptar ni rechazar sin examen*. Por eso cuando el magnetismo era un objeto de burla y risa para nuestros médicos, él lo examinó, lo aceptó y lo sostuvo, pasando casi por loco ante los hombres graves que poco piensan. Él, entonces, decía á un doctor su amigo, hoy muy encopetado : — « Tú ahora te ríes de mí, por que ignoras lo que es el magnetismo; día llegará en que yo me ría de ti, y tú te avergüences de tu ignorancia ». Y ese día llegó desde que Charcot con toda su autoridad dió á ese tipo de ilustraciones doctorales permiso para creer y admirar este curioso orden de fenómenos naturales.

Como las máximas son reglas de conducta, saber las que un hombre profesa como fundamentales siempre servirá para explicarse su carácter y sus actos. El señor Barra tiene por máxima favorita, el viejo proverbio francés : *haz lo que*

debes y venga lo que viniere, que, sin cálculos egoístas le permite obrar rectamente y sin vacilaciones : se consuela de las injusticias, diciendo : *más quiero sufrirlas que cometerlas;* y, ajustándose á los aforismos de la sabiduría egipcia, siempre repite : *afirmar la verdad es querer la justicia*, y él las quiere á ambas y de todo corazón! « La única virtud que quiero que me reconozcan, suele decir, es la de que no miento ». Prat y Condell jamás mentían y por eso su carácter es sencillo, recto y firme como el de Jorge Wáshington.

Para completar estos rasgos morales, ó apuntes para un retrato, diremos que el señor Barra, como los cuáqueros, trata á todos los hombres lo mismo, y con igual llaneza y sinceridad; porque si hace alguna distinción no es entre grandes y pequeños, entre ricos y pobres, sino entre buenos y malos, entre educados y zafios. Como oficinista siempre fué cumplidor, atento con todo el mundo y jamás por jamás pesó sobre sus subalternos. Ahora, rodeado de numerosos empleados, á cargo de quinientos alumnos, mantiene á su alrededor una cordial armonía entre tan diversos elementos. En las cosas graves juzga á los alumnos como á sus hijos y así no se equivoca.

XI

El señor de la Barra ha asistido como fundador al nacimiento de grandes y nobles instituciones, como la Escuela de Artesanos, el Cuerpo de Bomberos, y la Sociedad Médica de Santiago. Fué el primer presidente del famoso Club de Estudiantes, y él instituyó é inauguró las Conferencias populares. Él propuso y realizó el Congreso de Agricultura en 1875, que es el primer congreso industrial celebrado en Sud-América, y dió un carácter más intelectual á nuestra Expo-

sición, haciendo agregar certámenes artísticos, y procurando colecciones de obras nacionales y americanas para formar con ellas una Biblioteca Internacional, que debía quedar como monumento conmemorativo. Esta Biblioteca iría acrecentándose poco á poco, y sería el comienzo de otras análogas en las demás capitales hispano-americanas. El pensamiento era hermoso y mereció los aplausos del extranjero; mas, triste es decirlo, la envidia ó acaso la incuria, dispersó á todos los vientos los numerosos libros americanos que ya se habían acopiado. Don Eugenio María Hostos, decía á este respecto, desde su Antilla : — « Si esta idea hubiera nacido en un cerebro europeo, su autor tendría una estatua ».

Más importante aun es otra idea del mismo autor, que hoy corre el mundo anónima y sin dueño, y es la de la fundación de *Exposiciones permanentes* en los principales centros europeos, con el objeto de dar á conocer nuestra América por medio de muestras de sus productos y de informaciones seguras y frescas. Esas casas de información exhibirían los recursos materiales de América, el estado de su cultura, su estadística, sus mapas, sus fuentes de producción y consumos, y darían aún sus precios corrientes y el cambio, día á día. Allí se encontrarían hasta los avisos particulares y se publicaría un diario americano, y se proporcionaría todo género de datos y noticias por un reducido precio. Esas casas luego se costearían y prestarían un servicio incalculable á este Continente tan mal conocido. La idea que aquí apenas enunciamos, en otro lugar habremos de desarrollarla en toda su amplitud. Bástenos sólo indicar que los esfuerzos del señor Barra por establecer aquellas exposiciones son bien notorios, como se podrá ver en los Boletines y Memorias de la Exposición Internacional de 1875, y posteriormente en otros documentos.

XII

« Á enseñar á los niños consagrado
Y de los grandes en feliz olvido »

vive hoy el poeta, retirado de la política artera, de la prensa y de toda reunión pública. En un tiempo no remoto, él tomó parte activa en la política, mas en el sentido elevado de esta palabra tan elástica, sin descender jamás de la región serena de los principios al bajo mundo tenebroso de las intrigas y de la compra de votos y de conciencias; ni jamás hizo valer sus servicios en la hora del triunfo y de los favores, ni nunca ha medrado en lo más mínimo en ninguna de las luchas en que tomó parte; pues siempre ha servido con dignidad, á las ideas y no á los hombres.

Hablemos de sus ideas políticas. En este país esencialmente unitario, el señor Barra es *federal*, palabra que se suele mirar con horror en Chile, y, por tanto, es enemigo de la centralización administrativa y política, y partidario del régimen municipal, que, tarde ó temprano, vendrá á dar vida propia á las Provincias, hoy aplastadas por el poder central.

Por sus ideas y tendencias, más que á ningún otro se acerca al partido radical ó ultra-liberal, y á él ha pertenecido desde que en *La Voz de Chile*, soltó al aire su bandera roja, y siempre lo ha servido, aun que con poca fe en sus hombres, según parece. Uno de sus conmilitones, acaso por reproche, le decía en una ocasión : — *Nosotros somos todos de línea!* y él le replicó desdeñosamente : — *Pues, yo soy de los que deliberan.* Sabido es que el soldado de línea obedece sin deliberar, al revés de los ciudadanos reunidos en sus comicios.

El señor de la Barra con franqueza ingénita, les ha diri-

gido justos reproches por la prensa. desde que se plegó aquel partido al Gobierno de don Federico Errázuriz.

Tal como el famoso padre Mariana, que entre los jesuítas jamás ejerció ningún cargo á pesar de su incontestable superioridad, el señor de la Barra, hombre sin tacha, eminencia entre los radicales, por su independencia de carácter jamás ha sido nada entre ellos.

Más todavía, fuera de los puestos alejados de la capital, como el que sirvió en la diplomacia ó el que ahora ocupa, el señor de la Barra no ha figurado en la administración, ni en el Congreso. No hace mucho que nosotros le pedíamos datos sobre los puestos que ha desempeñado, y él nos contestaba : « He sido poco afortunado en mi tierra : mis compañeros, mis amigos, mis subalternos, mis discípulos y hasta los hijos de éstos me dejan atrás. Ellos han sido de todo y yo, nada; ni senador, ni diputado, ni municipal; no he sido subdelegado, ni inspector de barrio siquiera, ni aún ministro!..... *¡pas meme académicien!*...... Si he sido alguien, no he sido nada; y Ud. bien verá que no es culpa mía no poderle dar más datos sobre este punto. ¡Ah!...... se me olvidaba...... no he tenido intervención en elecciones...... ».

Y, en efecto, por una extraña anomalía que no se comprenderá fuera de aquí, el señor de la Barra propuesto á los veinte años de su edad, á la Facultad de Humanidades, hoy viejo profesor y escritor que honra á su país, ¡no pertenece á la Universidad de Chile!

Este hombre recto y sin tacha, como hemos dicho, no solamente no ha especulado con sus ideas, sino que por sostenerlas generosamente ha chocado muchos intereses poderosos, arrostrando el furor de las sectas y de los partidos, de rojos y ultramontanos, de jesuítas y masones, de obispos y presidentes.

Mas él, « sentado en las piedras del camino », como acostumbra decir, ve pasar la mascarada política y ve encumbrarse las nulidades; pero, al contemplar el oropel de sus

honores y *dignidades*, ¡ él estará satisfecho de haberse quedado en *singular!*......

La política va dejando de ser la ciencia de conducir los pueblos á su felicidad, para convertirse poco á poco en el arte de explotarlos. En tales circunstancias los hombres virtuosos y meritorios, son desconocidos, postergados y sometidos á veces á odiosos vejámenes. Su sola presencia suele mortificar á los afortunados de la situación, de ordinario aventureros audaces y sin conciencia. ¿Qué tienen los buenos que esperar de los corrompidos, enemigos naturales de la verdad y la justicia? No les queda más que prostituírse y agregarse á la comparsa de los coribantes políticos, ó perderse en la oscuridad.

Acaso por eso don Eduardo de la Barra, después de la última guerra, lleno de dignidad se ha retirado al fondo de su tienda. Ya no aparece en la prensa diaria desde donde ejercía influencia, ni en ningún acto público, y tal vez descorazonado, ha vuelto á pedir consuelo para su alma lacerada á las apacibles Musas que arrullaron su juventud.

Dijimos que él nada había sido en Chile en posición oficial; pero, mucho en el aprecio público. Y, á no dudarlo, el señor de la Barra es un noble ejemplo para la juventud, y día llegará en que su nombre se pronuncie por todos con respeto y se le cite con orgullo......

XIII

Apresurémonos también nosotros á apartarnos como él de los antros dantescos de la política militante : salgamos al aire libre : penetremos en la región de luz y armonía, y hablemos del poeta.

Don Eduardo de la Barra, desde muy tierna edad, fué gran

lector de novelas, viajes y poemas, y hay de particular que los versos que escribió desde la niñez los componía indistintamente en inglés ó en español; pues llegó á manejar el idioma de Shakspeare y de Byron con tal maestría y propiedad como su propia lengua. Tenía apenas quince años y ya sus versos galantes eran populares entre las colegialas de Valparaíso. Dos años más tarde (1856) era el poeta del Instituto Nacional, donde hacía canciones, redactaba una revista en verso, y escribía alegres parodias de fray Luis de León y otros clásicos graves. Era estudiante de literatura cuando el Rector don Santiago Prado, mandó publicar en *El Ferrocarril* uno de sus sonetos, titulado *Á la muerte de Dido* (1858), y al año siguiente era laureado en el Certamen del *Círculo de Amigos de las Letras*, por su bellísima *Oda á la Independencia de América*. Poco después vencía en un segundo Certamen al poeta granadino don Arcecio Escobar, y á don Adolfo Valderrama y otros poetas nacionales de reconocido fuste y fama, con su *Oda al Abate Molina*. Esta composición, aparte de ser inspiradísima, tiene el doble mérito de la corrección castiza y del clásico sabor lírico. Tiene versos como éstos, tan llenos de vivacidad y patriotismo, cuando se dirige á Molina :

« Ungido con ese óleo de la altura
Alzábaste imponente y majestuoso,
Como el cedro del Líbano sagrado,
Y al hombre-rey en ti, naturaleza
        Rendíale homenaje :
El águila real grito salvaje
Lanzaba altiva junto á ti, al mecerse
Del cielo azul entre las tenues blondas ;
El eco ronco del volcán ardiente,
        Voz de la madre tierra
Que el parabién te daba parecía,
        Y el rápido torrente

Al despeñarse en espumosas ondas,
Melancólico « ¡ adiós ! » te repetía ;
El rayo que en las nubes estallaba
Con nueva luz tu frente iluminaba,
Y, á tu voz respondiendo,
Sobre el inmenso espacio iba rodando
El ronco trueno, lento retumbando ».

Y después dice en líricos arranques :

« Y ese sublime aterrador concierto
Nacido de la egregia Cordillera,
La voz de lo creado,
La voz del cosmos era,
Que nueva luz te daba
Y en sus grandes secretos te iniciaba ».

. . . .

« De su Biblia las páginas
Naturaleza pródiga no oculta
Á aquel que sus oráculos,
Con la razón por guía, audaz consulta ».

« Cuvier, en las vorágines
De montes sobre montes superpuestos,
Y en los dispersos fósiles,
De razas que no son últimos restos,
Leyó la historia auténtica
Que el verdadero génesis encierra,
Y halló la huella, en lentas metamórfosis,
Del paso de los siglos por la tierra ».

« Por senda ignota y virgen,
La multiforme esencia
Buscando de lo creado,

Del templo de la ciencia
Tú, llegaste al vestíbulo sagrado ».

Escribió en todas las Revistas literarias de aquel tiempo; esto es, desde 1859 hasta 1866, en cuyo último año coleccionó sus principales composiciones en un volumen de *Poesias Liricas*, el cual tuvo tan buena acogida, que en pocas semanas fué agotada la edición y cimentó en el Continente la fama de su autor, quien, sin embargo, desde entonces colgó la lira y enmudeció su Musa. Era una rareza que el señor Barra escribiera versos, y aun dejó correr los años sin componer ni uno solo, dedicado como estaba á sus grandes batallas por la prensa.

El Certamen de 1875 logró tentarlo, y en esa solemne ocasión obtuvo los dos grandes premios de la Poesía concedido, por la Exposición Internacional. Dicen que en esa época compuso muchos más versos que han desaparecido : sospechamos que una de sus rimas se refiera á esta circunstancia.

Sea como fuere, ello es que después se negaba tenazmente hasta para poner una quintilla en un álbum; mas, en 1882 se vió obligado á componer pequeñas inscripciones para los abanicos de las damas del Plata, y una que otra composición. En 1885, la insistencia de una joven hermosa lo hizo escribir una composición que permanece inédita, *Ni Flores ni Versos,* en que se muestra tan alejado de la poesía como de las flores de su juventud, sin presentir él mismo el renacimiento que para su Musa se acercaba.

Fué en 1887 cuando su alma se abrió de nuevo, como una flor de oculta fragancia á los rayos de un sol primaveral, como una explosión de luz deslumbradora que disipa las brumas del hastío y de las desilusiones,

Y entonces del laúd brotaron flores
Henchidas de perfumes y colores.

Y eran de la nueva escuela insinuante de Enrique Heine y de Gustavo A. Bécquer, de la cual, si no nos equivocamos, será tenido por el más conspicuo representante en América.

Este volumen nacido casi de repente en sus manos, confirmará nuestro aserto.

XIV

Sentimos no tener á nuestra disposición los diversos juicios críticos que en América se han publicado sobre el primer volumen en que el señor de la Barra compiló los versos de su edad juvenil y por eso nos limitamos á reproducir la opinión de los que hemos podido obtener.

Don Adolfo Valderrama, en su *Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena*, dice : « El amor ha sido para nuestro joven poeta una rica mina que ha explotado de preferencia; lo ha estudiado en todas sus fases, en todas sus multiplicadas metamorfosis. Barra se inclina donde quiera que pase la belleza; es, en fin, un caballero como los que nos pinta Guillén de Castro ».

Don Manuel J. Vega lo llama : « Poeta de nacimiento y de corazón, que ha cantado la patria, el amor, la ciencia y la virtud con facilidad y elegancia, notándose especialmente en sus poesías ese sentimiento exquisito de ternura que constituye el fondo de su carácter ».

Wáshington Allende agregaba diez años más tarde, en 1883 : « Donde Barra brilla sin rival, hasta llegar á ocupar

sin contrapeso el primer puesto, es en la Poesía, ese encantador arrullo del espíritu. »

También acuerda al señor de la Barra una envidiable altura, Rómulo Mandiola, aquel acerbo crítico de la escuela de Hermosilla, que con odio extraño se encarnizó en su contra. He aquí de que manera lo apreciaba Mandiola como poeta : « El señor de la Barra, — dice, — es uno de nuestros mejores poetas, por su inspiración ardiente y delicada, su forma original y generalmente correcta. Se diría que su poesía ha nacido bajo los rayos del sol de los trópicos, tan vivas son sus imágenes y tanta es la fuerza de su colorido ».

Igual opinión han expresado eminentes críticos extranjeros, que le han tenido por un poeta tropical.

Don Antonio Santibáñez Rojas, al hablar de la imaginación ardiente é impetuosa del señor de la Barra, dice : — « Verdaderamente que Heredia y Plácido, esos dos mágicos cantores de América, y Bello el paisajista maestro, han pintado los cuadros de la naturaleza ardiente y fecunda que encendía sus cerebros; pero, Barra se pone á la altura de aquellos cantores admirables. »

Y, en fin, el autor de las *Fotografías,* agrega aún : « Ni Plácido con su melancólica dulzura; ni Mármol con su fulminante y poderosa indignación; ni Lillo con su exquisita ternura; ni Matta con su bélica entonación; ni Gutiérrez González, ni Berro, pudieron alcanzar un conjunto tan armonioso, espontáneo y divino, como el que se escapa á torrentes de la admirable y delicada lira de don Eduardo de la Barra ».

Muchos otros juicios análogos podríamos citar, recaídos todos ellos sobre el volumen de las primeras poesías de este autor, volumen hoy muy raro, que le valió calurosas muestras de simpatía, como él mismo pudo comprobarlo en Lima el año de 1871, y once años más tarde en ambas orillas del Plata.

Pero, como dijimos, á pesar de todo, las estrofas tiernas, espontáneas, melodiosas y apasionadas, fueron reemplazadas por las páginas candentes y nerviosas de la polémica ó por las más templadas de la enseñanza diaria en la cátedra y la prensa.

XV

Durante veinte años de vida activa, el señor de la Barra vivió consagrado al servicio de los demás y no á su propio adelantamiento. Su lira en tanto, como dijimos, permaneció en silencio. Al fin, sea por desengaños de la vida, sea cediendo á alguna imperiosa necesidad del espíritu, el cielo nublado de su poesía, como el sol en su ocaso, se encendió en una súbita, espléndida explosión, como lo atestiguan este volumen y el que va á seguirle, producidos en muy breve tiempo.

El mismo poeta lo dice así en sus *Flores de la tarde* :

« Corona juvenil y esplendorosa,
De blanco lirio y encendida rosa,
Al sol naciente ciñe la mañana ;
Y, cuando el sol en los confines arde,
Su espléndida corona de oro y grana
Prende á tus sienes, temblorosa tarde ».

« Así mi Musa al comenzar el día
Dió al tierno amor sus prematuras flores,
Y las recibe con la tarde fría.
Ilusión de ilusiones fué mi encanto,
Rotos celajes fueron mis amores
Y hoy, á la tarde, mis recuerdos canto ».

Creemos que el esplendor de la tarde ha eclipsado la rescura de la mañana de lirios y rosas, y que el estro de este poeta, lleno de reflejos tropicales, lejos de empañarse con los años, ha ganado en lozanía, brillo y altura.

No es menos bella que la anterior su composición titulada *¡Milagro!* En sus versos de dulce melancolía trasparenta mejor el renacimiento de su alma á los resplandores de la Poesía. Hela aquí :

¡MILAGRO!

I

Cual la pálida hija de Jaïro,
Mi Musa dió un suspiro
Y en blancos paños se durmió después ;
En un rayo de luna al claro cielo
Tendió el seguro vuelo,
Y á la región de la armonía fué.

II

Á la pálida niña, fría y yerta,
Cristo dijo : — ¡ Despierta !
Y la niña sonriendo despertó :
— Y á la Musa, por años adormida,

¿Quién trajo á nueva vida?
— ¡Una palabra tuya, dulce Amor!

Los recuerdos de la juventud, los arrullos del amor y las ilusiones inagotables, he aquí la síntesis creadora en su edad presente. Á las eolias pulsaciones de la lira, desaparece el hielo de los años, y surge espléndida la primavera del espíritu.

De la escuela americana que se inspiraba en el romanticismo franco-español, de Hugo, Lamartine y Musset por un lado, y Quintana, Espronceda y Zorrilla por el otro, pasó sin transición á la escuela insinuante de Heine y de Bécquer, que es de tan diversa índole y condiciones.

Sus rimas de este último género, triunfaron sobre numerosos rivales en el Certamen más concurrido que se ha celebrado en Chile; merecieron los encomios de los jueces Lastarria, Blanco Cuartín y Barros Arana, y después, el público ratificó plenamente ese juicio de tres maestros.

El señor Barra, siempre desconfiado de sus producciones, debido á su modestia y nobleza de carácter, en esta vez sometió sus rimas al juicio sagaz y delicadísimo de la mujer, que siente los versos en el corazón, y quedó satisfecho de su prueba cuando vió rodar las preciosas lágrimas y recibió las entusiastas felicitaciones de las reinas del sentimiento, quienes sin vacilar lo ponen á la par de Bécquer, su poeta favorito.

¿Qué mejor dictamen y mayor gloria deseaba el bardo del amor y la belleza para sus delicadas rimas, que los afectos del corazón de las bellas? Si éstas mostraron en sus ojos la ternura y los ensueños del alma, ¿acaso en sus versos no campean también las flores del sentimiento, esas lágrimas que simbolizan el amor y la sublime poesía?

Con razón ha podido decir :

« Si en las reinas del mundo un eco encuentran
Vuestras fugaces notas,

Mientras dure el amor y el sentimiento,
¡Id, sin miedo, canciones cadenciosas! »

Conocedor como el que más de los misterios del corazón humano, sus versos melodiosos son los descubridores de ocultos sentimientos. En su composición *El Jazmín*, bellísima por la verdad y el colorido, dice :

« De tus ojos el llanto yo he comprendido,
Que los nobles anhelos sé comprender;
¡Del recuerdo de amores yo sé el latido!.....
Al compás de mis Rimas, que es un gemido,
¡Cuántas veces el llanto no vi caer! »

No menos entusiastas se han mostrado de sus Rimas los jóvenes escritores, capaces de juzgar sin estrecheces de secta. Los viejos literatos recién principian á pronunciarse sobre estas nuevas poesías.

Don Guillermo Matta, desde Buenos Aires, escribe al autor : « Inútil será repetir en elogio de su precioso volumen de poesías, que ostenta las cualidades de su autor : belleza en la forma y viril gracia en el fondo. Más de una de esas poesías podría compararse á una copa cincelada por un artista genial y diestro en sorprender con obras maestras. Reciba pues, mis calorosas felicitaciones de amigo y de admirador ».

Don Juan Nepomuceno Espejo, actual Rector del Instituto Nacional, decía no hace mucho, lo siguiente sobre las poesías de este volumen: « Prescindiendo de la forma esterna, que es siempre artística, hay en el fondo de estas estrofas tanta verdad en los sentimientos, tanta exactitud en las imágenes, que nos parecen, más que la expresión de afectos ajenos, la expresión de nuestros propios afectos. De ahí el

mérito que á mis ojos tienen estas composiciones. Escritas con el corazón, las conservará la memoria como el recuerdo de nuestras más secretas emociones, y tendrán con nosotros esa intimidad misteriosa que, al hermanar nuestros sentimientos, auna nuestras almas ».

El señor don Vicente Barrantes, correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, en un notable juicio crítico sobre las composiciones del Certamen Varela de 1887, publicado en *La España Moderna*, de Madrid, al hablar de las *Rimas Laureadas* del señor Barra, dice que sus « imitaciones de Bécquer pueden ponerse al lado del modelo, que es el mayor elogio que de ellas puede hacerse..... Por cierto que el jurado, — agrega, — tan inmerecidamente benévolo con los épicos, no entona al señor la Barra el ditirambo que merecía, máxime habiendo ocurrido la singular coincidencia de proponer, también esta vez, la división del premio entre dos autores y resultar ambos una misma persona, que, á mayor abundamiento, iba asimismo á resultar autor premiado de otras dos obras más y de carácter muy distinto, una de ellas en prosa ».

Don J. Arnoldo Márquez el distinguidísimo literato peruano y él mismo gran poeta, hablando de los vates del Continente, numerosos como las estrellas, decía expresivamente : « Con seguridad, que entre los seis primeros poetas de América hay que colocar á Eduardo de la Barra, á quien yo indiqué en sus primeros años el camino de las Musas ».

Don Rubén Darío, poeta de Nicaragua, en una carta que dirigió al señor Barra, en 1888, decíale que antes de alejarse de las playas chilenas, iba á dejarle una obra suya, aun sin nombre, y agregaba : « Quiero que Ud. sea el padrino. Si la puede llevar á la pila, grande será la honra, *por venir del primero de los poetas que hoy tiene Chile* ».

La obra á que se refería Rubén Darío, fué después el *Azul*....., cuyo bellísimo *Prólogo*, como hemos dicho más adelante, es debido á la pluma del señor de la Barra.

XVI

Forman la *Primera parte* de este libro las *Rimas Laureadas*, las mismas que entraron al Certamen, en competencia con cuarenta y cinco colecciones rivales de diversos autores. Campean entre ellas las composiciones becquerianas ó de carácter insinuante, que los ingleses llaman *sugestivo*. Las quince primeras de estas Rimas, sobre todo, distintas de cuanto el malogrado Bécquer produjo, parecen, sin embargo, brotadas de su corazón y cinceladas por su mano delicada y artística. No son éstas las únicas, pues las hay del mismo carácter sembradas en todo el libro.

Si el señor Barra ha escrito como bajo el dictado de Bécquer, en realidad lo imita en tres ocasiones solamente; pero de una manera tan feliz lo hace, que cada imitación vale una nueva creación. Así Fr. Luis de León imitó al pagano Horacio, y Lafontaine á Fedro y á Esopo.

La primera de estas imitaciones recae sobre una de las más sentidas y celebradas poesías del insigne poeta sevillano, la que termina con aquel grito de dolor salido del alma :

« ¡ Dios mío, qué sólos
Se quedan los muertos ! »

Es muy difícil reproducir esta exclamación á sangre fría, sino imposible. ¡ Cómo finjir la emoción real, palpitante,

sentida por el poeta en presencia del cadáver de aquella joven que lo sumerge en un mar de amargadas dudas! ¿Por un prodigio del arte? — No : eso sólo se hace sintiéndolo, y no se siente á voluntad, sino cuando la realidad estremece nuestra alma. Y el señor Barra se halló un día delante de esa realidad conmovedora; y desarrolló sus propios sentimientos vaciándolos en la urna becqueriana.

Venía de sepultar á su amigo muy querido Wálter Burton, y bajo el imperio de el sentimiento se sintió compelido á tomar la pluma y escribió lo que acababa de presenciar y sentir. Por una natural asociación de ideas, su propia situación lo llevaría á pensar, sin duda, en la análoga de su poeta favorito.

Por eso canta como él y adopta idéntica forma esterna, tal vez con más arte, con miras más profundas y una convicción más acentuada. Él, recordando á Bécquer, lamenta también la soledad en que quedan los muertos; más luego, tornando á la realidad de las cosas, termina con un rasgo final nuevo, conmovedor y á nuestro entender muy superior al de la composición española.

Después de enterrar al amigo, dirige sus pasos á la morada de la madre y dice :

« Llegué : de la madre
Vi el dolor sombrío;
La hallé inconsolable,
Oí sus gemidos.
—« ¡ Qué sóla me quedo !
¡ Qué sóla sin mi hijo !... »
Me dijo llorando;
Y de entonces digo :
« *¡ Qué solos, qué solos*
Se quedan los vivos ! »

Esto es imitar superando.

No menos valiosa es la imitación de aquella famosísima

composición, *¡ Volverán las oscuras golondrinas !,* que tiene entre otras, la dificultad de haber sido ya tan cargosamente imitada, parodiada y repetida.

La del poeta chileno si menos pintoresca que la original, es más profunda y apasionada. La una halaga más la fantasía, por el colorido y la imagen; la otra conmueve y oca más el fondo del corazón.

El señor Barra no es pues, un imitador de Bécquer, aun cuando escriba como Bécquer, lo que no es poco decir. El señor Barra tiene la facilidad de imitar el estilo de otros poetas, de otras épocas y de otras escuelas, y esto no quita que tenga el suyo propio y sea eminentemente original.

XVII

Dentro del género insinuante y sin salir de las primeras rimas, ¡qué variedad de formas, cadencias, sentimientos y cualidades diversas predominantes, no diferencian esos pequeños poemas unos de otros! La *Introducción* misma ya parece anunciar esa rica y armoniosa variedad : sobre el fondo real y pintoresco en que se divisa á Sevilla, el idealismo ha tendido el encaje delicado de sus ensueños. Luego ¡qué virginal delicadeza tiembla en el cristal transparente de la rima I, sólo comparable á la que comienza : *¿Por qué no te lo dije?,* sin duda, su complemento; y que originalidad en la IX, *Bárbaro, á Omar llamaron las historias;* y cuánto arte y *humour* en aquellos esdrújulos caprichosamente cortados por rimas agudas, en la VII : *Te di una flor regada con mis lágrimas!* Ni qué rima más sombría que aquella extraña imprecación que encierra la XIII : *Negros eran los ojos de mi amada;* ni qué de más ingenioso que la XIV que comienza con esta interrogación : *¿ Vuelven los*

muertos á la tierra oscura?; ni qui de más fantástico que la XV, *En el fondo de un témpano de hielo;* ni de más profundo que la XVI, *Cuánto lloré en silencio, no lo saben,* llanto de la humanidad entera, incesante y amargo como las olas del Océano.

¿Á qué seguir enumerando? Parece que el espíritu de Bécquer hubiera sido el numen inspirador de aquellas variadísimas notas henchidas de poesía, vibrantes de sentimiento, ricas, originales, pintorescas, aristocráticas y bajo todos aspectos artísticamente bellas.

Entre las demás composiciones de la *Primera parte* las hay tan elegantes y acabadas como *Pigmalión,* tan delicadas como el *Gilguero,* tan candenciosas como *El Primer Trovador;* las hay realistas como *Hipnotismo*, la *Canción de lo Real*, y muy especialmente las rimas XXV y XXVI, que tienen mucha novedad, y la LXIII, sin duda una de las mejores del libro; y las hay eminentemente idealistas y soñadoras como la XXXVIII, y *Ensueños,* y la que comienza : *Cuando no pienso en nada en mucho pienso.* Hay una brevísima que simboliza los amores imposibles, de un idealismo verdaderamente germánico, y es la rima XXVIII, *Desde su lecho de grama...*

Las hay todavía delicadas, ingeniosas, ligeras, graciosas, profundas, apasionadas y siempre correctas y armoniosas y siempre sentidas é inspiradas. Llama la atención en muchas de ellas el rasgo final, nuevo é inesperado, enérgico, nervioso que sorprende, impresiona y se graba en el espíritu. Ese remate brillante y feliz, corona del pensamiento, propio de los buenos sonetos, es frecuente en estos poemas líricos, y también lo es la alteración en la estructura de la última estrofa, artísticamente diversa de las anteriores con el objeto de producir uno sensación final también diversa.

En las Nuevas Rimas de la *Segunda parte*, hallará el lector como en las selvas del Nuevo-Mundo, una lujosa variedad

de hojas y matices, de flores y de sorpresas, que no tienen los pinares del norte frío, ni los bosques de viejas encinas ennoblecidas por el tiempo.

Aquí también al lado de las obras realistas como *La Tisis* la *Duda*, etc., hay otras ultras-idealistas como *Spirita, en la tumba*, *Khairé!*, *La esencia de las cosas*...

En esta parte, atendiendo á cualidades muy diversas entre sí, damos la preferencia á las tituladas : *¡Volverán!, Las Estrellas, El cielo azul, Las Golondrinas, El Grillo, Oda á la Paloma, Vista polar, Las hojas secas*, y sobre todas preferimos por su ingenuidad aquel grito enérgico del alma, aquel *¡Madre mia!*, que es una ancha vena de sentimiento sincero, fluyendo del corazón abundante y conmovedora.

La *Tercera parte*, los POEMAS DEL CORAZÓN, « rico collar de cristalinas perlas,—condensación de lágrimas lloradas », luciendo las mismas cualidades de las Rimas anteriores, las aventaja en pasión, y se distingue de ellas como la llama rugiente, de la brasa que corona y vivifica.

Quisiéramos repasar estas perlas una á una y señalar sus bellezas y valor artístico; pero, por no hacernos interminables nos limitaremos á enumerar las que sobrestimamos, como la delicadísima *Fantasia*, *El nido abandonado,* llena de sentimiento, *¡Voy á verla!,* ingenua como la verdad, y las intituladas *Á solas, Alas del amor*, *Pasión, Elegía, Flor de las tumbas,* etc., etc. Mas, entre todas las de este grupo descuella sin duda la que se denomina *Canciones sin palabras*, por su fondo soñador, apasionado, singular, opulento; y por la novedad de su ejecución, condiciones y cualidades que la hacen una de las composiciones más originales del libro y del Parnaso Americano.

La *Cuarta parte*, titulada MISCELÁNEA, contiene cantares y zamacuecas populares, versos alegres, festivos, picarescos, estrofas breves y decidoras, mas no por eso menos sentidas, profundas, elegantes y originales que las anteriores. Entre estas notables poesías, señalaremos las denominadas :

Longino, Amor, Tela de araña, Como la noche, Gravitación Universal, Vida nueva, El arco iris, Experiencia, y muchas otras.

Tras de esta rápida revista de lo que el lector puede estimar mejor y más despacio, después de hacer notar la flexibilidad extraordinaria con que el autor se adapta á todos los estilos, entonaciones y escuelas, y como últimamente se ha adueñado del espíritu de Bécquer, á quien á veces iguala y otras supera como en *Los Buitres* en que se levanta á mayor altura, para concluír réstanos, sobre todo, señalar á la atención de los lectores, la singular composición que lleva por título : *La Canción del Loco,* la cual creemos no tiene parecido en nuestra lengua.

XVIII

Ahora, permítasenos, á fuer de biógrafos, un detalle casero.

Cada composición es una historia real, las más veces oculta y disfrazada bajo el velo de la alegoría ó de otra manera. Vamos á revelar la historia de una sola de esas breves páginas, en que se riman tantos latidos del corazón, tantas esperanzas, tantas decepciones de la vida.

Hemos contado más adelante que la Musa del señor de la Barra callaba desde su juventud. Mas, un día reaparece joven y vigorosa á arrebatar las palmas del triunfo á la nueva generación; y ese triunfo le costó inesperadas amarguras, como tuvimos ocasión de presenciarlo, y de ello quedan rastros en la prensa.

El triunfo del poeta reaparecido irritó á los jóvenes vates, quienes no se conformaban con que el viejo gladiador de

la pluma, encordando de nuevo su lira olvidada, los venciera en su propio campo, el campo de rosas de la poesía becqueriana, tan propicia al vigor primaveral de la juventud. Se le atacó por la prensa como si hubiera cometido una acción punible, y llovieron los malos versos en su contra; se le miró como á un intruso.

El señor Barra, fuerte en su derecho, repelió aquellos ataques injustos con dos fábulas que contuvieron á los más osados, y los castigó en la gallarda y desdeñosa composición de sabor clásico, *El Arco de Ulises*, incluída en este volumen.

Analicémosla á la ligera. Después de pintar con rápidas pinceladas los príncipes disipados que asedian á Penélope, muestra á Ulises bajo la apariencia de un anciano mendigo, llegando á su hogar. Penélope lo reconoce, y ocultando su regocijo, lleva á la sala del festín el fuerte arco de su ausente esposo y pide á los jóvenes pretendientes que en él ensayen su pujanza y destreza, ofreciendo su mano al vencedor.

Ellos aceptan, y ensayan el arco uno en pos del otro, pero ninguno logra doblarlo siquiera, porque el arco de Odiseo es fuerte como un roble. Algunos se retiran avergonzados; otros ríen.

« Y con desdén fingido, el más osado
Arco y flechas da al suelo »

« El manto entonces suelta, y vigoroso,
Atlético el anciano el arco toma,
Y el arco gime al conocer su mano,
Y dócil se le allana ».

« Atónitos lo ven los pretendientes
Erguirse como un dios, y huyen medrosos
De sus flechas vibrantes perseguidos,
Y al héroe reconocen ».

« Penélope á sus brazos vencedores
Vuela, y Ulises á la digna esposa
Besa, y la dice : «¡ Qué mi beso borre
La dolorosa ausencia ! »

« Y ella responde :—«¡ Qué á tu lado corran
Leves los años ! ¡ Como sol radiante
Tus flechas dispersaron á los mozos,
Tus ojos mis pesares ! »

. . . .

Luego, tras este cuadro de sencillez helénica, el Poeta se vuelve á su Musa, fiel Penélope que lo ha aguardado en silencio durante veinte años, sin apagar el fuego sagrado de su inspiración, y la dice :

« Musa del alma, tras de larga ausencia
Vuelvo á tus brazos á reinar contigo......
¿ Quién me lo impide ? ¡ y en mis propios lares !...
¡ Pásame el arco al punto ! »

¡ Arrogante, admirable reticencia ! ¡ Gallardo reto, poderosa réplica que de una pincelada reproduce el cuadro homérico y clava en los pretendientes que lo desconocieron, las flechas irresistibles del poeta vencedor !

Mas, sea dicho en honor de la juventud siempre generosa, que, cuando leyeron las *Rimas Laureadas*, las aplaudieron sin reserva, ¡ tal vez aquellos mismos que por una aberración, negaban á su autor el derecho de concurrir al Certamen y casi el de componer versos !......

XIX

En resumen, las dotes poéticas del señor de la Barra, como puede notarse por la lectura de sus versos, son tan variadas como llenas de garbosidad y lirismo. Si canta en los tonos victor-huganos, los versos fluyen de su estro impregnados de romanticismo. Si canta á la manera de los clásicos, sus mismas entonaciones atestiguan un refinado gusto estético y modo peculiar de sintetizar los pensamientos.

El poeta nace. La imaginación y el sentimiento constituyen su fuerza creadora. Á ella se entrega en los éxtasis sublimes de la inspiración, como el cóndor que se remonta, con el poder de sus alas, por las regiones siderales.

¡El Poeta! ¡su misión es eterna, infinita como los sueños de su alma! ¡Ya cante como el sinsonte americano en la rama de un árbol en flor, en la orilla de una fuente que rizan las auras estivales, en las frondas de las vírgenes selvas, ó en el inmenso torbellino de las sociedades humanas, siempre conmoverán sus canciones y llegarán al corazón en ráfagas de luz á despertar los ensueños del espíritu!

Los cantos del poeta tienen el fulgor de los astros en las noches sombrías, la tenue claridad de la aurora y los variados matices de las flores.

Barra nació poeta, y mientras viva en el mundo de las exterioridades, su Musa de garrida belleza, pulsará ora el laúd de los tristes recuerdas, ora la lira de las grandes ideas filosóficas.

Pero su Musa no decaerá desde el solio en que hoy ostenta su gloria; porque en sus venas arde el sol de los trópicos y en su imaginación abejean los himnos de los castos amores y purísimos ideales. Tiene toda la serenidad y pureza del cielo patrio y todas las tormentas del Océano. Es el lirismo de la verdadera poseía.

En sus *Canciones sin palabras*, lo da así á comprender :

« ¡ En el limbo interior del pecho mío,
Como en el globo la central marea,
Suena un himno perpetuo, un himno extraño
Que dentro de mí mismo rumorea,
Como la ardiente juventud del año,
Como las voces del inmenso mar ! »

¡ Sí ! ¡ es el himno de la inspiración, es el arrullo del genio de la Poesía, que induce á cantar, á llorar, á reír ! ¡ Es la locura de Hamlet y el pudor de Ofelia enamorada ! *Canciones sin palabras*, es

« ¡ El himno que palpita y aletea
Con las alas gigantes de los sueños,
El que tiene amarguras y sonrisas,
Terribles huracanes, mansas brisas,
Ardiente amor y luz primaveral !...... »

En suma, las poesías del señor de la Barra tienen el mérito de la inspiración, en el más noble significado de esta palabra, y la corrección castiza y musical de su estructura; la belleza y profundidad en los pensamientos y la artística manera de expresarlos.

XX

Hemos procurado presentar á los lectores extranjeros, — que los nacionales poco lo necesitan, — un retrato de don Eduardo de la Barra, dando á conocer los hechos culminantes de su vida y los rasgos geniales de que hemos podido

disponer, para dar á conocer al hombre y explicar al poeta.

Es éste el pr cursor de un trabajo crítico-biográfico mucho más extenso, que en la actualidad preparamos, con el fin de contribuír á que Chile conozca en vida á los hombres que honra después de muertos, cuando ya han pasado, llevando el corazón desgarrado por la amargura y sin dar los frutos que pudieron y debieron si la justicia de los hombres de su tiempo les hubiera consolado.

El señor Barra, herido por los desengaños de la vida y presa de una enfermedad incurable, lucha merced á su organización vigorosa; mas, cuando llegue su turno de descansar, bajará tranquilo á la tumba, con la conciencia limpia, después de una larga vida de honrada labor y de grandes desilusiones.

Será recordado con respeto y cariño y sus poesías reflorecerán sobre su sepultura, como un tributo perpetuo á la Patria que él tanto ha amado.

LEONARDO ELIZ.

Santiago, á 8 de octubre de 1889.

PRIMERA PARTE

RIMAS LAUREADAS

ADVERTENCIA

Á LAS RIMAS LAUREADAS

El 21 de mayo de 1887, don Federico Varela, con el noble propósito de fomentar las letras, abrió un segundo certamen y propuso seis temas diversos en prosa y en verso. El segundo de estos temas fué el siguiente :

POESÍA LÍRICA. — *Á la mejor colección de composiciones poéticas del género sugestivo ó insinuante, de que es tipo el poeta español Gustavo A. Bécquer.*

Luego, en las *Observaciones* que el señor Varela hizo á los jurados para explanar su pensamiento, refiriéndose á este tema, les decía : « El género sugestivo, breve y delicado por esencia, pues sólo insinúa las cosas, y sustancioso, porque suele contener más ideas que palabras, cuadra bien al espíritu de nuestro tiempo, y por lo mismo, es hoy estimado y conviene que lo fomentemos. Servirá para atemperar nuestra poesía nacional, que suele ser demasiado verbosa, introduciendo en ella cierto gusto por la sobriedad, la delicadeza y la pasión que campean en Bécquer y los que siguen su escuela. »

Que el tema fué bien elegido y aceptado, claro lo dice la extraordinaria concurrencia de poetas que entraron á dispu-

tarse el premio. Los jurados, dentro del término fijado, recibieron cuarenta y siete colecciones de poesías del género, y tres más que devolvieron por llegar tarde al concurso.

Después de un prolijo examen, que duró más de un mes, los jurados se concretaron á dos de estas colecciones, que aun quedaban en pie disputándose el campo, y como no hallaran por cuál decidirse, pues las encontraban de un mérito par, resolvieron al fin compartir entre ambas el premio ofrecido. Esas poesías afortunadas eran las que se presentaron bajo los seudónimos de *Job* y *Alí-Gazul*.

Estas colecciones, de un mismo autor ambas, se publicaron íntegras en el libro del certamen Varela, sin alterar ni una sílaba, porque á los ojos de su autor tenían el carácter de un documento; pero, ahora que él puede disponer libremente de su obra, presenta completa la primera colección, y de la segunda separa aquellas composiciones de un carácter objetivo, para darles colocación en el segundo tomo de estas *Poesías*, destinado principalmente á ese género.

El juicio que las *Rimas laureadas* merecieron á los jurados está consignado en el extenso y prolijo informe que presentaron al iniciador del certamen, de donde hemos creído conveniente reproducirlo.

Ese informe, que lleva las firmas de los señores Lastarria, Barros Arana y Blanco Cuartín, dice así :

RIMAS, POESÍAS LÍRICAS DEL GÉNERO SUGESTIVO

POR JOB

« Hay cuarenta y cuatro composiciones que son bellas y bien versificadas. Siendo, como son, fieles á su contraseña *Eros*, *lumen*, *numen*, corresponden al segundo tema del pro-

grama. Prescindiendo de que en algunas de ellas se encuentra alterada la construcción de sus estrofas, colocando, por ejemplo, un heptasílabo en un lugar distinto del que tiene en las otras, esta licencia parece excusada por la corrección irreprochable de los versos y del lenguaje y por la inspiración y buena disposición que en todas se notan.

POESÍAS SUGESTIVAS

POR ALÍ-GAZUL

» Estas composiciones son cuarenta y una y corresponden al tema del programa por su intención, por su versificación correcta, precisa y elegante, y porque, en general, sugieren ideas y hacen pensar al lector. Las hay del género sencillo y del sentimental, porque en unas resalta la copia fiel de la naturaleza y en otras el sentimiento satírico, el elegiaco y también el idílico, en que se contempla un ideal gozoso. Todas pueden mirarse como de la escuela de Bécquer, y son dignas de ser consideradas. »

He creído necesario acompañar á las RIMAS LAUREADAS estas breves noticias que, explicando su origen, justifican su nombre.

E. DE LA BARRA.

Limache, 9 de febrero de 1889.

RIMAS LAUREADAS

POR JOB

Eros, lumen, numen.

INTRODUCCIÓN

Tansportéme en espíritu, una tarde
Que soñaba despierto,
Á una región lejana y atrayente
De romántico aspecto.

Á la luz de la luna, la argentada
Lámina de un gran río
Muros romanos reflejaba trémula
Y un torreön morisco.

Los naranjos en flor y los palmeros
Bordaban la ribera,
Y en un remanso, donde un sauce llora,
Detúvome una piedra.

Era blanca y modesta, y ocultaba
Cenizas y recuerdos;
Una cruz y las hojas de los álamos
Rogaban por el muerto.

Las azules, flotantes campanillas
Desde la cruz colgaban,
Y amorosas, sus ramas con los lirios
Mecían enlazadas.

Miré en silencio la musgosa tumba
Que besaba la brisa,
Y sentí en mi alma una corriente extraña
De viva simpatía.

Al alzar la cabeza, vaporosa
Como deidad del río,
Vi una mujer. Sus ojos eran astros
Y niebla sus vestidos.

Alma de aquella tumba parecía
La leve dama blanca;
En su mano una lira temblorosa
Gemía destemplada.

Y esa lira, sensible por esencia,
Formada era de nervios;
Espinas y laureles la ceñían,
Como ciñen al genio

Como si el propio corazón me diera,
Ella, la noble lira
Puso en mis manos, y cual humo leve
Se fué, desvanecida.

Tomé la lira sin intento alguno,
Y á su contacto, el pecho
Cual volcán estallando, entre la nieve
Prendió un fanal de fuego.

Mis días se alumbraron, como nubes
Que el sol muriente baña,
Y mis viejos recuerdos renacieron
En rimas y en estanzas.

En mis manos la lira sensitiva,
Que yo tocaba apenas,
Cediendo á extraño, misterioso impulso,
Vibraba de amor llena.

Una voz parecía acompañarla
Desde la blanca tumba...
— ¿Qué misterio? ¿qué nombre? ¿qué prodigio,
Me dije, aquí se oculta?

Y caí de rodillas, y fiebroso
En la losa escarbando,
Buscaba una inscripción que me aclarara
El misterioso arcano.

Al buscar allí un nombre, emocionado
Hallé el tuyo, ¡oh, Poeta!
Y besando la lira, clamé al cielo :
— « ¡ Bécquer, bendito seas ! »

I

Fuí resuelto á decírtelo :
Te hallé tan pura, te encontré tan bella...
Había en ti el temblor misterïoso
Con que tiembla y alumbra
La matutina estrella,
Y tal arrobamiento
Y algo tan celestial y delicado,
Tan noble, tan gentil y delicioso,
Que, temeroso de inferirte agravios,
Enmudeció extasiado el pensamiento
Y las voces murieron en mis labios.

. . . .

No sea que el encanto desparezca;
Mañana lo diré... ¡Siempre mañana!...
— ¡Ah! temo, ¡temo si mi amor suspira,
Que el sueño de mi amor se desvanezca!

II

Cuando yo te rogaba suplicante,
Al pecho me pusiste un cruel puñal;
Impasible te dije : — « ¡ Hiere!... ¡ mata!
Arranca el corazón de un pecho leal ».

Hoy me suplicas tú, veo tu llanto,
Y tu llanto no puedo remediar;
Y veo tu sonrisa y me da espanto...
¡ Más temo tu sonrisa que el puñal!

III

¿Por qué la mar solloza y gime el viento?
¿Por qué la nube llora?
¿Por qué cruje la entena con acento
De náufrago que implora?
¿Por qué la voz del ave es un lamento?

Vuelve el sol, todo ríe, todo es calma:
¡Lástima que ese sol no llegue á mi alma!

IV

Bárbaro, á Omar llamaron las historias,
Porque ardiendo en insano fanatismo,
Incendió en la humillada Alejandría
Todo el saber del misterioso Egipto.

Bárbaro, más que Omar, fué el gran Cisneros
Que una montaña ardió de manuscritos,
Joyas que recogieron los Califas
Durante largos y gloriosos siglos.

Y más bárbara, tú, que el gran Cisneros,
Condenaste mi nombre á negro olvido,
Cuando ¡fiera crüel, diste á las llamas
Mis poemas de amor. — ¡tus propios hijos!

V

Hielo, hielo, más hielo
Sobre mi pecho sin descanso arroja;
Al fin harás un monte
Para enterrar mi corazón, traidora.

Suplicio igual no ha habido,
No lo conoce igual ninguna historia,
Pero, mi pecho es fuego
Capaz de derribar toda tu obra.

Una montaña eleva;
Haré de ella un volcán, y rugidora
Vendrá la roja lava...
¡Vendrá á besar tus plantas, cruel señora!

VI

¡Cuántas veces sencillos y felices
Hablamos sin testigos,
Y nuestro amor de nuevo nos contamos
Y nada nos dijimos!

Pero, cuando tus padres te prohibieron
Comunicar conmigo,
Mis ojos se encontraron con tus ojos,
Brotó una chispa, y todo lo supimos.

VII

Te dí una flor regada con mis lágrimas,
Que iba á hablarte un lenguaje puro y cándido,
Propio de ti, y á revelarte en símbolo
El profundo secreto de mi amor.
Lo que mis ojos te decían, díjolo
En su inocencia la sencilla flor,
Y te vi sonreír como los ángeles,
Que apagan las tinieblas y el dolor.

Esa flor, mensajera de mis súplicas,
Tocó tus labios húmedos,
Y, en elocuente réplica,
Por tu mano, tú misma, tú, pusístela
Cerca de tu ardoroso corazón;
Y vi en tus ojos el flamear espléndido
Con que lucen los astros y el amor.

De ti me alejé trémulo;
No quise que notaran mi emoción,
¡Y, aquella misma noche, dulce Flérida,
En el ojal de un frac miré mi flor!

VIII

La tinta con que escribo no es más negra
Que tu perfidia atroz,
La negra noche en el azul tendida
No es más sola, profunda y desmedida
Que mi inmenso dolor.

Despeñado de lo alto, voy sin alas
En caída sin fin,
Y rodando, rodando en el abismo,
Me falta la conciencia de mí mismo...
¡Y no puedo llorar!... ¡Que no lo sepan,
Y que el mundo me vea sonreír!...

IX

El cano invierno con su manto cubre
Los campos y las chozas,
Y en mi yerto jardín, ¡oh dulce sueño!
En mi yerto jardín nacieron rosas.

¿Sueño ó estoy despierto? ¡Quién lo sabe!
Se sueñan tales cosas
Y despierto se ven tales ensueños,
Que no sé al fin si he visto aquellas rosas.

¡Lo sé! ¡lo sé!... pues que en el alma siento
Tus espinas, traidora.
¡Ha cruzado tu imagen por mi mente
Y en mi yerto jardín nacieron rosas!

X

Asomado al abismo de mi pecho
Sumergíme en letal meditación,
Y las voces clamantes del abismo
Salieron á acusarte ¡oh corazón!
Voces vibrantes de mujer, gemidos
Y ráfagas ardientes de pasión
Contra ti deponían... La conciencia,
Juez del abismo, al fin te condenó.
Mas el Juez de los jueces, en lo alto
Te absolvió de la pena, corazón.

— ¡Lo que sufriste anoche en un instante,
Cuanto por ti sufrieron, compensó!

XI

Tú eres el cielo azul y reluciente;
Yo soy el hondo mar
Con movibles escamas azuladas,
Donde el sol de tus íntimas miradas
Se viene á reflejar.

Por el cristal de tu tranquila frente
Una nube pasó;
Tendió su sombra sobre mi ancha espalda,
Y al pasar, en mi copa de esmeralda
Tus lágrimas dejó.

Sus negras alas la tormenta ruda
Batió sobre tu azul,
Y ronco, desde el fondo de mi lecho,
Alcé el celoso, turbulento pecho
Para apagar tu luz.

¡Serena la tormenta!... ¡Tú lo puedes!
¡Serena mi dolor!
Tú eres el cielo azul y transparente,

Y á tus pies, el reflejo de tu frente,
¡Eso, eso soy yo!...

¡Gracias! ¡gracias!... ¿Sonríes placentera?
¡Sonríe, corazón!
¿Tiñes de rosa tu celeste velo?...
¡Qué me importan las rosas de tu cielo
Si no tienen espinas, ni tú amor!

XII

Ella era hermosa como el alba y pura,
Palpitaba en su seno el dulce amor,
Era griega su espléndida figura,
Era la Venus clásica,
¡Y la recuerdo con profundo horror!

Yo no podia amarla, ella me amaba,
Y el áspid de los celos la hizo cruel;
Una vez que en mis ojos se miraba,
Me dió la nueva ¡pérfida!
Con palabras más dulces que la miel.

Sentí en el alma de la muerte el hielo,
La tierra me faltó bajo los pies,
¡Y no supe de mí!... Y en aquel cielo
Brilló como un relámpago,
El satánico gozo de Luzbel.

Quise disimular, y así entablada
La lucha poderosa, yo vencí:
«¡Nada hay entre nosotros, nada, nada!...»
La dije sonriéndome,
Y esa noche, de horror encanecí.

XIII

Negros eran los ojos de mi amada,
Como los celos son;
Mi imagen quedó en ellos estampada:
¡No sé si es ilusión!

Negros, sedosos eran sus cabellos,
Como los cuervos son;
Mis canciones de amor presas en ellos
Aun tienen un rumor.

Negro como la noche y el abismo,
Tal es su corazón;
Allí tengo mi tumba, y de mí mismo
Quiero ocultarlo yo.

¡Negra es mi suerte!... Huyó de mi presencia,
Y en mi alma anocheció.
¡Ah! si un rival la temerosa ausencia
Llenara con su amor!

Id, negros celos, del rival ya odiado
Morded el corazón;
¡Que me vea en sus ojos retratado!
¡Que en su pecho me vea sepultado!
¡Que escuche de sus labios mi canción!

XIV

—¿Vuelven los muertos á la tierra oscura
Donde habitaron, huéspedes de un día?
— Si no lo hubiera visto,
¡Ah! yo no lo creería.

El amor que en la tumba de mi alma
Yacía abandonado,
Anoche despertó, bello y radiante :
¡Venía de otro mundo que he soñado!

XV

En el fondo de un témpano de hielo,
Algo rojo y extraño se agitaba;
Me acerqué á contemplarlo, y era ¡oh cielo,
Mi propio corazón!
En lucha cruda, el hielo lo apretaba,
Y él al hielo en su fuego deshacía...
¡Qué horrible pesadilla! ¡Vida mía,
La lumbre ya se apaga, echa carbón!

¿Sientes afuera el aquilón que ruge
Sacudiendo su inmensa cabellera?
¡Tiembla el pinar y la techumbre cruje
Con ruido aterrador!...
Me mata el hielo de la noche fría,
Llego aterido, enciéndeme una hoguera.
No tardes, vida mía; ¡luego! ¡luego!...
¡La lumbre ya se apaga, échale al fuego
Un solo grano de tu antiguo amor!

XVI

¡Cuánto lloré en silencio no lo saben
Ni nunca lo sabrán!
Las olas de la mar menos amargas,
Las noches del insomnio menos largas
Que mi dolor serán.

Las noches á las noches se suceden
Y no pueden faltar;
Las olas tras las olas van rodando,
Pasan, pasan y pasan, y por siglos
Rodando seguirán.

Así en mi pecho en sucesión perdida
Las horas, sin cesar
Pasan y pasan en revueltas ondas,
Sus crestas blancas y espumosas blondas
Tendiendo en alta mar.

Y cuando muera, mi cadáver yerto
Jugando llevarán,
Y mi alma vagará en la noche oscura,

Y llorando, llorando su amargura
    Los siglos la verán.

—¿De quién ese dolor y esa honda queja
    Tan triste como el mar?
Navegante de mares sin riberas,
¿Quién eres tú, que descansar no esperas?
—¡Yo soy la Humanidad!

XVII

Espléndida y sencilla
Apareciste á mí, como una diosa
Que el ánimo suspende y maravilla:
Con ligero rubor en el semblante,
Airoso el porte, esbelta y elegante;
Llevabas un vestido color rosa
Y al pecho una esmeralda:
Te miré absorto, y extrañé una cosa, —
No ver alas tendidas á tu espalda.

Marco gracioso de tu noble frente
Tu suelta, ensortijada cabellera,
Sedosa y reluciente,
Prenda gentil de mis caricias era.

Tus ojos andaluces,
Tus ojos, para mí tenían luces,
Y con ellas mi espíritu inundabas
En claros y divinos resplandores,
Como Beatriz al Dante... ¡Tú me amabas!

Como al beso del sol nacen las rosas,
Nacían en tus labios las sonrisas
Y las gratas palabras amorosas,
¡Y hoy van como las rosas tus palabras
Deshechas y arrastradas por las brisas!

Honda huella en mi pecho
Tanto tu amor como tu olvido han hecho:
Vives dentro de mí, marchas conmigo;
Día y noche deploro
El tiempo de antes y tu ausencia lloro;
Por ti sufro en silencio y te bendigo,
Tú, de mí no te acuerdas; ¡yo te adoro!

XVIII

Pensando en ti, miraba
En reja de oro prisionera al ave;
Pensando en ti, escuchaba
Su quejumbrosa voz y canto suave.

¡De qué le sirven sus divinas galas,
Ni sus gorjeos, ni sus blancas alas,
Si gime noche y día,
Sin sol, ni libertad, ni compañía!

Así tú, como el ave, niña hermosa,
En oscuro rincón vives perdida,
Soñando con un mundo color rosa
Que nunca has de encontrar en esta vida.

Tú, que rindes al arte noble culto
Y en poderoso vuelo el alma elevas,
Amor sin esperanza y siempre oculto
Dentro del pecho, como un numen llevas;
Amor tan sin fortuna
Que junta en una sola, tumba y cuna.

Llena de aspiraciones y de ensueños,
Noble visión, enamorada y bella,
Apareciste en mis oscuros sueños
Como en la negra noche blanca estrella.

Y te vi como á Hero, apasionada,
Suelto el cabello, con la tea en alto,
Fija en el Helesponto la mirada
Y lleno el corazón de sobresalto.
¡En vano á Leandro esperas;
Solo está el mar y solas sus riberas!

Pensando en ti, miraba
En reja de oro al ave prisionera;
Pensando en ti escuchaba
Su quejumbrosa voz... ¡y tu voz era!

Y dije al ave : — « De la jaula salta,
Busca amorosa lo que aquí te falta;
No más quiero escuchar tu canto suave;
¡Ve al sol, al aire libre!... » ¡Oh! ¡si pudiera
Darte á ti lo que buscas, como al ave!

XIX

Mientras más miran los humanos ojos,
Más tienen que aprender;
Mientras más siente el corazón, más penas
Ruedan al cáliz de su amarga hiel.

Un día puro, alegre y luminoso,
Saltando el corazón,
De tus labios oí gratas palabras,
Y yo á tu oído confesé mi amor.

¡Cuán felices corrieron nuestros días
Sin nubes de pesar!
Pero ¿qué son las horas del contento?
¡Relámpagos en honda oscuridad!

¡Parecióme imposible que la noche
Viniera en pos de tu celeste luz:
Parecióme imposible que mintiera
Un ángel como tú!

Mientras más miran los humanos ojos,
Más tienen que aprender:
Yo aprendí que en los cielos hay engaños;
Tú aprendiste de mí lo que es querer.

XX

Era tan dulce el sueño que me creaste,
Que yo me resistía á despertar;
Comprendía en mi sueño que soñaba,
¡Y quería soñar!

Mas, al fin desperté, y á tus caricias,
En el pecho sentí hielo mortal;
Y luego, como ayer, me sonreíste
Con tal pureza, que volví á dudar.

Yo sabía tu engaño y tu perfidia
Y quería el engaño prolongar,
Mas como te amo con el alma toda,
Con pena y rabia afilo mi puñal.

¡Vas á morir!.... ¡pero antes, de rodillas
Te pido que me vuelvas á engañar!
¡Ah! ¡borra lo que vi de mi memoria,
Dime que es falso, y volveré á soñar!

XXI

No me mires con ojos cariñosos
¡No, no, no, no!...
Me hacen mal tus miradas con su extraña
Fascinación.

Más que á los leones y á los fieros tigres
Temo al amor:
Si ellos desgarran las pintadas pieles
Con cruel dolor,

Él en el alma sus agujas clava
Sin compasión,
Y en fácil juego el corazón devora,
Tigre feroz.

¿Por qué me busca? ¿Qué sutiles lazos
Me arma traidor?
¡Ah! ¡se ha escondido de tus ojos dentro
Como un ladrón!

Qué mucho, pues, que resistir no pueda
Tanta atracción,
Si tú, detrás de la pupila, armado
Tienes un dios.

Temo y deseo tu mirar ardiente,
Fascinador;
¡No, no me mires con amantes ojos,
Ó dame sin reserva el corazón!

XXII

Yo soy hermosa como ninguna
Soy celebrada por mi vestir,
Por mi gracejo,
Por mis diamantes y por mi cuna:
¡Quiéreme á mí!
— No, tú amarías más á tu espejo
Y al figurín.

— Yo soy activa, soy hacendosa,
Yo bordo y zurzo, yo sé tejer;
Yo soy aseada,
Cocino y lavo: no hay para esposa
Mejor mujer.
— Son buenas prendas para... casada:
Busco otro ser.

— Yo soy instruída, soy pensadora;
Yo escribo y pinto, yo sé tocar;
Yo sé el Derecho...
Aquí me tienes, mejor lectora
No encontrarás.

—Letras no busco, yo busco un pecho
Que sepa amar.

— Yo soy ardiente, yo soy nerviosa;
Vivo soñando y amante soy;...
Soy extremada;...
Sobre las almas reino imperiosa:
¡Dame tu amor!
— Á ti te busco: toma, alma mía,
Toma en un beso mi corazón.

XXIII

La vida es sueño, Calderón lo dijo,
Sueño febril y ardiente, de hondo afán,
En el cual se despierta á cada instante
Y se vuelve á soñar.

¡ Lástima que no sea un dulce sueño
Largo y tranquilo, sin dolor ni afán,
Que llenara la vida toda entera
Con un solo soñar!

¡Ah! ¡cuán feliz sería si así fuera!
Soñaría, gozoso y sin afán,
Que tú me amas de veras y eres mía...
¡Y entonces, no querría despertar!

XXIV

Á WÁLTER BURTON

I

Los ojos llorosos,
Nublados los cielos,
El pecho oprimido,
Sacamos al muerto.
Hermanos y amigos
Vestidos de negro,
El carro seguían
Formando el cortejo.

Hermosas coronas,
Tributo de duelo,
Y floridas cruces
Cubrían el féretro.
Posó en la capilla
Por breves momentos,
Y de allí salimos
Marchando en silencio,

Abierta la fosa,
Los sepultureros
Ya nos aguardaban
Firmes en su puesto.
Menuda llovizna
Lloraban los cielos,
Y al hoyo profundo
Bajamos el muerto.

¡Adiós! le dijimos
Con trémulo acento;
Sonó la campana
Su toque postrero;
Luego dos paladas
De tierra cayeron,
Golpeando la caja
Con lúgubre estruendo.

¡Adios! pobre amigo,
Se fueron diciendo
Los del duelo, y tristes
Desaparecieron.
Quedéme mirando
El lugar desierto,
Y exclamé con Bécquer,
Oprimido el pecho:
— *¡Dios mio, qué solos*
Se quedan los muertos!

II

Salí murmurando
Lo que Bécquer dijo;
Lo que resonaba
Dentro de mí mismo;
Lo que de los muertos
Todos repetimos,
Cuando los dejamos
En su último asilo.

Vuelve el polvo al polvo
En constante giro;
Pero el alma humana
Cumple sus destinos,
Y á los cielos se alza
Con pujante brío:
Lo del cielo al cielo,
Y á la tierra el limo.

— « No al hombre en la huesa,
Hermanos, sumimos;
Éstos son despojos
Inertes y fríos;
Su ser nos escucha
Desde lo infinito. »
Así al sepultarlo,
Nos dijo el obispo.

El cadáver yerto
Soledad, olvido,
Dolores no siente,
Me dije á mí mismo.
Vuelve el polvo al polvo,
De antiguo está escrito,
Y el polvo no siente
Ni penas ni frio.

Llegué. De la madre
Vi el dolor sombrío;
La hallé inconsolable,
Oí sus gemidos.
— « ¡ Qué sola me quedo !
¡ Qué sola sin mi hijo ! »
Me dijo llorando;
Y de entonces digo :
— *¡ Qué solos, qué solos*
Se quedan los vivos !

XXV

Sus guantes perfumados
Hallé en el confidente del salón;
Al tomarlos, creílos olvidados,
Y los llevé á mis labios, con delicia :
Rasgo impensado de infantil candor.

La miré en ese instante
Iluminado por su mismo amor,
Y, por instinto, al ver que su semblante
Palidecía con mortal angustia,
Con los guantes me fuí, cual un ladrón.

En ellos, escondido
Como víbora vil, hallé un papel.
¡Era para un rival desconocido!...
¡La prueba de su engaño y mi desgracia
Estaba escrita por su mano en él!

Volví al salón sereno;
Sonriendo me llamó; yo me acerqué:
¡Vi una nube de sangre!... y de su seno
Arrebaté la flor por mí obsequiada,
Y, delante de su hombre, la arrojé.

XXVI

Salimos del teatro impresionados
Con los furores del feroz Otelo;
Rugía en nuestro oído
Del moro apasionado el rauco acento,
Y el grito de Desdémona
Como agudo puñal clavaba el pecho.

En silencio salimos,
Gran espacio marchamos en silencio,
Y súbito la dije bruscamente:
— « ¡Aprende, y teme el golpe de los celos! »

— « ¡La culebra devora á la paloma! »
Altiva contestóme, sonrïendo;
Mas, con amarga risa!...
Yo iracundo callé... — « ¿Dudas ¡oh cielos!
De mi amor y mi fe? » gritó irritada
Con voces roncas é indignado acento,
De esas que no se fingen,
Voces que son de la inocencia espejo,
É irónica agregó, tras leve pausa:

— « ¡ Yo, Desdémona soy!... ¿ Dónde está Otelo? »
¡ Y soberbias brillaron en sus ojos
Dos lágrimas de rabia, dos luceros!

¡ Blanca paloma mía, con tu enojo
Mataste la culebra de mis celos!

XXVII

Aparta, aparta de tus rojos labios
La copa que pretendes apurar;
Si almíbar hay en sus dorados bordes,
Amargura en el fondo encontrarás.

En ella un día Venus Citerea
Fué á beber, y endulzada la dejó;
Mas, en el néctar sus amargas flechas
Metió jugando el malicioso Amor.

La copa desde entonces tiene abejas
Con aguijón de fuego y dulce miel.
¿Quieres la miel sin aguijón? — Sus bordes
Toca, y al punto deja de beber.

Como esa copa es el amor, Filena,
Gran dulzor y contento al comenzar,
Y en el fondo suspiros y amargura
Y un negro desengaño que llorar.

¿Quieres tú que por siempre conservemos
Fresco el encanto del naciente amor?
Tus labios llega á mis sedientos labios,
Un beso... un beso, y, para siempre ¡adiós!

XXVIII

Desde su lecho de grama
Una tímida violeta
Perfuma y sueña, y muy alto
Sus pensamientos eleva.

Tiene sueños de mujer,
En algo imposible sueña,
Sueña que á los cielos sube
Para besar una estrella.

XXIX

Leía en alta voz tiernas endechas,
Mientras bordaba junto á mi Leonor;
Y de repente oí, cual un suspiro,
Un eco vago de amorosa voz;
Suave susurro,
Grato rumor,
Tal vez recuerdo
De algún amor.

Sin dejar de leer, mi pensamiento
Lejos, muy lejos, sin querer voló;
Y mis labios sonriendo modulaban
Los tristes versos con alegre son,
Que en otro mundo
Vagaba yo,
Mundo de ensueños,
Mundo de amor.

— « ¿En qué piensas? » me dijo observadora,
Cual si algo sospechara, mi Leonor.

— « ¡En nada! » contestéle, en mí volviendo,
Y á sus ojos el llanto se asomó.
¡Lágrima inquieta,
Signo de amor,
De dicha colmas
Mi corazón!

XXX

¡Oh Dios! ¡esa mirada
Fué para mí un puñal!
Brilló como un relámpago
En densa oscuridad,
Y el pavoroso abismo de mi suerte
Vino con luz siniestra á iluminar.

¡Oh Dios! ¡esa mirada
Fué para mí un dogal!
El fondo de tu alma
Me permitió mirar,
Y, á su contacto helado y ponzoñoso,
Sentí un reptil al corazón entrar.

En vano con tu risa
Quisístela velar.
Yo vi la negra víbora
Oculta en el rosal:
¡Los oscuros escollos de tu pecho
Alcanzó tu mirada á revelar!

Secáronse tus rosas
De mi alma en el altar,
Secáronse las fibras
Del corazón leal
Que tuvo tanto amor que consagrarte,
Y al cual, en cambio, acabas de matar.

XXXI

Como saeta disparada al viento
Sin rumbo fijo y al acaso voy;
Dentro del alma una congoja siento
Y vuelo á impulsos de no sé qué aliento,
Y acaso canto porque triste estoy.

Tendido el arco del dolor, partieron
Las flechas de mi canto á cualquier fin;
Yo no sé á dónde á la ventura fueron,
No sé si un pecho por acaso hirieron,
No sé si tornen á clavarse en mí.

Sólo sé qne he sufrido y que mi acento
Arranca desde el hondo corazón,
Y sale por la herida que allí siento,
Como un gemido que á morir al viento
Se escapa de su lóbrega prisión.

Anda, canción, sin nombre y sin destino,
Vuela sin rumbo cual mi vida va,
Y si alguien te detiene en tu camino,
Díle que eres canción de un peregrino;
Mas, ¡no la digas mi secreto mal!

XXXII

Cuando la fiebre ardiente nos devora,
Pesada la cabeza, dormitamos,
Y á veces nos parece despertar.
En el sopor continuo deliramos,
Y vemos los fantasmas que se inclinan
Nuestra frente quemante á acariciar.

Raras veces imágenes rïentes
Y á menudo mil monstruos pavorosos
Nuestro delirio vienen á poblar.
¡ Tal es la vida ! Largos, afanosos
Engendros de la fiebre, que destilan
Amargura en las almas al pasar.

No sabemos de fijo, si despiertos
Ó dormidos penamos... ¡ Qué sabemos
De esta vida de engaños y dolor!...
¡ Cuanto amamos se va !... ¡ No comprendemos
Por qué las nubes que al pasar son negras,
Desde lejos nos muestran su esplendor!

En mi fiebre soñé que tú me amabas.
¡Sufrí mucho! ¡Lloré!... Como el engaño,
Lívida, helada, sin piedad te vi.
Mas, después te alejaste, y, por mi daño,
Diáfana y luminosa te diviso
Y sufro mucho más lejos de ti.

No sé cuándo soñé, si antes ó ahora;
No sé si más amor para ti tenga;
Si deseo que vuelvas, no lo sé.
Venga la muerte, á despertarme venga,
Y á decirme al oído muchas cosas
Que deseo saber.

¡Ah, quiero despertar! Quiero seguro
Estar de cuanto veo y cuanto siento,
Y estar seguro de que me amas tú.
Y si eso no es posible, ¡oh Muerte! ¡envía
Un sueño tan solemne, cual sería
El espacio sin astros y sin luz!

XXXIII

El amor de los ángeles
Es de la luz hermano;
Busco ese amor que alumbra
Y la luz amo.

Mas, á la negra noche
Sigiloso he llamado,
Y ella vino amorosa,
Llena de encanto.

¡Qué embriagador fué el beso
Entre su sombra hurtado!...
Otro á la luz más dulce
Nunca me has dado.

Desde entonces, mi amada,
No es ya la luz mi encanto;
Llamo á la noche amiga,
Y... ¡á ti te llamo!

XXXIV

Si el corazón tuviera por acaso,
Como ataúd de lujo, un gran cristal,
Sobre mullido raso,
En mi pecho verías recostada
Una mujer de forma angelical.

Con las pálidas flores de mi huerta
Su frente coroné, lleno de amor.
La encuentro fría y yerta,
Y me hago la ilusión de que despierta,
Para hundirme de nuevo en mi dolor.

¿Sabes quién es la muerta que he ocultado
Dentro del corazón?... ¡Pobre de mí!
¡Es mi propia esperanza!... ¡La han matado!
Mas despertarla aguardo... —¿Quién lo puede?
—¡Ah! mira; ¡cuánto se parece á ti!

XXXV

Como ese espejo que á tus pies caído
En láminas pequeñas se partió,
Así tienes, por gusto, hecho pedazos
Mi pobre corazón.

Cada trozo de vidrio centelleante
Reproduce tu rostro celestial;
Cada pedazo de mi pecho tiene
La facultad de amar.

Mientras más rompes con el pie el espejo,
Más te refleja... ¡ Así mi corazón,
Mientras más lo destroces, más aumentas
El fuego de su amor!

XXXVI

I

Id, suspiros del alma,
En forma de canciones cadenciosas,
Á conmover los tiernos corazones
Que guardan en silencio sus zozobras,

Salid al mundo, desplegad las alas
Al aire libre, oscuras mariposas;
Acogida os darán de amor temblando,
Las tímidas violetas y las rosas.

Para muchos pesares tendréis eco,
Para muchos amores tendréis notas;
Al oído diréis de los que sufren
Muchas cuitas de amor, muchas historias.

Rima el propio dolor con el ajeno,
Un alma simpatiza con las otras
Cuando el mismo abandono, el mismo engaño,
La misma ausencia en el vacío lloran.

Los corazones tiernos y sensibles
Son las arpas vibrantes de la Eolia;
De ellos arrancarán dulces suspiros
Al pasar, vuestras alas temblorosas.

II

Sollozos entre nieblas, llanto acerbo,
Besos ardientes, risas y gemidos,
Notas sonoras, que del alma amante
Marcan nerviosas los variados ritmos;
Rumores vagos, que de lo hondo salen;
Sueños sin esperanzas y delirios;
Ondas amargas que en la playa mueren,
¡ Eso los ecos son del pecho mio!

Cielos del alma, donde brillan ojos
Entre rotos celajes sumergidos;
Donde irradian sonrisas inmortales
Al borde de los hondos precipicios;
Donde estallan tormentas, al contacto
De un recuerdo de amor; candentes ritmos,
Gritos de un corazón hecho pedazos,
¡ Eso son mis canciones!

Su destino
Es vagar por el mundo. — Golondrinas

De oscuro vuelo en el azul perdido,
Lleváis la gama del dolor humano
Que está en mi corazón y que os transmito.
¡Id, seguras! ¡Partid! ¡Los pechos que aman
Tendrán para vosotras un suspiro!

III

Como el tímido pájaro que ensaya
Las alas vacilantes,
Antes de alzar el vuelo á las regiones
Del águila pujante,

Ensayé mis canciones. Una á una
Sus notas vibradoras
Cayeron en tu seno, como perlas
En cristalina copa.

Y tu seno ondeaba estremecido,
Atento á la armonía
De las perlas de mi alma, como rosa
Al soplo de la brisa.

Silenciosas las lágrimas corrieron
De tus ojos divinos,
Y, premio de mis rimas, en pos de ellas
Diste al aire un suspiro.

Tal como tú, las púdicas doncellas,
Soñando en sus amores,
Me dieron el aplauso de su llanto,
Rocío de mis flores.

He pulsado los nervios y las almas
De pálidas mujeres
En el dolor formadas, que bebieron
La vida hasta las heces.

¡Y ellas también gimieron conmovidas
Al oír mis lamentos!
— Id, canciones probadas, id seguras;
Dad las alas al viento.

Si en las reinas del mundo un eco encuentran
Vuestras fugaces notas,
Mientras dure el amor y el sentimiento,
¡Id sin miedo, canciones cadenciosas!

XXXVII

Bella te vi, tu juventud garrida
Á mi ardorosa mocedad cuadraba,
Y sin amarnos, de la edad florida
El dulce no-sé-qué, nos acercaba.

Una tarde á la vuelta del paseo,
Vimos un bote á la ribera atado,
Y ambos, á impulso de un común deseo,
Al bote entramos sin ningún cuidado.

Y los remos tendimos y la vela,
Y nos dimos del río á la corriente;
De espuma alzamos una blanca estela,
Y en libre amor gozamos del ambiente.

Mas, luego se apagó la roja tarde
Y los astros sus luces encendieron.
— « ¡Volvamos! » me dijiste, y vano alarde
Hice de fuerzas que vencidas fueron.

Roto el timón, sin vela, arrebatados,
En negra noche y soledad perdidos,
Por el río á la mar fuimos lanzados
Á pesar de mi esfuerzo y tus gemidos.

Y luego el oleaje que alzó el viento,
Como leve juguete nos batía,
Y de la mar el formidable acento
En mis brazos de horror te estremecía.

¡Oh! ¡qué noche sin fin la noche aquella
En que á merced del temporal nos vimos!
Yo era joven, muy joven; tú, muy bella,
Y esa noche ¡oh dolor! envejecimos·

XXXVIII

Cuando no pienso en nada, en mucho pienso;
Cuando cierro los ojos veo un mundo
De visiones de amor; de tu profundo
Abismo se levantan, corazón.
Por mi cerebro cruzan en su ascenso,
Cual las ondas azules del incienso
Que entre las ascuas nacen,
Cual impalpables átomos
En el rayo de sol.

Y los átomos y ondas incorpóreas
De aquel mundo de ensueños y visiones
De recuerdos y rotas ilusiones
Toman la consistencia de lo real.
¡Son ángeles de luz! Alas de rosa
Pasan batiendo en marcha cadenciosa,
Y amigos me contemplan,
Y al son de dulces cítaras
Me llaman al pasar.

Yo los sigo en su vuelo, á pesar mío,
No sé bien si dormido ó si despierto;
Pero soñando, sí, de ello estoy cierto,
Sigo su larga procesión sin fin.
Y me abismo por horas, contemplando
Las dantescas visiones que, pasando
Como ondas de un gran río,
Á tus dinteles de ébano
Me llevan, porvenir.

Las nubes de las tardes encantadas
No son más bellas que mis sueños, no;
Suspendidos pensiles de las hadas,
Ricos en flores que besó el amor.
Állí, tranquila mi alma vaga sola,
Mientras muge el dolor en cada ola
De las playas... ¡Ah! ¡sueña,
Tiende tus alas diáfanas,
Y escapa á los reptiles, corazón!

XXXIX

¡Lo que cuesta una lágrima no sabes,
Ni acaso lo sabrás
Si no penetras dentro de mí mismo
Para sondar el espantoso abismo
Que en mí cavó una lágrima al rodar!

Y no intentes saberlo; no, no inclines
Tu frente angelical
Al negro abismo donde ruge eterno,
Cual torrente brotado del infierno,
De mis amargas penas el raudal.

Yo lo dejo correr, sin que un gemido
Lo venga á revelar,
Como corre la vena misteriosa
Que horada de la tierra, silenciosa,
Los cimientos de piedra al resbalar.

Sus ojos esa lágrima lloraron
¡Tan honda y tan fatal!...
Cayó en mi corazón, y, desde entonces,

Horadando las peñas y los bronces,
Cual río inmenso rueda su caudal.

¡Ella murió! Sus ojos se secaron
Á fuerza de llorar;
Y ¡mía fué la culpa!... ¡No; no inquieras,
No escuches las historias lastimeras
Que salen del abismo á sollozar!

¡Lo que cuesta esa lágrima no sabes,
Ni nunca lo sabrás
Mientras no caiga de mi vida el velo
Y ella me diga en el dintel del cielo,
Si aun tengo que llorar!

XL

¿Por qué no te lo dije?
¡Yo mismo no lo sé!
Te amaba, como se ama á los veinte años,
Á todo corazón, ajeno á engaños,
Virgen el alma y con ardiente fe.
¿Por qué no te lo dije?
¡Yo mismo no lo sé!

Hablaban nuestros ojos,
Pero los labios no.
¿La fragua de mi pecho no sentías,
Cuando tú, virginal, resplandecías
Con destellos purísimos de amor?
Si hablaron nuestros ojos,
¿Por qué los labios, no?

Mi vida era una noche
Sin tu celeste luz,
Y tú, no estoy seguro, ¿tú me amabas?
¡Qué diera por saber lo que pensabas
Cuando en mis ojos te mirabas tú!

Mi duda es una noche,
Y en tu alma está su luz.

Cruzamos en silencio
De amor el lago azul,
Y, uno de otro, los dos nos alejamos,
Y el recuerdo, callando, nos guardamos.
—¡Ah! ¡quién supiera lo que guardas tú!...
¿Dirásmelo en silencio
Cuando crucemos por el cielo azul?

XLI

Dos ángeles lucientes y severos
Tu espíritu escoltaban,
Y tú, al dintel del soberano empíreo,
Tu sentencia aguardabas.

Afanoso hasta mí tu pensamiento,
Cual si pidiera gracia,
Humilde, suplicante, acongojado,
Yo sentí que llegaba.

Mi ser entero conmovióse, presa
De inexplicables ansias,
Y, recorriendo nuestra breve historia,
Palideció mi alma.

— « ¿ Perdonarte ? ¡ Jamás !... ¡ Tú me creaste
Un mundo de esperanzas,
Y jugando después lo deshiciste
Sumiéndome en la nada !

» Sufre ahora, á tu turno; tu conciencia
Á gritos te delata;
Justo es que sufras como yo he sufrido;
¡Sufre tu pena y calla!... »

Dije, y enternecido al ver sus ojos
Que en silencio llorando me miraban,
— « ¡Perdón, Señor, clamé; la dura pena
Que ella aquí mereció, súfrala mi alma! »

LXII

« Mi vida, mi encanto, mi luz, mi alegría,
Sin ti, ¿qué sería?
Sería la noche, sería el dolor.
La luz de tus ojos, que apaga mis penas,
Rompió mis cadenas
Y abrióme las puertas de un mundo mejor.
Al cielo bendigo, mirando tus ojos
Renazco á la vida, renazco al amor. »

Del fondo de mi alma las voces salían
Que aquesto decían,
Al par que en mis brazos la hacía dormir.
La blanca paloma sentía mi arrullo,
Y, al dulce murmullo,
Soñando, á los cielos volvía á subir;
Y acaso reflejo del cielo, en sus labios
¡Oh! madre de mi alma, te vi sonreír.

En tanto las sombras de amores pasados
Con ojos airados

Me oyeron celosas, y oí su clamor.
Mi pecho, do habitan, llenaron de abrojos;
        Mas hoy, sus despojos,
Sus ramas ya secas perfuma una flor.
¡Salid en silencio, que arrullo en mis brazos
Mi blanca paloma, mi hijita, mi amor!

XLIII

Lleno de gasas y lucientes ojos
Un cielo era el salón;
La música vibraba animadora,
Velando las palabras
Dulcísimas de amor.

Fatigada mi amiga se detuvo
Y el baile interrumpió;
Su corazón con fuerza palpitaba,
Ardía su mejilla
Y breve era su voz.

En medio del galante torbellino,
Radiante de emoción,
Y en la embriaguez del vals arrebatada,
Una gentil pareja
Cual ráfaga cruzó.

El brazo que en el mío se apoyaba,
Con nervioso temblor
Sentí agitarse, y comprendí el infierno

De celos que en su espíritu
De súbito prendió.

De aquella recia tempestad del alma
Noble condensación,
Á su pupila se asomó temblando
Una callada lágrima
Del hondo corazón.

Todo, como un relámpago que alumbra
El abismo, pasó;
Y en seguida sonriéndome hechicera,
Me preguntó al acaso:
— « ¿Qué piensas del amor? »

— « Pienso, la dije, que un vacío inmenso
Dejó en mi corazón.
Quien sufre iguales penas, bien pudiera...
¡Bien pudiera! »... — « ¡Valsemos! »
Ella me interrumpió.

Y tras del vals me retiré pensando,
Inquieto y soñador,
En aquella mujer y aquella lágrima;
Y en si querrá mi corazón vacío
Llenar con esa lágrima el amor.

RIMAS LAUREADAS

DE ALÍ-GAZUL

¡MILAGRO!

I

Cual la pálida hija de Jaïro,
Mi musa dió un suspiro
Y en blancos paños se durmió después;
En un rayo de luna al claro cielo
Tendió el seguro vuelo,
Y á la región de la armonía fué.

II

Á la pálida niña, fria y yerta,
Cristo dijo: — ¡Despierta!

Y la niña sonriendo despertó :
— Y á la Musa, por años adormida,
¿Quién trajo á nueva vida?
— ¡Una palabra tuya, dulce Amor!

FLORES DE LA TARDE

Corona juvenil y esplendorosa,
De blanco lirio y encendida rosa,
Al sol naciente ciñe la mañana;
Y, cuando el sol en los confines arde,
Su espléndida corona de oro y grana
Prende á tus sienes, temblorosa tarde.

Así mi Musa al comenzar el día,
Dió al tierno amor sus prematuras flores,
Y las recibe con la tarde fría.
Ilusión de ilusiones fué mi encanto,
Rotos celajes fueron mis amores,
Y hoy, á la tarde, mis recuerdos canto.

AMOR IDEAL

I

Allí, junto al dios Término,
Nació el amor ideal;
Nació en un pecho gótico
De la época feudal.
Nació, y en el dulce cítara
El canto provenzal
Cambió en amor platónico
Lo que era terrenal.
Meciólo en cuna mística
La augusta catedral,
Y, en alas de los ángeles,
Fué á sumirse en un mundo espiritual.

II

La Grecia luminosa
Sus alas no batió

Tras de un ideal ficticio,
Del aire en la región.

Dejó en los libres pechos
La humana aspiración
Que enciende con un ósculo
La antorcha del amor.

Antorcha de la vida
Que en gran circulación,
De mano en mano pasa
Con juvenil ardor.

Altares tuvo Atenas
Que una enseñanza son,
Y tuvo las palomas
Por símbolo de amor.

III

¡Te acuerdas cuando en Sirio
Fijamos la mansión,
Para futuros tiempos,
De nuestro estéril, sigiloso amor?

Con freno de diamante
Templamos el ardor

Con que partir quería,
Á todo escape, el brioso corazón.

Equivocando fechas,
Queriéndonos los dos,
Por perseguir la sombra
Sacrificamos nuestro cierto amor.

Crédulos, á los dioses
Que alzó nuestra ficción,
De nuestros rubios pámpanos
Dimos el vino, en necia libación.

Amantes juveniles,
Ni un beso nos juntó:
Ni tú ni yo bebimos
En la ancha taza que el amor nos dió.

IV

¡Solos los dos! Estábamos sentados
Fuera del mundo real;
Tú buscabas en mí la poesía,
Yo en ti, la encarnación de un ideal.

¡Solos los dos! Las alas soñadoras
Tendimos á la par,

Y fuimos á los astros silenciosos,
De nuestro amor los nidos á colgar.

¡Solos los dos! ¡Vagábamos soñando
Por el espacio azul!...
¡Y el beso contenido en nuestros labios
No llenó los espacios con su luz!

¡Al decirnos ¡adiós! se alzó triunfante
El Amor ideal,
Y Eros rïendo, á sus palomas blancas
Las inútiles alas fué á cortar.

LA CANCIÓN DE LO REAL

La madre amorosa, besando á su infante
Con loca pasión,
— Como eres, decía, por siempre quisiera
Tenerte, mi amor.

Que crezcas no quiero, no quiero que empañes
Tu santo candor;
Los años que pasan, arrugas y penas
Nos dejan ¡oh, Dios!

Y yo que la oía querer lo imposible,
Pensaba en mi amor.
¡Feliz si pudiera cortarle las alas
Al tiempo veloz!

¡Qué importa el pasado!... Sus nubes oscuras
Mi dicha reviste de nuevo esplendor:
¡Qué importa el futuro!... ¡Que venga la noche,
Y en tanto que llega, gocemos del sol!

No quiero imposibles; el niño que crezca,
Que viva, que luche, que sufra el dolor:
¡Cual eres! ¡oh vida! gocemos tu encanto,
¡Que amor que no quema no es fuego ni amor!

SÍMILES

Como la *flor del loto*
De donde nace un dios,
Era la flor de tu alma
Donde nació el amor.

Como la *flor del aire*
Viviste de ilusión
Hasta que vino, Psiquis,
Á verte el dulce Amor.

Como *mimosa púdica*
Un súbito temblor
Sentiste, al almo beso
Del misterioso dios.

¡Hoy eres *flor-carnívora!*...
Rugiendo, la pasión
Puso en tu cáliz pérfido
La muerte y el dolor.

EL PRIMER TROVADOR

El señor del castillo y sus arqueros
Salieron á campear;
Solitaria la bella castellana,
Su dulce mandolín hace vibrar.

Escúchanla los tímidos lebreles
Tendidos á sus pies,
Y extático, apoyado en sus rodillas,
La escucha un hermosísimo doncel.

En sus ojos azules los reflejos
De un incendio se ven;
Vibran sus nervios con temblor ligero
Y forma en sus adentros un edén.

Cesó la dulce música, un suspiro
Fué el aura á acariciar,
Y un beso apasionado selló el canto
Cual nota de un espléndido final.

El doncel á la estrella de sus sueños
La jura amor sin fin;
Ella entorna los ojos deliciosos,
Y rueda de su mano el mandolín.

El fuego de ese beso apasionado
Abrió su corazón,
Y el doncel en sus labios temblorosos
Halló el germen de ardiente inspiración.

Su mandolín la bella castellana
Le dió en prenda de amor,
Y esa prenda de amor dió á la Provenza
Su primer Trovador.

EL JILGUERO

Jilguerillo, cantor jilguerillo,
Que en la rama del árbol estás,
¿Qué se dicen la estrella y el grillo?
¿Qué te cuenta la luz matinal?

Tú, que escuchas las voces del cielo,
Tú, que entiendes del bosque la voz,
¿Qué les dices si emprendes el vuelo?
¿Qué les cuentas en trinos de amor?

¿Hay acaso una lengua inocente
Que permite á las aves hablar;
Una lengua del prado y la fuente,
Una lengua del astro y el mar?

No lo sé; pero escucho y presiento
Que todo habla esa lengua de amor,
Y en la lira del alma, yo siento
Cómo suena armoniosa esa voz.

Jilguerillo, canción plañidera
En la rama del árbol te oí;
Á ti vino una fiel compañera,
Y ora cantas alegre y feliz.

. . . .

¡Ah! ¡yo vengo á aprender el idioma
Que habla el astro, y el ave y la flor,
Porque tengo una blanca paloma
Y quisiera decirla mi amor!

EL ANILLO

Leía de Polícrates, á orillas
Del proceloso mar;
Su suerte me sedujo; las olillas
Me hablaban lisonjeras,
Y mis plantas venían á besar.

Sobre mi frente un dulce pensamiento
Detúvose al pasar,
— El pensamiento de mi amor; — el viento
Con sus alas ligeras,
Mansamente invitábame á soñar.

¡Soñé!... Si ella me ama, me decía,
Que venga una señal :
¡Lo que dicen tus labios, vida mía,
Que lo digan los vientos,
Que lo repita el proceloso mar!

El anillo amoroso que me diste
Á lo hondo fué á parar :
¡Oh mar! ¡Oh cruda mar! ¡no lo volviste!
¡No hubo pez en tus ondas
Que mi suerte viniera á proclamar!

HIPNOTISMO

Tus ojos en mis ojos, tus manos en mis manos,
En sueño de sonámbula
Ayer te sumergí;
Mi voluntad mandaba; tú, ciega obedecías,
Y yo, yo era quien pálido
Temblaba junto á ti.

— Lo que yo pienso, dije, que lo adivines quiero.
— ¡Bien! balbuceaste, y súbito
Palidecer te vi.
— ¡Lo sabes! ¡ah!... ¡contesta! pensé dentro del alma,
Y cual suspiro lánguido
Tu labio dijo: — ¡Sí!

— Cuando despiertes, quiero, pensélo emocionado,
Que sepas lo que tímida
Me acabas de decir.
— ¿Lo mandas? — Lo suplico... ¡Despierta! y despertaste;
Y entonces, vi en tus ojos
Radiante el porvenir.

PIGMALIÓN

Pigmalión de su estatua enamorado,
En un rapto de amor, besó la boca,
Y al contacto del beso apasionado,
Latió animada la insensible roca.

Blando agitóse el delicado seno
Cual si el mármol de un sueño despertara;
Calor de vida coloreó su cara
Y el labio se entreabrió, de gracias lleno.
En profusas sortijas y ondas de oro
Desatada cayó su cabellera,
Y en casta desnudez lució un tesoro :
¡Venus naciente más hermosa no era!
Los cielos sus miradas luminosas
En sus ojos azules concentraron;
Ella sonrió, y al par la coronaron
Amor de mirtos y el pudor de rosas.

Así, rompiendo sus marmóreos lazos
Con un suspiro lleno de armonía,

Vino á la vida la mujer más bella
Que haya alumbrado el luminar del dia.
Absorto Pigmalión, tendió los brazos,
Y, naciendo al amor, tendiólos ella.

Mujer de mármol, insensible y fría,
Si yo Pigmalión fuera,
Por animar tu hielo, el alma entera
En un beso de fuego te daría.

HUELLAS Y RUINAS

¡Cuánto asombra en las vastas soledades
Encontrar el vestigio de los hombres,
Cadáveres de imperios y ciudades
De que á veces no quedan ni los nombres!

Pero más honda pena, más desvelos
Que los escombros de pasadas gentes,
Causa encontrar las huellas aun recientes,
Del náufrago perdido entre los hielos.

Y un pie marcado en la movible arena
De las playas bravías, no tocadas,
Aun más que las grandezas caducadas,
De inquietud misteriosa el alma llena.

Y á mí, más me conmueve y me fascina
Aquella blanca rosa que he encontrado
Dentro de un libro, seca y polvorosa.
—¿Quién me la dió? ¡No sé!... Pero esa rosa
De entre mi propia ruina.
Un mundo de recuerdos ha evocado.

Á GALATEA

I

Vi á mi ninfa que alegre se bañaba
Confiándose á las olas sin temor,
Y, cuando cerca de la playa estaba,
Desoía mi ruego, y se alejaba
Riendo de mi cuidado y mi dolor.

Súbito, un grito agudo, que aun resuena
En mi oído con larga vibración,
Me heló de espanto, y de su sangre pura
Roja mancha, á contar la desventura,
Sobre la blanca espuma apareció.

¿Qué horrendo monstruo de los hondos mares
Esa divina juventud borró?
¿Quién me quitó la luz y la alegría?
¿Quién vino á arrebatar al alma mía
El afecto de un noble corazón?

II

Por tu bien, Galatea, no te juegues
Con las olas volubles del amor,
Mira que esconden monstruos lisonjeros
Que, cuando menos pienses, traicioneros
Te partirán de un golpe el corazón.

ENSUEÑOS

Cuando el sueño los párpados pesados
Con blanda mano silencioso toca,
Es espíritu tiende ágiles alas
Y al éter se remonta.

Y á un tiempo ve los días que pasaron
Uno tras otros, cual amargas olas,
Ó cual nubes cambiantes de colores
Que por el cielo flotan.

Y ve surgir, cual astros de la tarde,
Titilantes las almas amorosas,
Que en coloquios dulcísimos se abisman,
Y en el azul se engolfan.

Y se cuentan sus penas y esperanzas,
Y con nobles palabras se confortan,
Y miden los abismos de la vida
Y á la lucha se aprontan.

Como un fugaz relámpago, tal pasa
La visión de los sueños vaporosa,
Y en la mente, al pasar, deja una estela
De luz entre las sombras.

Yo, la vaga intuición de aquellos viajes
Conservo al despertar, halagadora;
Yo he sentido mil veces que volaba
Con alas poderosas.

Yo he traído canciones de ese mundo
Lleno de luz y de impalpables sombras;
Por eso, á veces, cual de ajenas manos
Mi lira tiene notas.

Y yo he visto ciudades, antes vistas
En sueños; y yo he visto, niña hermosa,
Tus ojos, tus dos soles, en el cielo
Donde vagan las almas soñadoras.

¡LINDA!

Eres tan linda, tan linda,
Y en ti todo es tan perfecto,
Que á haberte visto Mahoma
Creara para ti otro cielo.

Eres tan linda, tan linda,
Y hay en tus ojos tal fuego,
Que á haberte mirado el Dante
Hubiera ideado otro infierno.

Yo, en el cielo de mi amor,
Sin ser Mahoma, te he puesto;
No ingrata me hagas bajar
Al infierno de los celos.

LOS MENSAJES DEL AMOR

Cuando inclinas tu frente pensativa
Y escuchas el rumor del vago viento,
¿Esperas que te traiga entre sus alas
Algún eco de amor, algún recuerdo?

Cuando miras la estrella de la tarde
Clara y luciente en el azul del cielo;
Las luces de tus ojos soñadores
¿Á dónde van, en su amoroso anhelo?

¿Crees tú posible que en la tarda ausencia
Se comuniquen los amantes pechos?
¡Mira! yo sé por experiencia propia
Que hay un hilo de amor que va muy lejos.

Teléfono del alma que une mundos,
Cuando habla por los ojos es de fuego;
Y en la ausencia penosa con voz suave
Prodiga á los amantes sus consuelos.

Á todas horas los mensajes cruzan
De la ausencia el nublado firmamento.
¡ Escucha ! ¿ No oyes ?... ¡ Rumorosos pasan
Quejas, y cuitas y sonantes besos!

MIS SUEÑOS

Si las ricas visiones de mi mente,
Si mis sueños sin fin yo condensara,
Si cuantas alas pasan por mi frente
Á una cadencia y ritmo sujetara,
Á reflejar tus mundos, alma mía,
El espejo del mar no bastaría,
Ni el cristal azulado de los cielos
Á refrenar tus inmortales vuelos.

TU SONRISA

¡Cuán solitaria y triste
En mi camino un día te encontré!
De tus acerbos males condolido,
¡Ah! no podrás negarlo, te sané.

Y tú me sonreíste
Con tal encanto, que mi amor te dí,
Y un cielo artificiosa me mostraste
De amores deliciosos y sin fin.

Las penas de tu olvido
Mi herido corazón perdonará;
Mas aquella sonrisa seductora,
¡No podré perdonártela jamás!

¡SPES UNICA!

Atada vi á mi frente
La juvenil corona,
De sedosos, azules pensamientos,
Y de fragantes purpurinas rosas.

Eternas parecían
Sus galas y mi gloria,
Y el soplo repentino de la tarde
Cambió en espinas las fugaces rosas.

— ¡Esperanza, Esperanza!
¿Qué me dirás ahora?
— ¡Aguarda! ¡aguarda!... Tras la tumba oscura
Renacerán tus juveniles rosas.

TUS CARTAS

Como sultana irritada,
Una feroz puñalada
Me tiraste al corazón.
El golpe matarme pudo,
Mas me sirvieron de escudo
Tus tiernas cartas de amor.

Ayer te encontré cambiada;
Era dulce tu mirada
Y tu acento halagador.
Mucho recelo, traidora,
Que no me valgan ahora
Tus tiernas cartas de amor.

CELOS

Tú todo lo negaste, y en tu llanto
Yo no quise creer;
Tu amenaza, en seguida, no me impuso,
También la deseché.

Hoy, en nombre de Dios, me lo dijiste
Al pie del mismo altar:
Hoy, en nombre de Dios, me lo juraste
Al ir á comulgar.

Lágrimas y amenazas nada prueban,
Son armas de mujer;
Mas, á Dios ¡oh mujer! ¿cómo pudiste
Por mentirme ofender?

¡SOLA!

Sobre una piel de tigre
La vi dormida,
Vagaba por sus labios
Dulce sonrisa :
¡Sola y tan bella!...
Fuí á besarla, y las uñas
Me hincó la fiera.

MIMÍ

Ayer tarde al nacer de las estrellas,
Solos los dos, sus manos en mis manos,
¡Cuán delicioso hallamos el jardín!
Las aves aun gorjeaban sus querellas,
Susurraban las palmas y bananos,
Y temblando en su seno vi un jazmín.

Cual los astros sus ojos fulguraron,
Y algo tan dulce deslicé á su oído
Que del jazmín se duplicó el temblor;
Cual himno de la tarde murmuraron
Nuestros labios el dúo repetido
Que siempre nuevo encontrará el amor.

Se entornaron sus ojos deliciosos,
Se entreabrieron sus labios, y en su aliento
Una ardiente promesa recogí;
Ciñéronla mis brazos temblorosos...
¡Y á nosotros llegó en aquel momento,
La inocente y monísima Mimí!...

LECCIÓN

Yo vi una niña, delicada y suave,
Sonriendo dominar á un fiero león;
Tú fuiste altiva á domeñar un gato,
Y el gato los dos ojos te arañó;
Tú empleaste la fuerza que subleva,
Y ella empleaba el cariño seductor.

Conoce bien tus armas,
Débil mujer, y hechiza el corazón:
Nacida para esclava,
Reina te nombra el soberano amor;
¡Conoce bien tus armas,
Sonríe y llora, y domarás al león!

CONSUELOS INTERESADOS

Tienes el alma llena de sollozos,
Y á tus labios bermejos
Una sonrisa viénese á asomar;
Sonrisa engañadora, que muy lejos
De ocultar el secreto de tus penas
Lo viene, á pesar tuyo, á revelar.

Bastaría un acento cariñoso
De los labios de hielo que tú adoras,
Para sacar tus lágrimas á luz;
Mas, no esperes que el cruel mire siquiera
Las lágrimas de amor que tú atesoras,
Ni comprenda el dolor que escondes tú.

¡No más! ¡no más! ¡no ahogues en tu pecho
Los sollozos sin fin que en él palpitan,
Y déjalos salir en libertad!
Vuelen cual banda de palomas blancas
Que las alas veloces precipitan
Al acercarse el fiero gavilán.

¡Ven, amiga, á mi lado; ven, y esconde
En mi pecho tu rostro dolorido,
Y llora el desengaño de tu amor!...
Dijo él, y ella cegada por su llanto,
Fué á buscar el amparo de aquel nido,
Triste avecilla, y encontró un azor.

REFLEJOS

Miré al fondo de un mísero pantano
Y en su oscuro cristal luciendo vi,
Como en el cielo azul entre las nubes,
Una estrella con luces de zafir.

Así es el alma humana, vida mía;
Si en el fango se llega á sumergir,
Siempre una chispa del divino origen,
— La conciencia, — en su fondo ve lucir.

Y es el hombre del ángel un reflejo
Como el astro caído que yo vi:
En el charco es un punto, y en los cielos
Una estrella con luces de zafir.

Á

H. S. B.

Todas las nubes que el cielo cruzan,
Todas las flores que el mundo cría,
Sus ricas formas y sus colores
Más luz no tienen, preciosa mía,
Ni más olores,
Ni mejor llama,
Ni más misterios y poesía
Que los encantos que en ti derrama
La primavera de tus amores.

AMOR NATURAL

Cuando miro tus labios entreabiertos
Como roja granada,
Lujuriosos de amor, ¡ah! por besarlos
Loca palpita y se me escapa el alma.

Llegar suelen sonantes á mi oído
Tus mágicas palabras,
Como enjambre de abejas zumbadoras,
Y va al panal de donde salen mi alma.

Siento un mareo, y si los brazos tiendo,
Se alzan las verdes ramas,
Y al par que esquivan sus tantalias pomas,
Tu sonrisa de amor excita mi alma.

¡Ah! ¡quisiera morir!... desesperado,
Veo agitar sus alas
Á dos tiernas palomas que se besan,
Con sus caricias torturando mi alma.

¡Ah! ¡quisiera morir!... ¡Isis creadora,
Tú, que los seres atas,
Si ora consientes que tu ley fecunda
Se quede sin cumplir, extingue mi alma!

LA CANCIÓN DEL LOCO

I

El arpa vibra sola,
Modula una canción,
La mano que la toca
No tiene cuerpo, no.
¿Qué dulce son? ¿Qué dulce son
Arranca deliciosa, que alegra el corazón?
¡Qué dulce son!
Yo escucho un canto vago, yo siento un gran mareo;
Lo veo y no lo creo; lo creo y no lo veo;
No sé si oigo lo que oigo, no sé si es ilusión.
¡Escucha el dulce son!
El arpa vibra sola.
Modula una canción.
¡Qué dulce son!

II

Espíritu nocturno,
Preséntame la faz;
Ven á charlar conmigo
Y el arpa deja en paz.
¿En dónde estás? ¿En dónde estás?
Te llamo y tú no vienes, te busco y tú te vas;
¿En dónde estás?
Yo veo un ser confuso, yo siento un gran mareo;
Yo siento allá á lo lejos vagar un aleteo.
—¿Quién eres?—Un espíritu.—¿Tu nombre?—¡Lo sabrás!...
Preséntame tu faz;
Ven á charlar conmigo
Y el arpa deja en paz.
¿En dónde estás?

III

Despeja de tu frente
El fúnebre capuz,
Y ven del otro mundo
Á darme alguna luz.
¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú,
Ser impalpable, aéreo, de un éter blanco-azul?
¿Quién eres tú?...

Veo que formas tomas, que te condensas veo;
Lo veo y no lo creo. ¡Ah! ¡siento un gran mareo!...
¡Dios mío! ¡vi unos ojos debajo de ese tul!
¡Gran Dios! ¡esa eres tú!
¡Ah! ¡llévame á los mundos
Donde hay perpetua luz,
Donde estás tú!...

IV

Con claro timbre el arpa
Modula su canción,
Tu mano misteriosa
Arranca el dulce son.
¡Será ilusión? ¿Será ilusión
Esto que tanto encanta mi roto corazón?
¡Será ilusión!
Tus ojos en mí fijos, como dos brasas veo;
Veo tu faz doliente; lo veo y no lo creo.
¿Qué buscas, vida mía?... ¡Ah! ¡déjame oir tu voz!...
¡Se fué la aparición!
— ¿En dónde está su tumba?
— ¡Está en mi corazón!
¡Adiós! ¡Adiós!

LOS BUITRES

Yo escalaba tu cima, gran montaña,
Las águilas volaban á mi paso,
Y, cuando más erguido me veía,
Pisé mal, resbalé, caí rodando.

Cuando supe de mí ya era la tarde;
Herido me encontré y ensangrentado,
Y en aquellas inmensas soledades
Clamé al cielo y la tierra, y clamé en vano.

Un buitre se cernía allá en la cima,
Como yo en el abismo, solitario,
Y hacia mí descendió con lento vuelo,
Como desciende el mal sobre el postrado.

Tendió su cuello sobre mí, cual pude
Defendíme del buitre ya ensañado;
Mas, otro apareció, luego un tercero,
Y otro más, y otro más fueron llegando.

Las negras alas en legión tendidas,
En su ronda infernal me circundaron;
Vi sus ojos llamear, sentí su aliento
Y el ansia de sus picos acerados.

Faltáronme las fuerzas, y los buitres,
Más fuertes cada vez y más osados,
Penetraban mis carnes con sus garras
Y me abrían el pecho á picotazos.

Desfallecido al fin, cerré los ojos;
¡Adiós! dije á la vida sollozando,
Y el corazón desnudo presentéles
Para concluir más luego, en ti pensando.

¡Oh! ¡qué horrible es morir lleno de vida!
¡Oh! ¡cuán duro es romper los dulces lazos
Y apagar la esperanza!... ¡Nunca, nunca!
¡Arriba, corazón; muere luchando!

¡Muerte, abandono, olvido!... ¡No, imposible!
¡Nunca, nunca!... grité desesperado,
Y el grito formidable de mi angustia
Los montes con sus ecos prolongaron.

— ¿Qué tienes, amor mío? me dijiste,
Y contesté, del sueño despertando:
— ¡Ah! ¡los buitres, los buitres me comían,
Y un beso de tu amor los ha espantado!

SEGUNDA PARTE

NUEVAS RIMAS

NUEVAS RIMAS

HOJAS DE OTOÑO

Leves, cual sueltas mariposas de oro,
Vuelan las hojas que del árbol fueron
Pompa y orgullo, y en el suelo helado
Secas se posan.

Verdes un tiempo en la calor estiva
Flores y sombra su dosel nos daba,
Hoy, ¡cuán distinto!... por el cierzo heridas
Todas cayeron.

Así las hojas de mi vida arranca,
Así mis verdes ilusiones trunca
Crudo el Otoño... ¡Su inclemente saña
Nada respeta!

¡Mira! Girando por el aire leve
Pasan las secas esperanzas mías.
¡Más que del cierzo, de tu blanca mano
Mueren heridas!

DESENCANTO

En la lámina azul, transparente
Del plácido lago,
Se refleja la luz primorosa
Del cielo estrellado.
Largas horas las aguas tranquilas
Pasé contemplando,
Y en tus ojos miraba otro cielo
Más hondo y más vasto.
En tus ojos también fulguraba
La luz de los astros,
Y algo dulce, divino y grandioso
Que mi ser llenaba
De inefable encanto.

En tus ojos mi cielo existía,
Á tus plantas vivía extasiado
En tu amor creyendo,
Creyendo ¡insensato!
Largas horas tu rostro divino
Pasé contemplando,

De tus lindas ficciones pendiente,
Loco, enamorado.

¡Ah! ¡que un día ¿te acuerdas? tu anillo
Arrojaste al lago!...
Tras la lámina azul, transparente
Divisélo y propúseme alzarlo,
Y vi, ¡oh, rabia! ¡que el fondo de estrellas
Era un lecho infecto
De lamas y fango!

Desde entonces los cielos fingidos
Ni miro ni acato.

LA LUCIOLA

« Mira esa estrella que en la hierba luce
Que se apaga y se enciende »,
Me decía la niña en su candor:
Por estrella tomaba la luciola,
Gusano brillador.

¡ Qué mucho que la niña se engañara
Si yo mismo creí luz de los cielos
La engañosa luciola de tu amor!

EL JAZMÍN

En premio de las rimas que te decía,
Tú me diste halagüeña blanco botón,
Oloroso capullo, jazmín del dia
Que en mi levita puse con ufanía,
Allí mismo do late mi corazón.

Al calor de mis rimas, sobre mi seno
Y á la luz de tus ojos, abrió la flor;
Su cáliz perfumaba de aromas lleno,
Y en tu rostro agitado, si antes sereno,
Vi una lágrima,... acaso signo de amor.

¿Te trajo algún recuerdo de muertas horas
El abrir instantáneo de tu jazmín?
¿Ó el murmurio de amores de las sonoras
Rimas mías del alma, los que atesoras
Adormidos ensueños despertó al fin?

De tus ojos el llanto yo he sorprendido,
Que los nobles anhelos sé comprender;
¡Del recuerdo de amores yo sé el latido!...
Al compás de mis rimas, que es un gemido,
¡Cuántas veces el llanto no vi caer!

De tus ojos el llanto no me sorprende,
Que amor y llanto nunca tuvieron fin;
Mas, lo que mi alma inquieta, lo que no entiende,
Es por qué en este pecho de nuevo prende
El fuego traicionero que abrió el jazmín.

LAS ESTRELLAS

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA R. N.

Cuando á las estrellas miro
Siento en mi alma su atracción,
Y me parece que amigas
Me llaman con dulce voz.

¿Qué es lo que quieren decirme?
¿Por qué guiñándome están?
¿Quién desde allá me hace señas?
¿Para qué me llamarán?

¿Si allá los seres queridos
Volveré de nuevo á ver?
¡Oh, madre, si en esos astros
Que me atraen te hallaré!

Si supiera que esos mundos
Son blandos nidos de amor,
Te pidiera alas de fuego
Para abordarlos, ¡oh, Dios!

Quisiera subir volando
Más ligero que la luz,
Á saber por qué me llaman
Los astros del cielo azul.

¡VOLVERÁN!...

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA M. O. DE M.

(Imitación)

Volverán de la alegre primavera
Las mañanas de rosa á despertar,
Y otra vez á la vida y los amores
Temblando llamarán.

Pero aquellas mañanas deliciosas
De nuestro ardiente amor primaveral,
Las pasadas mañanas de la vida,
Ésas... ¡no volverán!

Volverán las doradas ilusiones
En las almas enfermas á anidar,
Y de nuevo los sueños encantados
Sus alas abrirán.

Pero aquellas que un día acariciaron
Nuestro sueño de dicha sin igual,
Las que un dia á los cielos nos llevaron,
Ésas... ¡no volverán!

Volverán los halagos en tu oido
De falaces amantes á sonar,
Y tu pecho al amor y la esperanza
Acaso se abrirá.

Pero, firme, inmutable cual los astros
Mientras todo á tu lado ves pasar,
Un amor como el mio, desengáñate,
Eso, no encontrarás.

INFIERNO

Jamás el Dante imaginó una historia
Más atroz que el suplicio que he sufrido,
Yo que tuve la gloria
De verme á ti por el amor unido.

Tú un Edén me formaste. ¡Breve sueño!
Yo te di el alma entera,
Y con amante frenesí, tu dueño
Me llamabas á mí, que tu esclavo era.

¡No podía durar!... ¡Tan noble hechizo
Breve tuvo que ser!... ¡Ah! si de súbito
La luz despareciera, si faltara
Bajo los pies el suelo, no espantara
Más el ánimo, no, que la honda sima
Que tú abriste á mis plantas de improviso.

Desde entonces, cadáver ambulante
Y sombra de mí mismo, perdí el alma;
Vivo tranquilo al parecer, y en calma,
Y hasta suele haber risa en mi semblante.

Paso así entre las gentes, como aquellos
Condenados en vida, cuyas almas
De sombras, sin destellos,
Sumió en su Infierno el vengativo Dante.

¡Ah! más vale llorar desesperado
Que sonreír por fuerza en la tortura:
Mi yerto corazón es un abismo
Que con flores está disimulado;
Mi yerto corazon es sepultura
Escondida en el fondo de mí mismo,
Donde sollozan todos los dolores,
Donde gime un océano de amargura,
Mientras cantan las aves sus amores
En campo alegre, donde el sol fulgura.

En vacío sin fin, sin fin cayendo
Cual Luzbel despeñado del empíreo,
Sin apoyo, sin luz, lleno de espanto,
De ese caer que término no alcanza,
Siento el vértigo helado y el delirio.

¡No podía durar!... Sólo es eterno
El profundo dolor de mi martirio...
¡De mi pecho borraste la ESPERANZA
Y en mi pecho has creado un nuevo infierno!

TRAICIÓN

Cuanto por agradarte te decía
Te hallaba terca desdeñosa y fría;
¡Vivías olvidada
Del dulce sonreír!...
Hoy te dije, al acaso, cualquier cosa,
Y una sonrisa grata y afectuosa
De niña enamorada
Tus labios fué á entreabrir.

Sorprendido miré, y en un espejo
Alcancé á ver un pálido reflejo;
Vi de una ajena sombra
La silueta fugaz;
¡Entonces, comprendí lo que valía
La insólita sonrisa, que fingía
Con un halago pérfido
Venirme á acariciar!

Falsa y desleal, á mí te dirigiste
Y al que pasó á mi espalda sonreis'e.
Á dos así engañabas,
Mujer sin corazón.
Enferma tengo el alma; ¡tú me has muerto!
Después de esa sonrisa, nada hay cierto,
¿Fias en mí?... ¡Te engañas!
¡Mi cariño en desprecio se trocó!

EN LA TUMBA

Veinte años he soñado con un muerto
Que mi alma á otras regiones se llevó,
Bajé á su tumba... ¡ Era ella !... Blanco lirio
Que la muerte escogió.

Con los brazos cruzados sobre el pecho,
Sujetando en las manos una cruz,
Parecía dormida, en el mullido
Raso del ataúd.

Blanca como la cera, los cabellos
Caídos sobre el cuello de marfil,
Entreabiertos los labios, parecía
De nuevo sonreír.

La nariz perfilada, y entornados
Los ojos, cual si fuera á despertar...
¿Dormía? sí; su seno suavemente
He visto palpitar.

Y me acerqué, ya viejo, á aquella imagen
De mi pasada juventud gentil...
¡Ésta fué la mujer que tanto he amado!
¿Si pensará ella en mí?

Á mis ojos, la espléndida belleza
Ella es aún, que el alma me robó.
¡Era la misma de antes!... Fuí á besarla,
Pero... ¡ya no tenía corazón!...

ESPÍRITA

¿Cómo, si ella murió, yo rio y canto?
¿Qué mano vino á recoger mi llanto
Y á borrar mi dolor?
¿Tú crees que vago solo? ¡No lo creas,
Va conmigo mi amor!

Diáfana, aérea, cristalina y pura
Veo centuplicada su hermosura
Y acrecido mi ideal.
Ella marcha á mi lado, me conforta
Y me envuelve en su espíritu inmortal.

Juzgan las gentes que he perdido el juicio,
Y creen que en un abismo me desquicio
Do va á estallar mi sien.
¡No sospechan el mundo de delicias!
En que yo vago con mi dulce bien!

Ella encendió en mi pecho la esperanza,
Y una tan celestial aventuranza
Que del mundo salí.
Vivo en ella, vagando en los espacios,
Y ella, á mi ser unida, vive en mí.

Como suele la estrella en el espejo
Del lago azul, con pálido reflejo
Trémula titilar,
Ella, así desde el cielo á mi alma llega
Mi lobreguez terrestre á iluminar.

Desde que ella volvió yo río y canto;
Volvió amorosa y engujó mi llanto
Y borró mi dolor.
¡No creas que voy solo; voy con ella,
Va conmigo mi amor!

ERUPCIÓN

Dormía en la montaña el fuego, oculto
Bajo la nieve eterna. Una mañana
La montaña temblando se despierta,
El fuego ruge y en la cumbre estalla.

Así mi amor dormía
Silencioso en el cáliz de mi alma,
Bajo la nieve espesa; mas, al verte
Despierta, brilla, poderoso se alza,
Y se alza á padecer... ¡Fiero rugiendo
Como el fuego voraz de la montaña
Sale á la luz del día,
Y su encendida lava
Sobre un campo de hielo indestructible
Para morir luchando, se derrama!...

ASÍ ME OLVIDARÁS

Has cortado esa flor para adornarte
Y orgullosa en tu seno está la flor;
Así por vanagloria has arrancado
Mi amante corazón.

Va la flor en tu seno á marchitarse,
É, indiferente, tú la arrojarás...
Así también mi vida has consumido,
¡Asi me olvidarás!

LA ESENCIA DE LAS COSAS

La lágrima que brilla en tus pestañas,
La que temblando está,
Mundos de sentimiento y poesía
Contiene en su cristal.
Mas, cuando ese cristal se desvanece
Cual perla matinal,
El alma de esa lágrima,
¿Á dónde, á dónde irá?

El suspiro escapado de tus labios,
Efímero y fugaz,
No bien nacido, á deshacerse vuela...
¡Sin eco muere ya!
Pero del dulce amor que lo ha impregnado
La esencia celestial,
El alma del suspiro,
¿Á dónde, á dónde irá?

La luz de esa mirada misteriosa
De lánguido anhelar,
Podrá desvanecerse y difundirse
En negra oscuridad;
Pero el amor que entraña, ese que enciende
Su espléndido fanal,
Esa alma de tus ojos,
¿Á dónde, á dónde irá?

El beso que me diste apasionada,
Súbita luz fugaz,
Se borró de mis labios; mas, su esencia,
Su ser inmaterial,
El alma de ese beso va conmigo,
Me atrae sin cesar,
Mi corazón se lleva...
Con él ¿á dónde irá?

AYER Y HOY

Ni el más leve favor le concedía
En su arrogancia á mi porfiado amor:
Yo, como sombra suya la seguía,
Y ella me deshacía
Como á la sombra el sol.

Yo no sé cómo fué; pero ello vino:
Ella fué dócil á mi ardiente amor,
Y ha sido desde entonces, su destino
Seguirme en mi camino
Como la sombra al sol.

ANTES Y DESPUÉS

I

Me hacen daño tus ojos atrevidos
Que vienen á quemarme el corazón,
Paralizan de mi alma los latidos
Con su ardiente, letal fascinación.
Si el magnetismo es eso,
Me sume en un abismo su embeleso...
¡Ah, no me mires más, por compasión!

II

Mírame por favor, cual me mirabas
Cuando todo mi amor te concedí;
Entonces, mi alma de placer llenabas,
Y amor y fuego en tu pupila vi.
Si es ese el magnetismo,
Sumérgeme otra vez en ese abismo...
¡Ah, mírame otra vez, mírame así!

9.

¡BELLO ES EL MUNDO!

Bello es el mundo, mas los hombres malos...
Y las mujeres peores;
No hay rosa sin espinas, y hay venenos
En el aliento mismo de las flores,
Y de engaños, perfidias y dolores
Los más grandes poemas están llenos.
Todo pierde su encanto,
No hay día hermoso que no pare en noche
Y no hay sonrisa que no pare en llanto,
No hay flor que no abra su virgíneo broche,
No hay amor que no muera:
¡Y así quieres, amiga, que te quiera!

OCTAVA CON ESTRAMBOTE

El Dante amó á Beatriz con poca suerte,
Que no es mucha no ser correspondido;
El Petrarca á su Laura hasta la muerte
Dulcemente cantó sin ser oído;
El Tasso por Leonor con pena fuerte
Por haberla mirado, fué oprimido;
Y así ninguno de ellos ha logrado
El sueño á que su vida ha consagrado.

¿Qué mucho, pues, Poeta,
Que á ti te martirice una coqueta?

LUZ DE LOS ASTROS

— ¡Mira, Leonor, cuán bellos
De Sirio los destellos
Límpidos surcan el espacio azul!
Los mundos siderales
Con signos y señales
Hablan la lengua que les dió la luz.

— ¿Crees tú que las estrellas
Cual púdicas doncellas,
Charlan mimosas entre sí de amor?
El alma inteligente
Del astro refulgente,
¿Podrías explicarme, buen doctor?

— En tus ojos, mi amada,
La veo reflejada
Cuando en ellos se pinta la emoción:

Su luz encantadora,
Luz de naciente aurora,
Es lengua de tu tierno corazón.

— ¿Y qué dicen mis ojos?
— Como tus labios rojos,
Dulces palabras tienen para mí.
— ¡De amor son sus destellos!...
— Sí; mas, no creo en ellos:
¡Que hay astros que aprendieron á mentir!

IMAGEN

La niña pura, ardiente, enamorada
Besó un botón de rosa,
Y al contacto del beso, aquel capullo
Abrió á la vida su gentil corola.

Encendióse su pálido-rosado,
Cual tu mejilla si el rubor la toca,
Y cundió por su ser viva la llama
Que á tus ojos asoma
Si enamorada miras; luego, suave
Como el aliento de su fresca boca,
Enbalsamó el ambiente
Con su exquisito aroma.

Como tú, delicada,
Parecióme la flor encantadora
Ser de tu ser, y, como imagen tuya,
Fresca y gentil y pura y deliciosa.
Cuando tú me la diste pensativa,
Palideció en mis manos, cual tú ahora,
Fuí á besarla, toquéla, ¡se deshizo!...
¡Qué imagen de tu amor, pálida Rosa!

EL CIELO AZUL

¡Mira! ese cielo azul que todos vemos
No es cielo ni es azul:
Así son tus miradas y sonrisas,
Mi cielo, así eres tú.

Ayer, las nieblas de dorado manto,
Esas que enciende el sol,
Tu rostro me mentían en sus pliegues,
Sonriéndome de amor.

Como esas nubes que mentir supieron,
Ilusiones de luz,
Engaño celestial, fuego fingido,
Mi cielo, así eres tú.

No, yo no creo en el falaz miraje
De tu celeste amor,
No creo en tus palabras, ni en tu risa,
Ni creo en tu dolor.

No creo en las promesas seductoras
Con que me halagas tú:
¡Mira que el cielo azul que nos encanta
Ni es cielo ni es azul!

EL OCASO

¡Oh, qué prodigio, qué admirable hoguera!
¡El sol esplendoroso
Como nunca en su ocaso reverbera;
Más que al nacer es á la tarde hermoso!

Dispersas van las nubes
Cambiando de colores,
Y pasan cual querubes,
Sembrando el campo de celestes flores.

Húndese el sol lejano
En explosión de luz que llena el mundo,
Tras del ronco oceano,
Del abismo celeste en lo profundo.

Las nubes pasajeras de los cielos
Truecan sus franjas de oro
En tristes, pardos, neblinosos velos,...
Y unidas á los astros, en un coro,

Saludan misteriosas
Á la noche que llega,
Y ella, su negro pabellón despliega,
Donde antes eran las celestes rosas.

Tal fué mi amor intenso,
Bello al amanecer, regio á la tarde:
Como un ocaso inmenso
En tierra y cielos arde,
Arde un instante, y en el negro olvido
Ya para no volver se ha sumergido.

ESTRELLA DE LA TARDE

Como el rumor marino que con distinto acento
Ya muge tormentoso, ya entona una canción,
Llevo un perpetuo ritmo
Aquí, en el corazón.
El mar que ondeaba en calma, ya ronco y turbulento
Estalla con las trombas y lucha con el viento,
Y sigue con sus olas el rumbo del ciclón;
Así en el mar de mi alma
Suelen alzarse á veces
Tormentas de pasión.

Como las nubes rotas en pálidos jirones
Que enciende con sus rayos el moribundo sol,
Sobre mi frente hay sombras
Teñidas de arrebol.
Crepúsculos del alma, matices y cambiantes
Que alegran ó entristecen con las historias de antes,
Con el recuerdo aun vivo de un luminoso amor,
Nieblas que en hielo y lágrimas

Antes que el sol se ponga
Condensará el dolor.

Como la noche oscura, de misterioso encanto,
Que tiende sobre el mundo su denso pabellón,
Llevo en perpetuo luto
Sumido el corazón.
Tinieblas hay profundas y puntos luminosos,
Relámpagos que alumbran espacios portentosos,
Y dudas formidables que aumentan mi dolor;
Mas, la ESPERANZA entre ellas,
Como un lucero surge,
Si miro hacia los cielos buscando paz y amor.

LA TISIS

¡Éramos tan felices... tan bellos nuestros días
Que aquello no podía durar, oh, santo Dios!...
Como arpa que sin dueño se queda abandonada
Así dejó mi pecho la mano del dolor.

« Ese toser, la dije, me inquieta, me hace daño... »
« ¡Me ahogo! contestóme, salgamos al balcón : »
El baile suspendimos y en busca de aire fresco
Á la ventana fuimos á conversar los dos.

Brillaban las estrellas con cruel melancolía,
La noche traicionera temblando la besó,
Y ella sonriendo triste, los ojos en el cielo,
« ¡Parece que me llaman! » muy quedo murmuró.

Sentí oprimido el pecho; ella algo fué á decirme,
Sonrióse, y sus palabras interrumpió la tos,
Y en la batista blanca con que cubrió sus labios,
Una rojiza mancha, ¡oh, cielo! apareció.

¡Á qué contar la triste, la lamentable historia
De la angustiosa tisis que al fin la consumió!
¡Á qué contar mis penas!... ¡Baste mostrar que vivo
Sin que matarme aun pueda, cual quiero, mi dolor!

BELLEZAS TRUNCAS

I

Ojos claros, serenos,
De dulce encanto llenos,
Que fijos me miráis con luces bellas,
Como suelen mirarnos las estrellas,
Al ver vuestra hermosura
¡Quién ciegos os creyera,
Sin luz, sin horizonte, sin ventura!

II

¡Me encanta su belleza,
Su porte airoso, su mirar altivo,
Su rostro angelical, su gentileza,
Su aire de reina, noble y pensativo!
¿Quién creyera al mirar esa cabeza

Tan primorosamente modelada,
Que en ella, ¡ santo Dios, no hubiera nada!

III

Y al contemplarte á ti, blanca paloma,
Al aspirar el virginal aroma
Que envuelve como un nimbo tu inocencia,
¡Quién creyera ya turbia tu conciencia!
¡Quién creyera al mirar tu linda cara,
Que en tu seno una sierpe se ocultara!

IV

Á la que nada tiene en la cabeza
La abona su belleza;
La ciega, dulcemente
Mira sin ver, y sin bajar los ojos;
Y, tú, que como el alba alzas la frente
Entre celajes rojos,
— ¡Parece que no es cierto, —
Comienzas á vivir, y... á un hombre has muerto!

¡KHAIRÉ!

¡Adiós! la dije con mortal congoja,
Y de ella me alejé.
Vi en la popa su pálida figura
Y por última vez, ¡adiós! la dije,
¡Por última, tal vez!

Contenía mi pena en su presencia,
Ahogaba mi pesar,
Mas, ya en el bote, que veloz volvía,
Tornando la cabeza, de mis ojos
Una lágrima ardiente rodó al mar.

Perdióse entre las aguas que circundan
La tierra del dolor;
Llevando un mundo de pesar consigo,
Aumentó del océano la amargura,
Aquella gota que en la mar cayó.

Á estallar en sollozos á otras playas
Se dirigió, tal vez;
Ó trocada en fugaz fosforescencia
Siguiendo el barco, tras la amada mía
Acaso amante por mirarla fué.

Ó acaso en alas de la brisa errante,
Evaporada al sol,
Fué á refrescar su frente pensativa,
Llevándole un recuerdo enamorado,
¡Una suave caricia, un otro adiós!

¡QUISIERA LLORAR!

Ayer estaba revuelto el cielo,
Triste y opaco, sin luz de sol;
Ayer estaba también nublado
Tu corazón.

Lloró la nube, y el cielo ahora
Luce sonriendo su seno azul;
¡Ah! ¡tú sonríes!... ¡Como ese cielo,
Como esa nube, lloraste tú!...

¡Feliz quien puede desechar penas
Y en risa el llanto desparramar!
¡Si yo pudiera, como esa nube,
Como tus ojos, también llorar!...

LA ORACIÓN

Como el día, nublado y tormentoso
Está mi corazón; en su tristura
Siente desmayo, pena y amargura
Y todo lo ve oscuro y angustioso.

De este sueño fatal y doloroso
En vano mi alma despertar procura;
Todo viene á aumentar mi desventura
Y á hacerme el porvenir más tenebroso.

Mi ánimo herido, atribulado calla...
Oigo rugir los vientos que se enconan,
Cierra el día, las nubes se amontonan,
Brama la mar y la tormenta estalla...

Al fin, en mi aflicción, volvíme al cielo,
Y el cielo azul se abrió, y hube consuelo.

SEMBLANZAS

I

Vi arder la lava encendida
Sobre la cumbre nevada,
Y aquel volcán á mi pecho
En silencio comparaba.
Mas, si la nieve del tiempo
Pone mi cabeza blanca,
No extingue la hoguera, no,
Que siento arder en el alma.

II

Sobre las nieves eternas
Tendióse un vivo reflejo,
Luz que á lo lejos parece
Rojizo manto de fuego;
Y esa luz yo comparaba,
Amiga mía, á tu afecto,
Reflejo de amor pasado
Á tu nieve sobrepuesto.

LA LINTERNA DEL FARO

El cuidador de un faro
En noche de tormenta,
Envuelta en gruesa lona como estaba,
Prendió, sin acordarse, la linterna.

Zozobraban las barcas pescadoras
Que á oscuras se encontraron á la vuelta,
Y, contra el cuidador, llenos de luto,
Los hijos de la playa se presentan.

Y él dice al juez : — « Señor, toda la noche,
Enfermo como estoy, la pasé en vela,
Á los vientos expuesto y á la lluvia,
Por mantener prendida la linterna. »

— « Pero eso ¿de qué sirve? el juez replica,
Si á la linterna el cobertor le dejas :
Impedir que á la mar dé sus destellos
Es como si su luz tú no encendieras. »

El torpe cuidador que el fanal prende
Y en seguida sus rayos intercepta,
Dejando al afligido navegante
Perdido de la mar en las tinieblas,
¿Qué crees tú que merece? Ciertamente
Que en tu recto criterio lo condenas;
Mas, ¡oh, cuánto á ti misma
El cuidador del faro se asemeja!
— ¿Á mí?
— ¡Si tal!...
— ¿Te burlas?
— ¡No!... Tú dices
Que afecto me conservas;
Mas, si es así, ¡gran Dios! ¿de qué me sirve,
Cuando en nada lo veo ni lo muestras?

REBECA

Cansado pasajero, sediento peregrino,
Pasando mi camino
¡Cuán bella te encontré!
La bíblica Rebeca me pareció que tú eras;
Como ella, de tu cántaro
Me diste de beber.

Bebí, bebí anhelante, y el agua cristalina
De fuente tan divina
Desalteró mi sed.
Yo, fijo en ti los ojos, Rebeca, te miraba
Y á tu sonrisa angélica
Sentíme renacer.

« ¡Adiós! » te dije, ¡oh, pena! siguiendo mi camino.
¡Partir es mi destino;
Jamás te olvidaré!...
Salí, llevando impresa tu escultural figura,
Y aquel rubor espléndido
Que iluminó tu sien.

¡Ah! quién pensara entonces, dechado de inocencia,
Que tú, la misma esencia
Del mal pudieras ser.
¡Ah! ¡quién pensara entonces, que el agua emponzoñaras
Y que sonriendo, pérfida,
La dieras á beber!

Me matas en silencio; no hay huella de tu crimen,
Y en tanto, tú, otra víctima
Buscando acaso estés.
¡Me matas en silencio!... ¡que Dios te lo perdone!...
¡Maldito sea el cántaro
Que envenenó mi sed!

LOS MUERTOS

I

Yo vi aquella tumba cuajada de flores
Que el llanto regó;
La tumba sencilla do duermes y esperas
Bello ángel de amor.

¿Qué fué de la madre? ¿Por qué ya no viene
Su hijita á velar?
¡Que tumba tan sola!... ¡La niña allá dentro
Qué frío tendrá!

II

¡Silencio!... me acerco; ya estoy á tu lado...
¿Escuchas mi voz?
También en el pecho yo traigo un sepulcro
Do yace un amor.

Un tiempo bullía volando entre flores
Alegre y feliz.
¡Murió! y el olvido su lápida helada
Tendió sobre mí.

III

¡Ah! ¡pérfida, fuése!... yo guardo su imagen
En negro ataúd...
¡Qué frío silencio rodea la tumba
Donde yaces tú!...

Di, niña ¿qué sienten, qué piensan los muertos?
¡Qué sueños tendrán!
¡Los vivos olvidan! ¿lo ves?... ¡y nosotros,
Por qué no podremos también olvidar!

LA DUDA

Tengo en el alma un vacío
Que no se puede llenar,
El vacío de la duda
Que corroyéndome está.
¿Qué fué? ¿qué pasó?... ¡Imposible
De poderlo descifrar!...
No creo en tus juramentos,
Que antes me engañaste ya.
Á sabiendas me juraste
Ser cierta una falsedad,
¡Si podré tener confianza
Cuando vuelvas á jurar!...
También me juraste amor
Por toda una eternidad,
Y tu corazón ahora
Es para mí un pedernal.
Bien veo lo que te cuesta
Poderlo disimular,
Fingiendo amor que no tienes
En pago de mi lealtad.

Ni con cien rayos de luna
Un rayo de sol harás:
¡Ah, de tus besos de nieve
Ni una chispa saltará!

Yo miro, callo y padezco
Y voy ahondando mi mal;
Tú disimulas y pasas,
Y me evitas al pasar.
Hay un algo en tu conciencia
Que perturbándote está,
Se vislumbra, aunque lo escondas
Tras tu empañado cristal.
Si no hay *nada*, como dices,
Tu conducta es singular...
Quien recela y disimula
Todo lo hace sospechar.
Tal vez lo que tú me ocultas
Sea alguna nimiedad,
Comparado con lo que
Yo imagino que será.
Puede ser que yo haya visto
Visiones y nada más;
¡Mas, cuánto no se parecen
Á la misma realidad!
Tú, al tratarme sin franqueza,
Y con tanta frialdad,
Á esas visiones das cuerpo
Y alas á mi duda das.

El temor con que me miras,
Y aquel empeño tenaz
Por rechazarme, si piensas
Que te voy á penetrar;
Tu desconfianza y recelos,
Tu conducta desigual,
¡Todo te acusa... y aprieta
Á mi garganta el dogal!

. . . .

. . . .

Si quieres borrar mis penas,
Si quieres curar mi mal
Déjame ver en tu pecho,
Déjame ver la verdad.
Lo puedes y no lo quieres,
Temes mi enojo quizá,
Y tú te haces desgraciada
Y á mí me haces mucho más.
Este vacío de mi alma
Sólo tu puedes llenar;
Mira que la duda es peor
Que la misma realidad.
El enojo mata y muere,
Ó perdonando se va.
El enojo tiene fin,
Pero la duda, ¡jamás!

EL GRILLO

Alegre cantando sus glorias
Un grillo feliz,
« Los cielos azules, decía,
Se encienden por mí;
Los campos de flores bordados
Al beso del sol,
Los bosques do anidan las aves,
Por mí se embellecen
Y cantan de amor.

» Soy libre y alegre, no siento
Ni penas ni afán;
No ofendo, ni envidio á otros seres
Y á nadie hago mal.
Cantando me paso los días,
Cantando mi amor:
El rey en su trono sentado
No creo que tenga
Más dicha que yo.

» Humilde coloco en la hierba
Mi trono y mi altar,
Y gozo las dulces primicias
Que el cielo nos da.
¡Oh, vida, bendigo tus dones,
Tu intenso placer!... »
El grillo, cantando, decía;
Y sobre el posóse
La pata de un buey.

. . . .

¡Oh, mundo, las glorias que pasan
Decidme ¿qué son?
¿Qué duran las horas falaces
De dicha y de amor?...
Vivimos, cual grillos cantando
Sin saber por qué,
Y al grillo que rey se imagina,
Lo aplasta ¡oh sarcasmo!
La pata de un buey.

LAS GOLONDRINAS

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA I. N. DE E.

« ¿Dónde van las golondrinas
Que al viento sus alas dan?
¿Por qué abandonan sus nidos
Y cruzan el ancho mar?

» Buscando cálidos climas
Las golondrinas se van;
Como á las almas sensibles,
El frío les hace mal.

» Junto con las golondrinas
Que al viento sus alas dan,
Buscando amores de fuego
Mis pensamientos se van.

» Mientras la nieve me agobia
Y emblanqueciéndome está,

Yo sueño con los arrullos
De la selva tropical.

» Dejando el alero amigo,
Las golondrinas se van;
Obedecen á una fuerza,
Á un instinto natural.

» Como ellas yo necesito
Del calor primaveral;
Tengo sed de las caricias
Que busqué sin encontrar.

» Me hacen falta los arrullos
De la selva tropical;
Me voy con las golondrinas
Que al viento sus alas dan. »

Dijo el ave prisionera
Soñando, mas por su mal
Dió en los alambres dorados
Cuando pensaba volar.

¡Pobre pajarillo amante,
Sin amor ni libertad,
Mientras te mueres de pena
Las golondrinas se van! .

EL ARCO DE ULISES

Vagaba Ulises por los anchos mares
De Itaca lejos; su palacio en ruinas
En poder de los príncipes yacía
Que asedian á Penélope.

Ruedan sus copas en la alegre fiesta,
Corren sus vinos, sus aromas arden;
Sólo la reina, de constancia ejemplo,
Con alma grande espera.

Pálido llega hasta el festín perenne
Un anciano mendigo; ellos le arrojan
La ración de los perros, y él les canta
Una canción homérica.

Penélope lo escucha estremecida,
Y el grande arco de Ulises á los mozos
Radiante aporta, y ruégales que muestren
Su juvenil pujanza;

Que del nervudo brazo hagan alarde
Doblando el arco del ausente griego,
Y al que entesarlo varonil consiga
Mano y trono promete.

Uno en pos de otro, pero en vano, ensayan,
Que el arco de Odiseo, fuerte roble
Resistente á las brisas, invencible
Cruje, mas no se dobla.

Lo ensayan y lo dejan : cabizbajos
Algunos se retiran, otros ríen;
Y con desdén fingido el más osado
Arco y flechas da al suelo.

El manto suelta al punto, y vigoroso,
Atlético el anciano el arco toma,
Y el arco gime al conocer su mano,
Y dócil se le allana.

Atónitos lo ven los pretendientes
Erguirse como un dios, y huyen medrosos
De sus flechas vibrantes perseguidos,
Y al héroe reconocen.

Penélope á sus brazos vencedores
Vuela, y Ulises á la digna esposa
Besa, y la dice : « ¡Que mi beso borre
La dolorosa ausencia! »

Y ella responde : « ¡Que á tu lado corran
Leves los años! ¡Como sol radiante
Tus flechas dispersaron á los mozos,
Tus ojos, mis pesares! »

. . . .

Musa del alma, tras de larga ausencia
Vuelvo á tus brazos á reinar contigo...
¿Quién me lo impide? ¡y en mis propios lares!...
¡Pásame el arco al punto!

UMBRA ET NIHIL

— ¿Dónde vais, pasajeros de la vida?
— Del duce amor en busca.
— ¡Yo tambien lo busqué!... sólo he encontrado
Perfidia y amargura.

— ¿Dónde vais, peregrinos? — De la dicha
Todos vamos en busca.
— Oro hallaréis, honores y placeres;
Pero no la ventura.

— ¿Dónde vais, caminantes presurosos?
— Vamos, vamos en busca
De salud y de vida... — ¡Ah! cada paso
Que dais es á la tumba.

— ¿Dónde hallaremos, pues, lúgubre esfinge,
Vida, amor y ventura?...
— Más allá de la tierra, tras las nubes
Esos astros fulguran.

ODA Á LA PALOMA

Á M. G. I.

I

Blanca paloma que mis versos buscas,
Himnos sonoros de cadencia griega
Diérate, y dulces, juveniles cantos
Gratos al alma.

Rota la lira de mis verdes años,
Ato de nuevo sus alambres de oro;
Fáciles antes, al amor propicios
Blandos cedían.

Ora, ¡cuán tardos á mi intento suenan!
Floja la mano al recorrerlos siento,
Niégase al canto la cansada lira,
¡Niégase indócil!

Huídas del labio las alegres notas,
Mustias del alma las mejores fibras
Callan las cuerdas, y en silencio guardan
Penas profundas.

II.

Tiernas suspiran si tu gracia alabo,
Tristes sollozan si cantarte intento,
Mírote y gimen, recordando á aquella
Pérfida ausente.

II

Pura, sencilla como tú, arrullaba
Llena de encanto mis mejores horas...
Fuéseme un día... ¡perdonadla, cielos!
¡Fuéseme un día!

¡Fuése!... y yo vivo como el tronco viudo
Falto del peso de sus verdes ramas;
Árbol sin hojas por el rayo herido,
Vivo muriendo.

Hojas y flores y esperanzas verdes
Fueron de un golpe por el suelo echadas,
Vientos helados sus despojos yertos
Lejos se llevan.

¡Dulces promesas me mintió su labio,
Dulces promesas que barrió el olvido!..,
Luz de mi bella juventud pasada,
¿Dónde te has ido?

Tú, con tus alas de divino empuje
Alto mi vuelo mantener sabías,

Numen celeste, sin tu alienlo ahora
Muero de pena.

III

Huésped benigno, que á mi yermo llegas,
Deja á mis años sus recuerdos tristes,
Huye, y buscando juventud y amores
Tiende tu vuelo.

Mira, en la cumbre la mañana flota;
Oye, te llaman insinuantes voces;
Leves las plumas de tus blancas alas
Hieran los aires.

Breve es la vida, su rocío pasa;
Breves las luces que al oriente nacen;
Goza su encanto, que los goces mueven
Fáciles alas.

Bella, triunfante la mañana surge,
Frescas sus rosas en los cielos abren
Y húmedos brotan de sus rojos labios
Besos y rimas.

¡Quieran los cielos que la cumbre airosa
Sople benigna, y en tu seno encienda
Castos amores de divina estirpe,
¡Blanca paloma!

¡SIC TRANSIT¡

EN EL ÁLBUM DE R. T. C.

¡Linda la rosa que á los cielos se abre
Dominando orgullosa en el jardín!
Al mirarla tan bella
Pensé, mi amor, en ti.
Sus pétalos rosados y morenos
Eran como tus párpados,
Cuando tus grandes ojos entornabas
Y entreabrías tus labios de carmín.

Acerquéme atraído á aquella rosa,
Y en ti pensando acaso, la besé.
¡Tembló la flor, deshecha,
Rota cayó á mis pies!...
Sorprendido, mirando aquellos pétalos,
Esos, como tus párpados,
Pensé en la nada de la humana vida,
Y, más que nunca, en el amor pensé.

VISTA POLAR

I

Iba la nave gallarda
Calados los masteleros,
Cruzando mares del norte
En alas del manso viento.

Bajan del polo flotantes
Unos tras otros los témpanos,
Y desfilan á su lado
Como gigantes de hielo.

Helada estaba la tarde,
El mar de un azul intenso,
Y el alto cielo sin nubes,
Claro, límpido y sereno.

Pero esa calma solemne
Con que se presenta el tiempo,
Trae á los lobos de mar
Más que la tormenta, inquietos.

Las aves marinas pasan
Dando gritos agoreros,
Y á refugiarse en el nido
Se apresuran desde lejos.

Como el esquimal, los osos
Buscan sus cuevas de invierno,
Y el mugido de las focas
Mugiendo vuelven los ecos.

Como nunca están los astros
Por su brillo y centelleo;
Pero parece que alumbran
Sobre un vasto cementerio.

Y de la aurora boreal
Los fantásticos reflejos
Sobre las olas pesadas
Alzan pálidos espectros.

No eran vanos del marino
Los negros presentimientos,
Que al amanecer, la nave
Prendida estaba en el hielo.

La mar congelada en torno
Se extendía, campo inmenso
En cuyo centro la barca
Parecía un punto negro.

II

¡Pobrecilla? ¡Cuán ufana
Ayer desafiaste al viento,
Y hoy, aprisionada y rota,
Gimes perdida en los hielos!

Tú eres de mi triste suerte
El retrato verdadero:
Tienes tus alas atadas
Como yo mis alas tengo.

Yo, como tú, gallardeando
Dejé el abrigado puerto,
Llena el alma de ambiciones
Y de esperanzas el pecho.

Yo iba en pos de un corazón
Con mar propicia y buen viento,
Y el cielo me sonreía
Como á ti, claro y sereno.

Yo no atendí ni á los signos
Anunciadores del tiempo,
Ni á los cristales flotantes,
Ni á graznidos agoreros.

Un viento suave del sur
Me empujaba traicionero,
Y, cuando menos pensé,
Desperté anclado en los hielos.

El mar libre de mi amor,
Antes azul como un cielo,
Se congeló por mi mal,
Y hoy parece mar que ha muerto.

Blanco sudario parece
Tendido sobre mi pecho,
Que me tiene el corazón
Bajo una lápida opreso.

Juzgad cuál es mi congoja,
Juzgad cuál es mi tormento :
— Tengo el trópico en el alma
Y vivo en perpetuo invierno.

Presa mi nave, encallada
En un polar ventisquero,
¡ Dejadme soñar siquiera,
Con labios y ojos de fuego !

LAS HOJAS SECAS

¡Adiós, amores!
Otoño llega;
Se van volando
Las hojas secas.

I

Suaves susurran
Las alamedas,
Y gravemente
Se balancean
Al blando impulso
De las ligeras,
Fáciles brisas
Que andan entre ellas.
Entre las hojas
Ágiles juegan
Y en la hojarasca
Bullen inquietas,

Bullen sonantes
Y noveleras,
Y oyen curiosas
Lo que conversan
Todas las ramas
De la arboleda,
Y lo que dicen
Las hojas secas.

II

¡Adiós! murmuran
Ya casi muertas,
Y unas tras otras
Del árbol ruedan.
Flotando al aire,
Cayendo sueltas,
Breves instantes
Revolotean,
Y unas tras otras
Al suelo llegan,
Como esperanzas
Del alma enferma,
Como amorosas,
Dulces promesas.
Cual ilusiones
Que van deshechas,
Caen y caen,

Y, dando vueltas,
Van por el aire
Las hojas secas.

III

Todas marchitas,
Amarillentas,
El suelo cubren
De alfombra espesa.
Miles y miles
Pálidas llegan
Y desmayadas
Allí se quedan.
Caen y caen,
Ruedan y ruedan,
Y á cada instante,
Y á cada vuelta,
Y á cada soplo
De la alameda,
Cuchicheando
Tímidas tiemblan.
Todas se agitan,
Todas se quejan,
Y ¡adiós! se dicen
las hojas secas.

IV

El cierzo bate
Sus alas trémulas
Y alza las hojas
Que el suelo pueblan;
Todas sonando
Ruedan rastreras
Y un coro forman
Que rumorea,
Como un murmullo,
Como una queja,
Como sollozos
De la arboleda,
Como zumbido,
Como protesta,
Como plegaria
Que al cielo elevan.
Son suspirillos
Que el alma apenan,
¡Adiós! que dicen
Las hojas secas.

V

Otras, ruidosas
Corren ligeras,

Giran, girando
Ríen, conversan,
Y en remolinos
Rondando juegan.
Ágiles, libres,
Á un soplo vuelan,
Á un tiempo suben,
Á un tiempo ruedan,
Á un tiempo caen
Sobre la hierba,
Como las locas
Vanas empresas
Que por sí solas
Vienen á tierra.
Llora la noche
Y el polvo riega
En que se tornan
Las hojas secas.

VI

Brisas y ramas
De la floresta,
Aguas corrientes
Y verdes hierbas,
Aves que pasan,
Aves que quedan
Á un tiempo todas

Su voz elevan,
Y un rumor vago
Que clamorea
Entre la fronda
Y entre las peñas,
En las montañas
Y en las riberas,
Allá en las nubes
Y acá en las huertas,
Pasa diciendo :
« ¡Alerta, alerta!...
Se van las hojas,
¡Otoño llega! »
Y ¡adiós! responden
Las hojas secas.

VII

Esa voz misma
Que el alma hiela,
Dentro me dice :
« ¡Alerta, alerta!
¡Tus esperanzas
De encanto llenas,
Tus ilusiones
De primavera,
Verdes, floridas,

Fragantes eran,
Y al soplo helado
Pálidas tiemblan,
Y desprendidas
Caen deshechas,
Y fugitivas
De ti se alejan! »

¡Adiós, amores!
¡Otoño llega,
Se van las hojas,
Las hojas secas!

¡MADRE MÍA!

I

El beso de la muerte
Sobre mi frente siento;
Yo contigo converso, madre mía,
Y tú me abres los brazos desde el cielo.
— « Piensa, medita y hacia atrás mirando
el camino que has hecho
Recorra en un instante
Como rayo de luz tu pensamiento. »
Así tú me dijiste, y de la cumbre
Tendí veloz el vuelo
Por la árida llanura
Donde corrió mi vida. Vi á lo lejos
La huella de mis pasos en la arena
Do mis dias felices florecieron;
vi la corriente mansa,
Del río de mi vida, claro espejo
Donde mi quieta juventud se mira,
Consagrada al estudio y al severo

Deber, á los humanos,
Sabia naturaleza, por ti impuesto.

Todavía una chispa
Encontré en las cenizas de otro tiempo,
Do la llama primera tú prendiste
Oh, casto amor, en mi doliente pecho.
¡Cuántas, cuántas, un día
Llamaradas de luz de allí salieron!
¡Cuántas desvanecidas ilusiones!
¡Cuántos rotos ensueños!
¡Cuántos himnos de amor del alma mía
En el abismo del dolor cayeron!

¡Ah! madre mía, si mis ojos lloran
Hallo un triste placer en mis recuerdos;
Y, si del tiempo la corriente subo,
Llego á mi cuna, y siento
Un aleteo de ángeles.
Y más, mucho más que eso,
Siento sobre mi frente,
Madre del alma, palpitar tus besos.

Allí cerca, una cruz de abiertos brazos
Y una figura aérea
Que está llorando y que me llama veo.
Allí, con mis hermanas, siendo niño
Nos llevaron un día, frío y negro,
Y mudos, afligidos, de rodillas

Rezamos en silencio.
¡Ah! ¡no sabía entonces, no sabía
Lo que era la orfandad!... ¡súpelo luego!...
Atravesé la vida desvalido
Sin tener tus caricias y consuelos...
¡Feliz quien tiene madre!... ¡Sin tu amparo
Lo que he sufrido recordar no quiero!

Cuántas veces gimiendo dolorido
Busqué el calor de un generoso pecho
Á falta de tu amor, y hallé tan sólo
Piedad mentida, indiferencia y hielo.
Hoy, si miro hacia atrás, de blancas tumbas
Veo una larga hilera en mi sendero,
En ellas duerme cuanto amé inocente,
Cuanto quise en la vida de un momento.
Amigos, esperanzas, ilusiones,
Locos amores que esparcí á los vientos,
Flores del corazón, hojas segadas,
Ambiciones, mirajes y deseos.

Voy cruzando los mares de la vida,
Oscuro bogador atado al remo,
En barquilla sin vela,
Con tiempo frío y con el mar revuelto.
Participa afligida mi zozobra
La noble compañera, y en silencio
De ella y la tierna prole
Oculto las tormentas que recelo,

Y prosigo remando, herida el alma,
Confiando en Dios, y con mirar sereno.

II

Las etapas recorro una tras otra
De mi vida pasada, y libre puedo
Alzar la frente limpia y sin sonrojos
Y tu fallo aguardar, ¡oh Dios eterno!
Hombre falible soy, y cual tus ángeles,
Ser puro, inmaculado no pretendo;
Mas observé tu ley cuanto fué dable
Á la terrestre larva. Mis anhelos
Á lo bello y lo noble dirigidos
Fueron siempre, Señor. Siempre sincero
Latió mi corazón, que al bien se inclina,
Mi pobre corazón nacido bueno
Porque esa fué tu herencia, madre mia,
Lo que tú me dejaste y yo conservo;
Y porque amé á Jesús, yo, negra oveja
Que él á su diestra, por piedad ha puesto,
Él, que es verdad y vida,
Camino y faro que señala el puerto.

Luché en la vida sin contar las huestes
Del enemigo bando. Á los soberbios,
Altaneros señores que pretenden

La razón eclipsar, y en duros hierros
    Torturan la conciencia,
Lancé atrevido y formidable reto,
    Y los llamé al palenque
Á lidiar lanza á lanza y pecho á pecho.

Llamélos á mostrar en pleno día
Sus pretendidos títulos eternos
    Para erigirse en dioses,
Para robar al hombre sus derechos
    Y postrar á sus plantas
Oprimido y cegado al universo.
La indignación del alma fué mi musa,
El amor á Jesús templó mi estro,
Y solo, pequeñuelo, abandonado,
Pues los míos medrosos se escondieron,
Confiando en la verdad y la justicia,
    Sin ambición ni miedo,
Desperté con mi pluma las rugientes
Furias perversas que abortó el infierno.

Otro tiempo á su imperio sujetaron
Los rebaños humanos y los cetros,
Y ¡ay de aquel que sus sueños inquietara!
    Al punto era deshecho...
Del Santo Oficio entre las aspas crueles
Se apagaba la luz del pensamiento,
Y de ancianos, y vírgenes, y niños,
Se quebrantaron sin piedad los huesos.

Entonando sacrílegos *hosannas*,
Repletaron de carne el quemadero,
Y en el nombre de Dios, nobles cenizas,
Desparramaban á los vagos vientos.

¡Terrible pesadilla
Que embruteció á los pueblos!...
Hoy, el mundo ha avanzado, y esas fieras
Temen la luz y el rayo del progreso;
Pero acechan aún: en las tinieblas,
Aun se divisa el resplandor siniestro
De sus ojos felinos, y su zarpa
Hiere en la oscuridad con golpe artero.

No pudieron cogerme entre sus dientes,
Ni desgarrar mi cuerpo;
Pero, mi alma sincera y candorosa
Sometieron á bárbaro tormento.

Madre mía, sin duda tú lo viste
Desde el glorioso asiento,
Y, como vine á padecer, ¡dejaste
Cumplirse mi destino! Ellos me hicieron
Beber hasta las heces
El cáliz de amargura. ¡Crueles fueron!

Fué un meloso señor, un padre santo
De la feroz pandilla, el que sonriendo
Y de la augusta caridad en nombre,

Los ojos dulces en el cielo puestos,
Una infame calumnia
Destiló de su lengua. Ese veneno
Esparcióse prolífico
Y fué de engendros viles, semillero.

Las mujeres piadosas, como víboras
Sus lenguas esgrimieron;
Los niños enviciados, que los Padres
Á su antojo rehacen; los expertos
Vividores, que el vientre
Llenan con desperdicios del convento;
Los envidiosos todos,
Y la inmensa familia de los necios,
En mi fama sin mancha se cebaron
Cual tábanos hambrientos,
Y, á una voz repitieron en mi daño
De los jesuítas los infames cuentos.

Ellos, que no pudieron cara á cara
Lidiar en campo abierto,
Pérfidos como siempre,
Sus trahillas lanzaron á mi encuentro.
Así reemplazan con calumnias viles
Las tenazas, de antaño y el brasero,
Y torturan el alma
Ya que no pueden torturar el cuerpo.
¡Lobos sagrados que en el nombre se alzan
Del que tuvo por símbolo el Cordero,

Con un pie en el sepulcro, les perdono
El daño irreparable que me han hecho!

Sin recelar la infamia cometida
Sin entender de míseros enredos,
Algo sentí en el aire,
Pesadez y rumores descompuestos,
Y mis alas en redes invisibles
Aprisionadas, y mi pecho opreso,
Triste mi ánimo estaba,
Sentía desaliento,
Y en mi angustia mortal, á mis hermanos
Llamé en mi auxilio. Respondió el silencio.

Volviéronme la espalda aquellos mismos
Á quienes yo serví: mi cruz de nuevo
Cargué yo solo, y caminé gimiendo,
Regando con mis lágrimas,
Más firme en mi deber, todo el sendero.

III

En medio de la humana muchedumbre
Solo me siento, y si á los hombres miro
Con lástima y despego,
Amo á la humanidad, á Dios adoro,
Tengo fe en el progreso,
Y, si nada ambiciono en esta tierra

Es que mis esperanzas
Allá en la patria celestial he puesto.

En este oscuro valle
Nada soy, nada valgo, nada espero;
Á ningún bando, secta ó pandillaje
Ambicioso ni esclavo me someto.
Nadie de mí se acuerda;
Yo no asalté jamás los altos puestos,
Ni en viles almonedas
Á la conciencia humana puse precio,
Ni me sumí en las cloacas
Por llegar á las cumbres del dinero,
Ni adulo al poderoso,
Ni tras el aura popular me empeño.

Ha corrido mi vida mansamente
Y ya toca á su término.
Enjugué algunas lágrimas ocultas;
Mal á nadie le he hecho;
Nadie gime ni sufre por mi causa;
No llevo odio en el alma; no aborrezco
Á quien por ofenderme me ha ensalzado;
Pido por él á Dios y así me vengo.
Solitario á la tumba,
Como arroyo sin nombre voy corriendo,
Con un mundo de amor dentro del alma
Y de futuras esperanzas lleno.

Cuando la muerte amiga
Vuelva á la tierra mi cadáver yerto,
Y desate las alas de mi espíritu,
Libre y feliz por el espacio inmenso;
Cuando ya sea tarde, acaso, acaso
Las flores que en la vida no me dieron,
Manos piadosas sobre mí derramen
Como sentido y postrimer recuerdo.

Tú, en tanto, madre mía,
La falta de cariño y de consuelo
Que en el mundo encontré, dulce y benigna
Me quieras compensar, y el santo anhelo
De verdad y justicia
Que hondo en el alma, inmarcesible llevo,
Satisfacer sabrás, guiando mis pasos
Por las regiones del amor eterno
Donde el soplo se siente
Del Padre de la tierra y de los cielos.

TERCERA PARTE

POEMAS DEL CORAZÓN

POEMAS DEL CORAZÓN

A long poem is merely a succession of brief ones; that is to say, of brief poetical effects.

(Edgard A. Poe)

INTRODUCCIÓN

I

« ¡Voy á morir! Ya siento aproximarse
Este trance final de la existencia;
Yo nací para amar y amor me mata
Con desengaños mil y amargas penas.
» Tú eres mi amigo fiel, á ti te entrego
Estas mal anotadas confidencias,
Impresiones sin fin, páginas rotas
Que una historia de amor vagas diseñan.
» Yo las quise quemar; dudé... ¡No pude
Al fuego dar la cifra en que se encierran

Mis recuerdos, mi gloria, mis pesares,
Cuanto en el alma lacerada queda!...
» Los borrones informes que te envío
Tú pulirás, de tu amistad en prenda;
Ellos encierran mucho sentimiento,
Mucha verdad y una amargura inmensa.
» Rompe el hilo del tiempo, borra estrofas
Con llanto escritas y genial franqueza
Si lo crees necesario, y de mis lágrimas
Has un collar de cristalinas perlas.
» ¡Y acaso ese collar hecho de angustias,
Fiero dogal que mi garganta aprieta,
Ella sonriendo ceñirá á su cuello
De un triste triunfo funeral presea!...

» En ti confío, amigo, de ti espero
Que cumplirás mi voluntad postrera
Esta mi triste historia transformando,
Si fuere dado, en inmortal poema.
» Ambiciono vivir en esta historia
Tan cara para mí, mas tan acerba:
Trabajaré contigo, en compañía,
Yo pondré el corazón, tú la cabeza.
» Vas á encontrar una traición de amores
Vulgar acaso, cuando en mi alma leas;
Pero no olvides que mi suerte infausta
Es lección para muchos y experiencia.
» Yo la amé con delirio... ella me amaba...
Mas, ¿qué fué de su amor y sus promesas?...

Quiero que ella recoja en estos ecos
La voz de mi dolor y su conciencia...

» Tú conoces la historia de mi vida,
Que el amor consumió como si fuera
Arista al fuego mugidor, y sabes
El engaño crüel de ésa... de aquélla...
» ¡Ah! ¡no quiero nombrarla! No la nombres...
Pon en vez de su nombre una cruz negra,
Como fué su traición, y es esta angustia
Que el alma dolorida me envenena...
» Voy á morir; en mi aflicción te dejo
Este fúnebre encargo por herencia.
¡Voy á morir! ¡Adiós!... Toma mis lágrimas
Y hazme un collar de cristalinas perlas. »

II

¡Pobre Hernando, se fué!... Quise su encargo
Cumplir leal, de la mejor manera;
Mas no pude su escrito incoherente
Transformar, como él quiso, en un poema.
Sólo vi la postrera llamarada
De aquel amor que absorbe su existencia,
Mas ignoro el origen y el estrago
De aquella activa, rugidora hoguera.
Sé que la ingrata que halagó su vida
Y destrozó su corazón, artera

Á otro amante entregó de aquella historia
Las hoy perdidas páginas primeras.
Fechas aisladas, pensamientos sueltos,
Estrofas inconclusas, la cartera
Contiene las más veces... ¡Imposible
En ese laberinto hallar la hebra!
Recogí lo que pude y le di forma,
Conservando la mente del poeta,
Y, sobre todo, el sentimiento vivo
Que creó la imagen é inspiró la idea.
Hoy saco á luz sus lágrimas lloradas,
Sus amores vividos y hondas penas;
Legado de un difunto, origen toman
De una fuente común estos poemas.
Crucen el mundo cual arpegios vagos
Que de ultratumba á conmovernos llegan,
Y á los amantes corazones digan
De Hernán de Rojas las amargas penas.
Yo no sé si cumplí como él deseaba,
Si por pulirlos les quité su fuerza,
Yo no sé si atiné, como él quería
Á condensar sus lágrimas en perlas.
Sucesión de impresiones y de afectos
Breves, fugaces, formarán cadena,
Y el *poema de un alma* hallará en ellos
Quien con amante corazón los lea.

MAÑANA Y TARDE

I

¡Salve! ¡amanece en la plateada cumbre;
Montes y valles á la luz despiertan;
Cantan las aves, y en fecundas ondas
Fluye la vida!

¡Salve! ¡en un tiempo amaneció en mi limbo
Y ondas de fuego por mi ser cruzaron!...
¡Tú, que llegabas, y amorosa diste
Voz á mi lira!

II

Ora anochece en el oscuro valle,
Súmese el mundo en soledad medrosa,
Callan las aves, y el nocturno llanto
Riega la tierra.

Tal en mi pecho, si tu luz me falta
Todo es tristeza, soledad y llanto:
Desque te fuiste mi enlutada lira
Sueña en silencio.

EL NIDO ABANDONADO

Éste es el verde tronco, aquí tu cifra
Á la mía enlazada como ayer;
¡Adiós! aquí te dije,
Aquí anublada y triste te dejé;
Luego, crucé esta senda,
Sin sospechar que fuese
Tan largo aquel adiós, ¡tan largo y cruel!

Han pasado los años, no las rosas;
Tan frescas como ayer hállolas hoy;
Sólo tu huella en vano,
En vano busco, el tiempo la borró.
Mas, en cambio, aquí mismo
Flores más bellas nacen
Donde tu última lágrima rodó.

Allí está la colina donde fuimos
Á jurarnos de nuevo eterno amor;
Allá el bosque, do el viento,
Del *alma mater* misteriosa voz,
En coro con los árboles

Y el Teno turbulento,
Nuestras nupcias del alma celebró.

La roja tarde á sorprendernos vino
Y en el cielo tendió su negro tul;
Sirio, nupcial antorcha
De nuestro amor, en la región azul
Prendió su excelso faro,
Y, más que nunca espléndido,
Sobre nosotros derramó su luz.

Como dos aves que su nido buscan
De la tarde que muere al resplandor,
Así nos alejamos,
Suelta la brida, con marchar veloz,
Á escape los corceles,
Mudos, emocionados,
Y henchido de placer el corazón.

. . . .

Todo está en su lugar, astros y flores
Hoy brillan, como ayer, con igual luz,
Cantan de amor los nidos,
Verde está el prado, el firmamento azul;
Y todo me sonrie,...
Mas todo me da pena,...
¡Falta el alma, oh dolor!... ¡me faltas tú!

Á WILLIAMS EL ADIVINO

Si es verdad que tú penetras
Lo secreto y escondido,
En alivianar mis penas
Muéstrese tu arte benigno.

¿Dime, dime do se oculta
La mujer por quien suspiro?
Ella de mí se ha alejado,
Ella de mí se ha escondido.

Corre con tu doble vista
Campos y montes vecinos,
Y revélame el paraje
Donde ha colgado su nido.

Transmonta, si es necsario,
La alta sierra de agrios riscos,
Y á los azules confines
Acuda tu poderío.

Y si, cual puedes, encuentras
La que me roba el destino,
La que de mí se ha alejado,
La mujer por quien suspiro,

En su corazón penetra
Con respetuoso sigilo,
Y si está mi nombre mira
Allí todavía escrito

Allí mi amor tuvo altares,
Aromas y sacrificios,
Y hoy no sé si algún airón
Flote del incienso mío.

Hoy no sé si hay ramas verdes
En mis rosales y mirtos;
Hoy no sé si algún recuerdo
Quede del tiempo perdido.

Mas, si es que en su seno encuentras
Palpitando algún indicio
Del antiguo amor que un día
Reinó en aquel paraíso,

¡No tardes, por Dios no tardes
Un solo instante en decirlo!...
Mas, si así no fuese... ¡oh cielos!...
¡Déjame siempre indeciso!

Déjame dudar, incierto
De si eres ó no adivino,
Y no mates la esperanza
Que sostiene mi martirio.

Déjame vivir dudando
De tu arte y tu poderío,
¡Pero, soñar pueda al menos
Con la mujer que he perdido!

———

ADIÓS Á COMARES

Vuelvo otra vez al árbol
De nuestro amor dosel,
Donde por vez postrera
Te vi, mi dulce bien.
Como si aquí quedara
La esencia de tu ser,
Hay algo que me atrae...
¡Lo que será, no sé!

¡Cuán solitario encuentro
Lo que poblado ayer!
Faltando tú, le falta
La luz á nuestro Edén.
¡No estás! y me imagino
Que vas á aparecer;
Y hasta tus pasos siento,
Temblando, dulce bien.

De ti todo impregnado
Respira este vergel,

Bebieron de tu aliento
Su rosa y su clavel;
Las hojas rumorosas
Me hablan de ti, tal vez;
Los pájaros te llaman,
¡Oh, ven, mi vida, ven!

De aquel amor campestre
Más dulce que la miel,
Vi renacer los días
De candorosa fe.
¡Qué enjambre de memorias
Llegaron en tropel
Como los sueños diáfanos
De quien feliz se ve!

Mas, tras los sueños vino
La realidad crüel.
¡Qué solo en aquel campo,
Qué solo me encontré!
« Pudiera yo estrecharla
Contra mi pecho fiel »,
Pensaba, y un suspiro
De mi alma á ti se fué.

Gimió la blanca brisa,
Y, cual si fuera ayer,
Busqué sobre la hierba
La huella de tu pie:

Y allí, donde tus lágrimas
Un día vi correr,
Allí, como algo tuyo,
Violetas encontré.

Reguélas con mi llanto
Caído sin querer;
Como á hijas de tus ojos,
Amante las besé,
Y en ti pensando siempre
Salí de aquel vergel,
Y, ¡adiós! dije á Comares,
Ya para no volver.

CANCIONES SIN PALABRAS

I

Al viento van dispersos
Los pedazos de mi alma en mis canciones;
Mis caprichosos versos,
Cual hojas secas al acaso van.
Yo sé que á recogerlos, pues me amaste,
Recatando de mí tus emociones
Ávida llegarás.

Bajo el velo que encumbre mis ficciones,
De un corazón herido
Se siente el afanado palpitar;
Pon atento el oido,
Escucha lo que dice su latido
Y tu alma estremecida, aunque no quieras
De nuevo vibrará.

¡Para ti sus rumores!... tuyo el canto,
Tuyos mis versos son, tuyo mi llanto,
Tuyo yo mismo, luz de mi ideal.
Como en bruñido espejo

En el metal de mis candentes rimas
Los hijos de tu amor divisarás:
        Son los recuerdos míos,
Blancos espectros de pasadas glorias
Que alientan soñadores mis memorias
Y trémulos te miran al pasar.
Escucha lo que cantan, y una lágrima
        Tu corazón tendrá.

   Lágrimas de una copa desbordada
Son mis rimas también, tú bien lo sabes;
Himnos de amor de un arpa quebrantada
Que al viento del acaso libres van;
Diligentes abejas zumbadoras,
Que al escaparse de mi amargo pecho
Las rojas flores de tus dulces labios
        Ansiosas buscarán.

   Mas no temas, no pienses que indiscreto
        Vacie las urnas de oro
        Que guardan el secreto,
        Que guardan el tesoro
De aquel amor inmenso y sin igual,
        De aquel que me juraste
        En horas ya pasadas,
Que iría hasta la tumba y más allá.
— « ¿Me olvidarás? » te dije, al separarnos,
        Y tú me contestaste :
        — « ¡Jamás! ¡jamás! ¡jamás! »

II

Como música suenan tus palabras
Dentro del corazón, con ellas labras
De mis rubias abejas el panal;
Y, á pesar de que me huyes, y escondida
Dejas correr la vida,
Vena sedienta que se marcha al mar,
Tus promesas encienden mi esperanza
Y me muestran un cielo en lontananza;
Tus promesas me alumbran
Cual lámpara perpetua ante el altar;
Tus promesas me animan y confortan,
Y á su calor en el oculto nido
Dentro del pecho, siento estremecido
De otras rimas de amor el palpitar.
¡Esas son mis *Canciones sin palabras*,
Informes nebulosas sin estrellas,
Semillero de mundos
Que aquí, latentes en el alma están!

Informes todavía, cosas bellas
Que acaso no serán ni nunca han sido,
Armoniosas me dicen al oído:
Me hablan de ti, de mundos superiores,
De altisimos ideales
Tan reales como eternos,
Tan bellos como reales

Cual la luz del espacio sideral.
¿De dónde esos rumores,
Tan llenos de misterios
Los que tan dulces cosas celestiales
Con voces cristalinas,
Con voces virginales
Me vienen á contar?

¡Ah! yo he visto en mis sueños que en gran coro,
Inmensa multitud de sombras vagas,
Pasa cantando con rumor sonoro
De un corazón al rítmico compás.
¡Ah! yo he visto pasar bellas mujeres,
Las vestiduras sueltas,
Entre las nieblas pálidas envueltas,
Estrellas vislumbradas
Que tras la bruma titilando están.
Pasan, pasan, las manos enlazadas
Como las rosas que juntó la brisa,
Puras, inmaculadas,
En sus labios sin mancha una sonrisa,
Con los ojos sin luz... — ¿Á dónde van?
— Aguardan de tus labios
La palabra que luz les ha de dar.
Ellas son la esperanza,
Tú puedes traerlas á la vida real;
Tú eres sol de esas nubes,
¡Venlas á iluminar!

En el limbo interior en donde vagan,
¿Lucir el sol acaso no verán?
En el limbo interior del pecho mío,
Como en el globo la central marea,
Suena un himno perpetuo, un himno extraño
Que dentro de mí mismo rumorea,
Como la ardiente juventud del año
Como las voces del inmenso mar.

El himno que palpita y aletea
Con las alas gigantes de los sueños,
El que tiene amarguras y sonrisas,
Terribles huracanes, mansas brisas,
Ardiente amor y luz primaveral,
Ese me habla de ti, y á todas horas
En el sueño agitado, en la vigilia,
Armonías sonoras,
Rimas y estancias, notas y suspiros
En desiguales ráfagas
Produce sin cesar.

III

Bellas son mis canciones sin palabras;
Son tuyas, para ti... ¿Quieres oírlas?
¡Ven, ven!... Sólo á tu oído,
Al latir de tu seno conmovido
Las quiero suavemente modular.

¡Ven!... ¡á tu oido quiero repetirlas
Con el alma abrasada,
Y, abismado en la luz de tu mirada,
De mi labio á tu seno transmitirlas!...
Pero... ¡tú no vendrás!...

Si no vienes ahora, cuando muera,
¿Á recogerlas á mi tumba irás?
Acércate sin miedo,
Y un rumor vago, misterioso y ledo
Como un preludio de arpa escucharás.

No temas al sentirte acariciada,
Y escucha mis postreras armonías;
Suspiros son de un alma enamorada,
Son hijas de tu amor, querellas mias
Que tienden alas y á buscarte van.

Van de ultratumba á preguntarte, hermosa,
Si acaso á tu cantor olvidarás...
Feliz, si les contestas amorosa:
«¡Jamás! ¡jamás! ¡jamás!»

FANTASÍA

¿Quién es? ¿quién me ha llamado?
¿Quién pronuncia mi nombre en el silencio?
¡Ah! ¡sólo tú, amor mío,
Sabes llegar así á mi pensamiento!
¡Sólo tú me adivinas,
Sólo tú has comprendido mis anhelos,
Sólo tú me respondes,
¡Sólo tú me acaricias desde lejos.
¡Tú sola, tú, perfume delicioso,
Penetras en mi pecho,
Y tu ser á mi ser se aúna y funde
Cuando vienes á mí!... ¡Dulce misterio!...

. . . .

¿Me llamas? ¿qué me quieres?...
¡Ya estas aquí! ¡ya tu presencia siento!...
Ven á mis brazos, ven y enamorada
Deja rodar en mi hombro tus cabellos:
Cuéntame de la ausencia
Los pequeños detalles y secretos;

Yo te haré mil caricias,
Te arrullaré con cadenciosos versos;
Yo te diré al oído mis canciones
Que tú después me pagarás en besos.
Siéntate en mis rodillas,
Reclínate en mi pecho,
Y en secreto, á la luz de las estrellas
Hasta que venga el alba, conversemos.

¡AH! ¡NO SÉ DÓNDE ESTÁS!

¡Ah! ¡no sé dónde estás!... Al vago viento
Pregunto, y sus susurros me responden
Con quejumbrosa voz.
¿En dónde estás? ¿qué piensas? ¿qué padeces?
¿Dónde, oh cielos, tus lágrimas se esconden
Que la angustia me sube al corazón?

Hay un algo en el aire que me advierte
Y que me habla un lenguaje apasionado
De amargura y de amor;
¿Será acaso, mi bien, tu pensamiento
Que viene á acariciarme, y que invisible
Tus ensueños me cuenta y tu dolor?

Yo no sé dónde estás; no sé qué piensas;
Yo no sé si me olvidas, ni si ha muerto
En ti toda ilusión;
Mas de la fuente de mi pecho salen
Suspiros mensajeros en tu busca,
Y silenciosas lágrimas de amor.

. . . .
. . . .

¡VOY Á VERLA!...

Supe que te iba á ver, y en el momento
Se me agolpó la sangre al corazón;
Como las hojas con que juega el viento
Tembló todo mi ser, y el sentimiento
Embargó mi razón.
« ¿ Si será, dije, si será ilusión ? »

Las palabras del libro que leía
Ya sin significado, no entendí:
Sólo tu imagen, ¡ ah ! me sonreía,
Y mi alma de placer se estremecía
Toda llena de ti.
¡ Sólo tu imagen en mi mente vi !

Largo rato en mis ojos fascinados
Fijos miré, con singular ardor,
Tus negros ojos de llorar cansados,
Sus esplendores de antes eclipsados,

Pero aun llenos de amor;
Y sentí en mi alma un singular dolor.

¿No será acaso, un sueño el encontrarte
Como en sueños mil veces te encontré?
¿Será cierto?... ¿Cambiada habré de hallarte?
¡Qué guardas para mí?... « Yo, para amarte
Vine al mundo », pensé,
Y en ti pensando así, ¡lloré! ¡lloré!...

¡AL FIN!...

Verte otra vez un sueño parecía,
Y ese sueño feliz se realizó;
¡Y te estreché en mis brazos, y no he muerto!
¡Y el corazón del pecho no saltó!

Cuando tenía un mundo que contarte,
Contemplándote, absorto me callé;
Mis dolores se fueron con mirarte,
Con mirarte mis penas olvidé.

Y al oír de tus labios que me amabas
Renació mi ardorosa juventud,
Te di las gracias con un dulce beso,
Y vi que de placer llorabas tú.

MADRIGALES

I

Del fondo eterno de la noche oscura
Brotó la luz divina,
Y el universo se pobló de seres,
De colores, y formas y armonías.

Así en mi corazón donde era noche,
De súbito fué día :
Tus ojos me miraron,
Brotó el amor y desperté á la vida.

II

Como enterrado vivo,
Sentía el corazón dentro del pecho,
Tan desolado y triste
Cual el más triste y desolado invierno.

La nieve se deshace, brotan rosas
En mi árido desierto;
El invierno se cambia en primavera
Llena de ardor y juveniles ecos;
Renace la esperanza,
Luce el amor, se encienden los deseos...
— ¿Quién hace este prodigio? — Tú, tú sola;
¡Tú, que á mi pobre corazón has vuelto!

¡Á SOLAS!...

Al oído te dije apasionado
Los poemas de amor que te escribí,
Tu corazón saltaba al par del mío
Con violento latir.

En tu mano apoyada la cabeza,
Inclinada la frente de marfil,
« ¡No más, no más! »... clamaste suavemente,
« ¡Apiádate de mí!...

» Me hacen mal tus palabras ardorosas
Cuando vivo cansada de sufrir;
El dolor y el placer tienen su límite;
¡No me mates así!...

» ¿Que no ves cómo lloro? Es que no cabe
Placer tan grande, cual me das, en mí.
¡Quédate así á mi lado eternamente!
¡Quiéreme siempre así!...

» ¡No más! ¡no más!... Mi pecho lacerado
Siente sangrar su antigua cicatriz:
¡Ah! ¡no llenes el vaso que está roto!...
¡No me hagas tan feliz! »

EN COMPAÑÍA

Anoche comprendí lo que se sufre
Cuando hasta las miradas se refrenan
En su vuelo de amor. ¿ Cómo se puede
Simular una fría indiferencia,
Cuando dentro del alma
Ruge una hoguera,
Y miradas, y besos y palabras
Por salir tiemblan ?

Anoche comprendí lo que se goza
Cuando la dulce música resuena,
Y lo que callan los discretos labios
Ella preludia con divina lengua.
Cuando tocas el piano
Cantan las cuerdas,
Y siento que de tu alma al alma mía
Caricias llegan.

ALAS DEL AMOR

Venía de escuchar las melodías
Tan tiernamente bellas
Con que mi alma á tu sabor mecías,
Y mi frente tocaba á las estrellas.

Volví á mis lares del contento en alas
Para seguir soñando; cuando, ¡oh, cielos!
Sentí, al contacto de un reptil helado,
Refrenarse mis vuelos.
Me aguardaban palabras injuriosas
En una carta por el odio escrita;
Yo leí aquel anónimo,
Y, sin querer, bajé de las airosas
Cumbres serenas do lo bello habita.

En ti pensé, bien mío,
É invulverable fuí. Las venenosas
Sagitas á mis pies rotas cayeron,
Y mis alas de nuevo, victoriosas
Á las altas regiones se tendieron.

Como llega cantando la mañana
Á disipar la noche, una caricia,
Un eco de tu música lejana
Á sostenerme vino. Con delicia
Tus ojos me miraron,
Tus labios me sonrieron,
En luz de amor mi espíritu bañaron,
Y las ofensas perdonadas fueron.

Á mis sueños volví y á las alturas,
Á la región del bien, do me encaminas,
Á la región del arte do fulguras,
Sol perpetuo de amor, que me iluminas.

ESPEREMOS

¿Crees que eterno ha de ser el nublado
Que nos roba las luces del sol?
Cualquier viento que sople impensado
Barriendo las nubes
Al cielo azulado
Dará su esplendor.

Así pasa en la vida, mi hermosa,
Hay nublados que tapan el sol,
Mas, al fin una brisa amorosa
Se lleva las penas,
Y el alma gozosa
Se entrega al amor.

HOGUERA

« ¡Ó todo ó nada! » en su pasión me grita
Tu lacerado, altivo corazón.
« ¡Ó todo ó nada! » con vehemencia loca
Me pides en tu amor.

¿Quieres, acaso, que á la roja llama
Nos arrojemos sin pensar los dos,
Para apagar las ansias infinitas
De un contenido amor?

— ¡Ó todo ó nada! — repitió tu labio
Lleno de varonil resolución...
— ¡Tómalo todo!... ¡Arrójate á mis brazos!...
¡Abrásate en mi amor!

ANACREÓNTICAS

EL BESO

El beso que me diste
Quedó grabado á fuego;
Nadie podrá borrarlo
De donde tú lo has puesto.

Si triste estoy á solas,
En el alma lo siento,
Y el placer y la pena
Á un tiempo saboreo.

El beso que me diste
Vivo en los labios llevo,
Y otros labios profanos
Jamás allí consiento.

—

MI CONQUISTA

Ni á César ni á Alejandro
Sus conquistas envidio,
Que yo más ciertos triunfos
Debo al amor propicio

Ellos el mundo vieron
Á sus plantas rendido;
Yo, que ellos más ufano,
Más orgulloso vivo.

No envidio sus grandezas
Sus conquistas no envidio;
Yo conquisté más que ellos: —
¡Tu corazón, que es mío!

¡JAMÁS!

« ¡Borrarte del alma quiero
Quiero tu amor olvidar! »
Así decía insensato
À la que es mi vida y más;
Y ella, sonriendo hechicera,
Contestábame: — « ¡Jamás! »

— « ¡El ídolo que yo adoro
Derribaré de su altar! »
— « Intentes lo que intentares
Olvidarme no podrás. »

Tenía razón: ¡no puedo!...
No tiene cura mi mal.
Irá conmigo mi amor
Por toda la eternidad,
Y si hubiera de perderme
No lo querría olvidar.

PRESAGIO

Una rosa blanca, mientras yo escribía
delante tenía
En vaso bohemio de rojo cristal.
Detúveme atento, miré su hermosura
Tan regia, tan pura
Que pensé que fuera tu faz virginal.

Mi ilusión crecía, la rosa miraba,
Yo la interrogaba
Y en ella sentía tu seno temblar.
Los rojos reflejos del bohemio vaso,
No sé por qué acaso,
Mareo de celos viniéronme á dar.

¡Oh, rosa! la dije, su vida arrancara
Si infiel la mirara,
¡Que llorarla muerta, ya es menos dolor!
¡Oh, flor, con un signo, que digas te imploro
Si es fiel la que adoro:
¡Y al instante un soplo deshizo la flor!...

VOCES DEL ALMA

¿Qué secreta inquietud mi pecho agita?
¿Qué brisa sopla que la mar se encrespa?
¿Por qué este vago malestar me asalta
Cuando tengo tranquila la conciencia?

¿Será el presentimiento de algún daño
Que el alma mia á definir no acierta?
Mas ¿quién pudo venir hasta mi oído
Del futuro á traer las confidencias?

¡Ah, nó! la causa que mi ser perturba
La triste causa de mi mal no es esa:
Es menester buscar en el pasado
La cifra del enigma... ¡allí se encuentra!

El corazón es fiel y nunca engaña,
Mas, con esta inquietud, ¿qué me revela?
¡Quién pudiera leer en letras claras
Sus vagas, dolorosas advertencias!

EL ESPEJO

Mi alma como un espejo
Tu sonrisa de virgen reflejaba,
Y, radiante de amor, mi reina y diosa,
En el cristal de mi alma te mirabas.

El día que te fuiste
El espejo quedó guardado en sombras:
Le faltaba la luz de tu sonrisa,
Le faltaba el aliento de tu boca.

El tiempo, inquieto y móvil,
Las montañas derrumba, en un abismo
Hunde los mundos y los cielos cambia;
Pero el espejo fiel, siempre es el mismo.

¡Tú, cuán otra!... Sí; has vuelto
En el cristal de mi alma á contemplarte;
Tu sonrisa es ahora amarga y triste,
¡Y dices que el espejo no es el de antes!...

PASIÓN

ÉL ¿Quieres herirme?... ¡Hiere!... ¡pero deja
Que antes bese tu mano, mi enemiga!
¡Hiere!... ¡hiere sin miedo; con firmeza!
¡Qué! ¿no es tuya mi vida?
Ábreme el pecho, el corazón arranca
Y acabe el padecer... ¡Ni eso tendría!...
¡Corazón, corazón, aunque partido
Empeñado en amarla seguirias!...
¡Mátame de una vez!... ¡á ti me entrego!

ELLA —¡Ah! ¡calla, no prosigas;
De amor, sólo de amor quiero matarte!...
¡Ahogarte entre mis brazos yo querría!
¡Mátame tú: tus labios
Sobre mis labios para siempre aplica!

SUEÑO

Soñe que tú me engañabas
Y el corazón me arrancabas
Con una burla crüel;
Y soñé que no podía
Morir, como yo quería,
Antes que mirarte infiel.
Al despertar sollozando
Bien vi que estaba soñando,
Pues amorosa te hallé;
Mas, como la vida es sueño,
No sé, en verdad, caro dueño,
Si antes ó ahora soñé.

ELEGÍA

Mi cabeza se abrasa,
Una herida mortal me pasa el pecho;
La angustia de la muerte
Dentro del alma llevo.
¡Adiós!... ¡y para siempre, alma de mi alma
Acabo de decirte!... ¡adiós eterno!

¡Ah! destilando sangre
El destrozado corazón, gimiendo,
Al alegre salón donde se baila
Y se juega al amor, pálido llego,
Con la muerte en el alma,
Mas, pues ello es preciso, sonrïendo.

¡Y yo compongo el rostro y disimulo
Como el deforme, herido Rigoleto,
Que lanza al aire sus alegres notas
Cuando en su corazón ruge el infierno!

¡Así ríe mi máscara! Mis labios
Llenos de acibar, dulces galanteos
Y frívolas palabras
Arrojan á las damas y á los vientos.
Los pimpollos de rosa
Me encuentran como nunca... ¡qué contento!...
¡No ven el ataúd, pues de olorosas
Flores está cubierto!
¡No ven mi corazón que mana sangre,
Porque el rostro sonríe lisonjero!

. . . .

¡No más! ¡no más!... ¡Piedad!... ¡Dejadme solo!...
Las lágrimas se asoman sin quererlo...
¡No puedo más fingir: dejad que salgan
Mis lágrimas corriendo!
¡Dejadme, por piedad, llorar á solas
Toda la angustia que en el alma llevo!

DESEO

Los ya cansados ojos hartos de llanto
Sin querer cierro á veces cuando en ti pienso,
Y á veces te diviso
Como en un sueño,
Y á veces en mis labios
Tus labios siento.

De aquellos dulces besos que me quemaban,
De aquella roja hoguera de luz y fuego,
Quedan humo y cenizas,
Quedan recuerdos...
¡ Qué no diera por uno
De aquellos besos !

¡ Oh ! ¡ si al abrir los ojos, por un instante
Sintiera de tus labios el suave aliento !...
¡ Si otra vez te estrechara
Contra mi pecho,
En tus brazos muriera
Preso,... así preso !...

PRESENTIMIENTO

Cuando tras larga ausencia
Me juraste que siempre me querías,
¿Por qué, mujer, de mi alma en lo más íntimo
Una voz te acusaba de perfidia?

Cuando tus labios húmedos
En un rapto rozaron mi mejilla,
¿Por qué me estremecí, cual si sintiera
El hálito mortal de la agonía?

Cuando tu boca trémula
Ardiendo de pasión buscó la mía,
¿Por qué olvidé el leal presentimiento
Y creí en el amor que me mentías!

LA MARIPOSA Y LA FLOR

ALEGORÍA

De una flor solitaria amé el perfume
Y su esencia guardé en mi corazón;
Como á la luz la amaba en mi idealismo,
Y ella me amaba con igual candor.

Tras la noche estrellada de la ausencia
Volé en su busca, al asomar el sol,
Y un gusano voraz trepado habia
Al cáliz mismo de mi bella flor.

Y ¡ay! la flor en su seno estremecido,
Dió acogida al gusano roedor,
Y desde entonces marchitada vive,
Vive muriendo, como vivo yo.

— « Ven, me dice, tus alas amorosas
Que me vuelvan mi sueño y mi ilusión. »
— « Pero, mis alas, que tu aroma guardan,
No pueden darte tu pureza, ¡ no! »

— « Ven, repite, tus alas necesito
Para escapar á mi mortal dolor. »
— « Pero mis alas, que á la luz consagro,
Ya no pueden ser tuyas, ¡ pobre flor! »

— « Ven, me dice, mi seno está sediento
De aquel antiguo ideal lleno de amor. »
— « Cuando abriste tu seno á un vil gusano
Mi ideal, gimiendo al cielo se voló. »

. . . .

De una flor solitaria amé el perfume
Y su esencia llenó mi corazón;
Hoy... ¡ en vano me buscas!... Tu destino
Es morir olvidada, ¡ pobre flor!

SOÑAR DESPIERTO

¡Admirable candor!... Yo bien veía
Que tu risa era falsa,
Falso tu amor y falsas tus caricias;
Y viéndolo, — aun así, — no lo creía.
¡Tan dulce era el engaño
Que cerraba los ojos á lo cierto!

La ilusión de tu amor me mantenía,
Y ¡ay! ¡no sé si en mi bien ó si en mi daño,
Yo soñaba despierto,
El pecho al dulce amor tan sólo abierto!...
¡Tan dulce era el engaño
Que cerraba los ojos á lo cierto!

¡Oh candor! ¡oh ceguera!
Mas, ¡quién en tales lazos no cayera!

LA FLOR DE LAS TUMBAS

Sonriendo la joven cortó de una tumba
Sin miedo una flor,
La puso en su pecho, llevóla á sus labios,
Y á un galán apuesto
Sonriendo la dió,
Cual signo de vida,
Cual signo de amor.

Y el galán sonriendo tomó aquella prenda
De amor juvenil;
Mas ¡ay! al tomarla cundió por sus venas
Un hielo de muerte
Y un fuego sutil:
Con la flor á un tiempo
Murió el infeliz.

¡Ya ves! de las tumbas las flores, amiga,
No puedo aceptar:
De amores difuntos no quiero las flores,

Son flores del mal.
— ¡Los besos ajenos
No quiero en tus labios
Volver á encontrar!

ADIÓS AL IDEAL

Inquieto el pajarillo
Rondando el árbol vuela;
Ya de pronto se esquiva,
Ya de pronto se acerca.
De rama en rama salta,
Hasta su nido llega,
Y con espanto y ruido
De súbito se aleja.
Huye veloz, mas luego
Ágil el rumbo sesga
Y las tendidas alas
Retorna á la querencia.
Ya posa en la alta rama
Donde la vez primera,
Y pía receloso
Y atisba... ¿Qué recela?
¿Qué le acontece?... — ¡Mira!

¿No ves lo que le espera?
¡No ves!... dentro del nido
Se mueve una culebra.
— ¿Qué va á pasar? ¡Espántala!
— Mírala, cómo artera,
Por fascinar al ave
Ya saca la cabeza
— ¡Ah! por piedad, acude;
¡Arrójale una piedra!
— El ave ya la ha visto
Y evitará su influencia:
Peligro que se advierte
No es fácil que nos prenda.
¡Lo dices con un tono
Y una intención!... ¿Qué piensas?
— ¿No ves?... El ave tímida,
Ya, al parecer, resuelta,
Se aleja de su nido,
Se aleja á toda vela...
— ¡Se va, se va y no vuelve!...
— ¡Se va, se va y sin vuelta!...
¡Dejar lo que se quiere
Cuántos esfuerzos cuesta!

— Aprende, ingrata amiga,
Aprende de esta escena,
Y en aunar imposibles
Tu juventud no pierdas.
Dos contrarios amores

Á un tiempo no pretendas
Anidar en tu pecho,
Que es temeraria empresa.
Imposible que juntes
Y en un nidal avengas
Amores de los cielos
Y amores de la tierra.
¡Adiós!... guarde tu seno
La mísera culebra;
Mi amor ideal en tanto,
Al cielo azul se eleva.

NO MÁS AMOR

Húndese el rayo que el espacio rasga
Sin dejar huella, en el inmenso mar;
Así mi amor, de súbito
Se acaba de apagar.

Dueño del universo parecía
Cuando dormía en el espacio azul,
Cuando sus alas diáfanas
Aprisionabas tú.

Mi pasión era intensa, yo te amaba
Como el rayo que mata sabe amar;
Y en ti, nube de púrpura,
Puse mi ardiente ideal.

Mas, muy pronto la nube se deshizo,
Cayó á la tierra, un lodazal formó,
Y entonces, mi ideal cándido
La realidad borró.

. . . . . .

¡Me engañaste!... Al saberlo, como el rayo
Al mar profundo se arrojó mi amor.
¡Besándome, mentías!
¡Besándote, mi fuego se apagó!

ESPÍRITU Y MATERIA

Entré á tu cuarto en puntillas
Por cuidarte el dulce sueño;
Por tal que tranquila duermas
Yo con gusto me desvelo.

Alcé la leve cortina
Para mirarte en silencio,
Pero, ¡oh cielos! encontré
Vacio tu blanco lecho.

Asi cuidaba una flor,
Y la cuidé largo tiempo,
Del sol, del aire y la lluvia,
De gusanos y de insectos.

Esa flor tú la llevabas
Dentro de tu mismo pecho,
Y asi es que yo la veia
Sólo con el pensamiento.

Toqué un dia el desengaño,
Pues la flor de mis desvelos,
Fué una flor que se llevó
Desde muy temprano el viento.

. , ...

Yo creía virginales
Tus caricias y tu aliento,
Y, mientras tú me engañabas,
Yo te guardaba... ¡hasta el sueño!

¡Qué Quijote me habrás visto
Con mi ideal caballeresco,
Velando ciego la flor
Que se llevaron los vientos!

¡Déjame con mis ideales
Y el desengaño que tengo :
En tanto tú, busca á Sancho
Y halla en sus brazos consuelo!

NOCTURNO

Los álamos en hileras
Al aparecer la luna
Grandes fantasmas parecen
Que en la oscuridad saludan.

Las brisas que andan errantes,
En la arboleda murmuran,
Y el agua mansa acarician
En la dormida laguna.

En tanto el grillo en la grama
Rima sus notas agudas,
Y es para el galán que ronda
Signo de buena fortuna.

Cerros azules lejanos,
Valles de eterna verdura
Y enamoradas parejas
La luna plácida alumbra.

¡Cuán serena, cuán hermosa
Su faz argentada encumbra,
Y derrama luz y encanto
Desde el azul do fulgura!

Todos gozan, todos ríen
Á tu claridad, ¡oh luna!
Sólo yo triste me encuentro
Y me escondo en la penumbra.

¡Ah! no sea que indiscreta
Una lágrima descubra
La llaga de una traición
Que llevo en el alma oculta.

¡QUÉ BELLO SOÑAR!

Hermosa y pura te soñé como antes,
Y como antes te amé:
Realidad parecíame mi sueño;
Mas, de soñar dejé.

Volví á la vida, recordé tu engaño,
Y creyendo soñar,
Mariposa sin alas, por el polvo
Te vi otra vez rodar.

En mi alma entonces, la angustiosa pena
Renovada sentí,
Y sin pensar salióse de mi pecho
Un suspiro por ti.

No te amo, no, que tú no lo mereces
¡Ay! infeliz mujer;
Pero, soñando con tu amor, aun siento
¡Qué inefable placer!

RECAPITULEMOS

Tras la fresca mañana sonrosada
Vino la plena luz del medio día,
Á la tarde el crepúsculo dorado,
Y, en pos, la noche fría.

Así fué nuestro amor, esa es su historia:
Á la mañana juventud y gloria
Pasión, encanto, sin igual ventura;
Después, nos alejamos,
Y ciego me quedé sin tu hermosura.
¿Qué fué de ti?... Viviste
Libre y á todo sol... Luego fulgura
Nuestra espléndida tarde. Tú viniste
Iluminando el horizonte mío
Á caer en mis brazos amorosos
Como el sol en el mar. ¡Ah! cuán dichosos

Vivimos un instante
En la segunda juventud amante!
¡Un instante! tan breve como el beso
Que nuestro ocaso ha sido;
¡Tan breve, tan intenso, tan brillante!...
Y en pos vino el olvido.

CUARTA PARTE

MISCELÁNEA

MISCELÁNEA

CANTARES

Era un espejo mi pecho,
Tú sola en él te mirabas,
Y el espejo se hizo trizas
Al saber que me engañabas.

—

Quisiera haberte enterrado
Antes que enterrar mi amor,
Pues que muerta y fiel, reinaras
Por siempre en mi corazón.

—

Tus flores se están secando,
¿Por qué las dejas morir?
No sea que con tus flores
También mi amor tenga fin.

Son tus ojos dos ladrones
Que el sosiego me han robado;
Ya no sé lo que es dormir
Desde que ellos me asaltaron.

—

Los peces de mi pecera
Por descuido se me han muerto;
Todo se me ha desgraciado
Desde que en ti sólo pienso.

—

No voy á llorar al río
Los desengaños de mi alma,
Porque su agua cristalina
No se enturbie con mis lágrimas.

—

Bien plantado te dí un huerto
Para tu gusto y solaz:
¿Por qué del huerto lozano
Hiciste tú un secadal?

—

Hablo para hacerte cargos,
Tú, con gritos me contestas,
Y mientes... ¡no necesito
Para juzgarte, más pruebas!

—

Para la conciencia turbia
No es agradable el pasado;

Quien huye de sus recuerdos
En su conciencia tiene algo.

—

Si preguntan de qué he muerto
Les dirás, mujer : — « Murió
De una mirada asesina,
Que le asesté al corazón. »

—

Tuviste un jardín de flores
Que se secaron al fin;
Aunque con llanto las riegues
No las harás revivir.

—

Ella piensa que me engaña
Porque me callo y reservo :
Para poderme engañar
Tendrá que nacer de nuevo.

—

Al mar arrojé una piedra,
No sé á dónde fué á parar :
Los consejos que me pides
Irán como piedra al mar.

—

Si sigues este refrán :
« Antes de hacer algún bien
Mira cómo y mira á quién »,
Menos ingratos habrán.

De mí te escondes, coqueta,
Porque te busque te escondes,
Te dejaré donde estás,
Que veo tus intenciones.

—

Por mi religión preguntas,
Pues, te tengo de decir,
Que un idólatra me he vuelto
Desde que te conocí.

—

Como estrellas fugitivas
Mis pobres cantares son,
Brillan un instante, y dejan
Más oscuro el corazón.

—

¿Mis años quieres saber?
He vivido más de mil,
Que menos no habrán pasado
Entre esperar y sufrir.

—

Dejaste la jaula abierta
Y el pájaro se voló:
No llores; tuya es la culpa
Si te abandona mi amor.

—

Los dos dias que recuerdo
Con más íntimo placer,

Son, el día en que te vi
Y el día en que te dejé.

—

Cristal roto que se pega,
Como antes no suena ya,
Y la amistad que se ha roto
Es lo mismo que el cristal.

—

En el arenal más seco
Planté el lirio de mi amor,
¡Ay! ¡por falta de rocío
Se está muriendo la flor!

—

La mujer que juró en falso
Ya no puede ser creída;
¡Tus veinte mil juramentos
Serán veinte mil mentiras!

—

Sólo un beso, un beso espero,
En que no cabe mentir,
Y es el beso que me des
Cuando me vaya á morir.

—

Solo he venido á este mundo,
Solo estoy, solo estaré...
Creí que tú me querías
Mas... solo me moriré.

Cuando me veas morir,
No te pongas á llorar,
Porque no me hagas reír
Cuando con Dios he de estar.

—

El aroma de los campos
Me reanima y me conforta;
Pero en tu sonrisa encuentro
Mucho más campo y aroma.

—

¡Oh! pastorcilla inocente,
Tu vida es mansa y feliz;
¡Yo, que soy tan desgraciado...
No me trocara por ti!

—

Ya que arrancaste esa flor
No la acabes de matar;
No la pongas en tu seno
Que en tu seno se helará.

—

— « Yo seré firme, decías,
Temo que tú no lo seas. »
Tú te fuiste, yo aquí estoy
Riéndome de tu firmeza.

—

Siento al pecho un cruel dolor
Y un insoportable afán:

— Eso, ¿lo causa el amor?...
— No; una mosca de Milán.

—

El cuento que tú me cuentas
Es cuento que yo inventé:
No me engañarás con cuentos
Que de memoria me sé.

—

Jugaste al amor conmigo,
Creyéndome enamorado;
Pero al fin de la comedia
Yo he reído, tú has llorado.

—

Un solo ser van formando
Las libélulas de á dos,
¡Ah! ¡quién tuviera esas alas
Para volar con mi amor!

—

El álamo al cielo se alza,
El sauce mira á la tierra,
Y el uno y el otro al cabo
Vienen á parar en leña.

—

Al gallo que canta aqui
Otro le contesta allá;
Pero tus bravatas, pollo,
Nadie sale á contestar.

Relampaguean los Andes
Y amenazan temporal,
Mas, son como tus enojos,
Y en cielo azul pararán.

—

Lo que despierta me niegas
Dormida me lo dijiste;
¡Mira, pues, si me reiré
De los candores que finges!

—

Sin bulas el señor cura
Come de carne en cuaresma,
Y las primicias les cobra
Á las mozas de la aldea.

—

Cuando por la playa pases
No eches tus penas al mar,
De miedo que no se asomen
Los pescados á llorar.

—

Dicen que dices que ahora
No me encuentras muy cristiano;
Así será, ya que siempre
Me tuviste por pagano.

—

Coloreando están las guindas
De dar una tentación;

Pero esa boquirritica,
¡Qué guinda, válgame Dios!

—

Si el *Cantar de los Cantares*
Es simbolismo y no más,
Dame un beso, y dile al cura
Que todo es puro cantar.

—

San Martín cruzó los Andes
Á pesar del León ibero;
Y yo, saltara tu tapia...
Si no fuera por el perro.

—

No me tires de la capa,
Déjame pasar, mujer;
Si contigo se encontrara
¡Yo viera al casto José!

—

¿Quieres saber lo que creo?
Yo creo en un solo Dios,
Y hasta en el diablo creyera
Si es que creyera en tu amor.

ZAMACUECAS

¡Cuán fresca la mañana
Sus alas bate!
Lo que á la aurora ríe
Llora á la tarde.
¡Así mi vida ha sido
Puro contraste,
Y temo que llorando
Mi vida acabe,
Mi vida acace, sí,
¡Mi vida acabe!

—

Pasa corriendo el agua
Sin saber donde
Va á parar, y cantando
Corre que corre.
Así la vida pasa
Por entre flores,

Sin ver los arenales
Que al fin la absorben,
Que al fin la absorben, sí;
¡Que al fin la absorben!

—

El árbol más frondoso
Fué echado á tierra
Por el filo inclemente
De un hacha ciega.
Así un día una ingrata
De alma de fiera
Hirió de muerte el árbol
De mi existencia,
De mi existencia, sí,
¡De mi existencia!

—

Dos mariposas blancas
Se han levantado,
Van y vienen, y juntas
Se van volando.
Así fueron tus sueños
Puros y castos:
Como las mariposas
Se van volando,
Se van volando, sí,
¡Se van volando!

Las hojas amarillas
Que fueron verdes,
Girando por los aires
Al suelo vienen.
Así mis ilusiones
¡Ay! se desprenden
Como las hojas secas
Que fueron verdes;
Que fueron verdes, sí,
¡Que fueron verdes!

—

Un pájaro en la rama
Quedó cantando
Cuando su compañera
Le arrebataron.
Como el pájaro, amigos,
Vamos cantando,
Y penas y dolores
Demos al diablo;
Demos al diablo, sí;
¡Demos al diablo!

—

Me voy, me voy cantando
Como va el agua,
Á buscar quien me quiera
Si tú me engañas.
La alegría es la higiene
Propia del alma;

Por no llorar me rio
Y á carcajadas;
Y á carcajadas, sí,
¡Y á carcajadas!

—

Las golondrinas vuelven,
Vuelven las hojas;
Donde una rosa muere
Nace otra rosa.
Si tù ya me despides,
Si tú te enojas,
Buscaré una chiquilla
Más cariñosa;
Más cariñosa, sí,
¡Más cariñosa!

—

Cuando yo te quería
No me quisiste,
Cuando yo no te quiero
Tú me persigues;
Y en esta danza
Van y vienen las olas
Que no se alcanzan;
Que no se alcazan, sí,
¡Que no se alcanzan!

—

Sobre un crestón de plata
Dormí sin verlo,
Y allí mismo su suerte
Se halló un minero.
Así á tu lado
Pasé sin conocerte,
Y otro te ha hallado;
Otro te ha hallado, sí,
¡Otro te ha hallado!

SEGUIDILLAS

Las cosas más ocultas
Dentro del pecho,
Cuando menos pensamos
Salen al viento.
¿Quién las ha dicho?
Sin querer ni pensarlo,
Nosotros mismos.

Del fuego más tapado
Por la ceniza,
Hay soplos traicioneros
Que sacan chispas.
Así del pecho
Saltan chispas á veces
De los secretos.

¡Ah! ¡tú, que me sonríes
Y me acariñas,
Algo tienes adentro
Que no se explica!

Algo te zumba...
¡Échalo fuera, luego,
No se te pudra!

Tú no esperas, ni lloras
Y estás contenta,
Y, no obstante, hay un algo
¡Guá! que te inquieta.
¿Qué será eso?
¿Qué será lo que escondes
Dentro del pecho?

Si son recuerdos viejos,
Y á más penosos,
Vale más desahuciarlos
De cualquier modo.
¡Échalos fuera,
Antes que sople el diablo
Y haga una hoguera.

Antes que el diablo sople
Di el *mea culpa*,
Pues, más vale lo cierto
Que andar en dudas.
¡Al agua el pecho,
Y viva la franqueza
Que es gran remedio!

BECQUERIANA

Volverán las azules campanillas
En tu balcón sus ramas á colgar,
Y al soplo de la tarde conmovidas
De nuevo temblarán.

Volverán las oscuras golondrinas,
Bulliciosas, jugando volverán,
Y al tocar con el ala á tus cristales
Á ti te llamarán.

Y otra vez asomada á tu ventana
La hora de la cita aguardarás;
Pero, lo que es ahora, desengáñate...
¡Ni el polvo me verás!

CHASCOS Y PERCANCES

Anoche á tu reja
Miré dos carbunclos;
— Son sus lindos ojos, pensé, los que lucen;
Y eran los de un buho.

Haciéndome señas
Divisé un pañuelo,
Acudí volando, y era una tohalla
Que movía el viento.

Púseme á esperarte
Bajo tu ventana,
Quedéme dormido, y un galán más listo
Cayóme á la espalda.

De mi negra suerte
Me fuí renegando:
¡Qué á ti, y á los tuyos, tu madre y tu abuela
Se los lleve el diablo!

LOS DIOSES SE VAN

I

Ya nadie, dios Eros, al templo derruído
Votivas palomas
Te va á consagrar.
Ya nadie, amoroso, ni luces, ni gomas
De gratos olores,
Te quiere llevar.
Las bocas divinas de Pafos y Gnido
Sus himnos te niegan,
Amantes y amadas te dan al olvido;
Tu culto reniegan,
Y en triste abandono dejaron tu altar.

II

Mi pecho es el ara que está silenciosa
Do un tiempo, Arsinoe, te supe adorar.

Tù fuiste mi encanto, mi diosa y mi dueño,
Mas, hoy... ¿qué me quieres?
Mi amor es un sueño;
¡Que vuelva no esperes
Que es vano esperar!...

Tus ojos de fuego,
Tus labios de rosa,
¡Ahora como antes, no me han de engañar!
Fugaces huyeron los plácidos años
De bellas ficciones y gratos engaños...
¡Los dioses se fueron
Y ya no vendrán!

— ¡Buen viaje, mi ex-diosa;
No vuelven los dioses que una vez se van!

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Siento correr el fuego de la vida
Cuando recibo el sol de tu mirada,
Que, sin querer, me excita y me convida
Por el fecundo amor iluminada;
Vibran mis nervios como el arpa herida
Por la mano que tiembla apasionada,
Y ardiente la mejilla, el pecho opreso,
Siento en los labios palpitar el beso.

LA CALUMNIA

— Juan contra ti desata
Su lengua de escorpión. — Él se retrata.
— Gil, desacreditarte vil procura.
— En nada lo he ofendido.
— Pedro, con enconosa mordedura,
Tu fama limpia babosea y mata...
— ¡Eso no puede ser : no lo he servido!

LONGINO

Era ciego Longino, y lo pusieron
Delante de Jesús crucificado :
« ¡Á tu enemigo hiere! le gritaban,
¡Hiere firme, valiente legionario! »
Y el malvado la punta de su lanza
Feroz clavó del Cristo en el costado.

Saltó la sangre pura
Á sus ojos sin luz, desde lo alto,
Y, entonces, de aquel ciego
Los ojos otra vez se iluminaron.

— ¡Luz, Señor, para el ciego que me clava
De la calumnia el ponzoñoso dardo!

ESTROFAS SUELTAS

I

¿Por qué callé? ¡No sé! — ¿Por qué he cantado
En la mañana fresca de la vida?
¿Por qué da flores, preguntadle al prado,
Cuando renace la estación florida?
¿Por qué sus flores vírgenes
Aroma exhalarán?
— ¿Ellas mismas, acaso lo sabrán?

Como las aves en el blando nido,
Aletean en mi alma las canciones,
Que á vagar á los vientos han salido
Palpitantes de vivas emociones.
Y esas errantes aves
¿Á dónde, á dónde van?
— ¿Ellas mismas, acaso lo sabrán?

II

Inconcientemente construye su nido
La azul golondrina que luego se va;
Así tú, buscando mi alero has venido,
Y, acaso, mañana también tú te irás.

III

Ella me dijo
Que me quería,
Y, al otro día,
Al encontrarme, ni me miró.
Creyó la pobre
Que yo era rico,
Y así me explico
El fuego fatuo de su pasión.

IV

En la poza en que te bañas
Peces vienen, peces van,
Y, por más que haces, no puedes
Ni el menos listo atrapar.
Me echas el ojo, y soy pez
Que las redes sé esquivar...

Yo matrero, tú inexperta,
¡Juzga si me pescarás!

V

Cortado, se fué elevando
Y volteando
Tu globito cimarrón;
Y á mí se me fué volando,
¡Ay! ¡volando
Se me fué tu corazón!

VI

Solos al bosque fuimos
Solos en él vagamos,
Y, como entramos
Así salimos.
Así, Rosa, nos fuimos y así tornamos,
¡Y no falta quien diga que nos perdimos!

VII

Las campanas de la fama
Dicen todas de una dama,
Tin-tin-tin;
Mas, por sus artes, al fin,

Las beatas y el sacristán
Las hacen decir á todas,
Tan-tan-tan.

VIII

Como el meteoro rápido
Que fulgurante pasa
Y nos deja en mayor oscuridad,
Así el amor, de súbito
Iluminó tu casa,
Y se fué, y aumentó tu soledad.

IX

— Ver en el porvenir, ¡qué grande empresa!
¿Qué va á ser de nosotros? — No sabemos
Mañana qué vendrá. — ¿Y crees posible
Descifrar del futuro los misterios?
¿Hay algo más difícil?... — Sí, mi amada:
¡Ver en el fondo de tus ojos negros!

X

El espejo en mil partes fraccionado
Mil veces reproduce el rostro bello
De la dama gentil que lo ha quebrado:
Así mi corazón: piensa tú en ello.

XI

Otra vez los prados cubiertos de flores
Volverás, amiga, de Chile á pisar,
Y otra vez sus brisas de gratos olores
Volverán ligeras tu frente á besar.

De los bellos días tan luego nublados,
Surgirá el recuerdo, con vivo fulgor;
Si de mí te acuerdas, mis males pasados
Borrará una sola caricia de amor.

XII

Hay días de primavera
Qué más parecen de otoño:
Hoy, que tu sol me ha faltado
Todo está mustio y lloroso.

El otoño tiene días
Que son de la primavera:
¡Te he visto, y abren las rosas
Y los nidos aletean!

DÍA Y NOCHE

Las nubes negras del cielo
Se encienden en oro y grana;
Tú vienes, y se iluminan
Todas las sombras de mi alma.

El rosicler de las nubes
La noche tétrica apaga:
Te vas, y en mi alma las penas
Tienden otra vez sus alas.

EL PICAFLOR

Dormía el picaflor entre las ramas
El sueño del invierno,
Lo acercaste á tus labios
Y la vida le diste con tu aliento.

¡Oh! ¡si así mi esperanza
Resucitaras el calor de un beso!...

AMOR FUGAZ

(Imitación de Blasco)

Voló un suspiro de tu pecho amante,
Nació una perla en tu pupila azul,
Y en los sueños de amor del alma mía
Apareciste tú.

Murió el suspiro por el aire vago,
La perla de tus ojos se secó,
Y en los sueños de amor del alma mía
Tu imagen se borró.

CONTRASTE

Mi amor es viento del trópico
Y son sus alas de fuego;
Mas ¡ay! que vino á estrellarse
En ti, montaña de hielo.

Ni el sol con su poderío,
Ni mi pasión con su aliento,
Podrán de tu corazón
Deshacer el ventisquero.

AMOR

La luz alimentada en nuestro seno
Por mano de vestal,
No tiene ese calor que llega al alma
Y hace del pecho un rugidor volcán.

Tus miradas de amor castas y puras,
Luz de la luna son;
Mas, la antorcha radiante de la vida
Sólo se prende en el radiante sol.

Tu fraternal cariño, entre los ángeles
Podrá llamarse amor:...
¡Yo quiero un beso que me llegue al alma,
Un beso que me queme el corazón!

¡OH CORAZÓN!

Llena de juventud y de pureza
Anoche te soñé, loco de amor;
Como nunca tu espléndida belleza
De inefable placer me enajenó.

¡Oh, poder de los sueños! ¡te miraba
Como en los días de ardorosa fe,
Y más bella y más pura te encontraba,
Y más te amaba mientras menos fiel!

LA ABEJA RUBIA

Una abeja rubia tus labios de rosa
Vino equivocada volando á picar;
Tú, á cogerla fuiste, y huyó presurosa
Y su arpón de fuego te clavó al pasar.

Yo, como esa abeja, tus labios sedientos
Buscando placeres un día besé...
Como ella, burlado, perdido me siento
Y, acaso, como ella, por ti moriré.

TELA DE ARAÑA

Con reflejos verdi-rojos
Como Sirio en su esplendor,
Entre árbol y árbol hay hebras
Como los rayos de un sol.

Vi, al acercarme, una araña
Artimañera y feroz,
Que aquellos primores teje
Con instinto matador.

Corté sus hilos traidores
Y me alejé, de ti en pos,
En las caricias pensando
Que sabe tejer tu amor.

COMO LA NOCHE

La noche soñadora
Con sus abismos de celeste luz,
Oscura siempre y de promesas llena,
Es como tú.

La noche voluptuosa,
Morena esfinge sobre raso azul,
También tiene misterios tentadores,
Tal como tú.

La noche impenetrable,
El hada negra que en su negro tul
Á la tierra te trajo, es traicionera
Tal como tú.

GRAVITACIÓN UNIVERSAL

¡Ay! ¿quién pasa que he sentido
Un golpe en el corazón?
— Soy una luz. — Para mi alma
Mezcla de goce y dolor.
— Fuerza soy de Dios nacida,
Y en su inmensa creación
Uno y atraigo los seres.
— Pues ¿quién eres? — El Amor.

VIDA NUEVA

— ¡Alto ahí, que nadie pasa!
La Tiranía exclamó.
— ¿Nadie? — ¡Yo mando en mi casa!...
— Antes que llegara yo.
— Dios, el mando á mí me dió.
— Tú no dices la verdad.
— Desde muy remota edad
Este pueblo es mi rebaño...
— Vengo á destruír ese engaño.
¡Paso!... ¡soy la Libertad!

NEBLINAS

Diáfana, leve, la neblina suelta
Tiende sus alas ante el sol que asoma,
Y ágil, el himno de la madre tierra
Lleva á los cielos.

Reina del día, cuando el sol desmaya,
Púrpura y oro esplendorosa viste:
Parda, luctuosa, cuando el sol se esconde
Baja á la tierra.

Blancas neblinas mis deseos eran,
Nubes purpúreas mis encantos fueron,
Iban muy alto, mas sus vuelos, ora
Corta la tarde.

Leves vapores de la vida humana,
Luces fugaces, esperanzas locas,
¡Idos!... ¡qué importa, si la noche amiga
Me abre otro mundo!

EL ARCO-IRIS

Á alcanzar el arco-iris
Fuí encantado cuando niño,
Y por conseguir mi intento
Trepé entre breñas y riscos.

Más tarde, igual ilusión
Correr de nuevo me hizo
Tras un miraje de gloria
Que se volvió oscuro nimbo.

Tras del amor, la fortuna
Y el poder, después he visto
Otros muchos corredores
Que vanamente han seguido.

Y ya viejo, pienso ahora
En mis futuros destinos...
¡Y recuerdo el arco-iris
Que perseguí cuando niño!

SUCH IS LIFE!

— La primavera se ha ido.
— Y eso ¿qué me importa á mí?
¡Cuando yo vivo pensando
En lo que está por venir!

— Ya vuelve la primavera.
— Muy indiferente me es;
Porque ya vivo pensando
Solamente en lo que fué.

EXPERIENCIA

Golpeó alegre á mi ventana
Y me decía al golpear:
— ¡Abre, yo soy la Mañana
Que te viene á despertar.

Golpeó cual la vez primera
Y me dijo: — ¡Ven á abrir!
Ven, yo soy la Primavera
Que te vuelve á sonreír.

— En vano mi vidrio empañas,
Le contesté con dolor;
¡Con tus artes no me engañas,
Que ya te conozco, Amor!

ÍNDICE

Págs.

Rasgos biográficos de don E. de la Barra . . . 1

PRIMERA PARTE

RIMAS LAUREADAS

Advertencia á las « Rimas laureadas ». 3

RIMAS LAUREADAS, POR JOB

Introducción 7
I. Fuí resuelto á decírtelo. 11
II. Cuando yo te rogaba suplicante. 12
III. ¿Por qué la mar solloza y gime el viento?. . . 13
IV. Bárbaro, á Omar llamaron las historias. . . . 14
V. Hielo, hielo, más hielo. 15
VI. ¡Cuántas veces, sencillos y felices! 16
VII. Te dí una flor regada con mis lágrimas 17
VIII. La tinta con que escribo no es más negra. . . 18
IX. El cano invierno con su manto cubre. . . . 19
X. Asomado al abismo de mi pecho. 20
XI. Tú eres el cielo azul y reluciente. 21
XII. Ella era hermosa como el alba y pura. 23
XIII. Negros eran los ojos de mi amada. 24
XIV. ¿Vuelven los muertos á la tierra oscura? . . . 26
XV. En el fondo de un témpano de hielo. 27
XVI. Cuánto lloré en silencio, no lo saben. 28
XVII. Espléndida y sencilla. 30
XVIII. Pensando en ti, miraba. 32

Págs.
XIX. Mientras más miran los humanos ojos. . . 34
XX. Era tan dulce el sueño que me creaste. . . 36
XXI. No me mires con ojos cariñosos. 37
XXII. Yo soy hermosa como ninguna. 39
XXIII. La vida es sueño, Calderón lo dijo. 41
XXIV. Á Walter Burton. 42
XXV. Sus guantes perfumados 46
XXVI. Salimos del teatro impresionados 47
XXVII. Aparta, aparta de tus rojos labios 49
XXVIII. Desde su lecho de grama 51
XXIX. Leía en alta voz tiernas endechas. 52
XXX. ¡Oh, Dios! esa mirada. 54
XXXI. Como saeta disparada al viento 56
XXXII. Cuando la fiebre ardiente nos devora. . . . 57
XXXIII. El amor de los ángeles. 59
XXXIV. Si el corazón tuviera por acaso. 60
XXXV. Como ese espejo que á tus pies caído. . . 61
XXXVI. Id, suspiros del alma. 62
XXXVII. Bella te vi, tu juventud garrida. 66
XXXVIII. Cuando no pienso en nada, en mucho pienso. 68
XXXIX. Lo que cuesta una lágrima no sabes. . . . 70
XL. ¿Por qué no te lo dije? 72
XLI. Dos ángeles lucientes y severos. 74
XLII. Mi vida, mi encanto, mi luz, mi alegría . . 76
XLIII. Lleno de gasas y lucientes ojos. 78

RIMAS LAUREADAS, POR ALÍ GAZUL

Milagro 81
Flores de la tarde. 83
Amor ideal 84
La canción de lo real. 88
Símiles 90

Págs.
El primer trovador 91
El jilguero 93
El anillo 95
Hipnotismo 97
Pigmalión 98
Huellas y ruinas 100
Á Galatea 101
Ensueños 103
¡Linda! 105
Los mensajes del amor 106
Mis sueños 108
Tu sonrisa 109
Spes unica 110
Tus cartas 111
Celos 112
¡Sola! 113
Mimí 114
Lección 115
Consuelos interesados 116
Reflejos 118
Á H. S. B 119
Amor natural 120
La canción del loco 122
Los buitres 125

SEGUNDA PARTE

NUEVAS RIMAS

Hojas de otoño 129
Desencanto 131

Págs.

La luciola 133
El jazmín 134
Las estrellas 136
¡Volverán! 138
Infierno 140
Traición 142
En la tumba 144
Espírita 146
Erupción 148
Así me olvidarás 149
La esencia de las cosas 150
Ayer y hoy 152
Antes y después 153
Bello es el mundo 154
Octava con estrambote 155
Luz de los astros 156
Imagen 158
El cielo azul 159
El ocaso 160
Estrella de la tarde 162
La tisis 164
Bellezas truncas 165
¡Khairé! 167
¡Quisiera llorar! 169
La oración 170
Semblanzas 171
La linterna del faro 172
Rebeca 174
Los muertos 176
La duda 178
El grillo 181
Las golondrinas 183
El arco de Ulises 185
Umbra et nihil 188
Oda á la paloma 189
Sic transit 192

Págs.

Vista polar 193
Las hojas secas 197
¡Madre mía! 204

TERCERA PARTE

POEMAS DEL CORAZÓN

Introducción 217
Mañana y tarde. 221
El nido abandonado. 222
Á Williams el Adivino. 224
Adiós á Comares 227
Canciones sin palabras. 230
Fantasía. 236
¡Ah! ¡no sé donde estás!... 238
¡Voy á verla! 239
¡Al fin! 241
Madrigales 242
Á solas 244
En compañía 245
Alas del amor. 246
Esperemos. 248
Hoguera. 249
Anacreónticas 250
¡Jamás! 252
Presagio. 253
Voces del alma 254
El espejo 255

Págs.
Pasión. 256
Sueño. 257
Elegía. 258
Deseo. 260
Presentimiento. 261
La mariposa y la flor. 262
Soñar despierto 264
La flor de las tumbas 265
Adiós al ideal. 267
No más amor 270
Espíritu y materia. 272
Nocturno 274
¡Qué bello soñar! 276
Recapitulemos. 277

CUARTA PARTE

MISCELÁNEA

Cantares 281
Zamacuecas 290
Seguidillas. 295
Becqueriana 297
Chascos y percances. 298
Los dioses se van. 299
El *Cantar de los Cantares*. 301
La calumnia. 302
Longino. 303

	Págs.
Estrofas sueltas	304
Día y noche	309
El picaflor	310
Amor fugaz	311
Contraste	312
Amor	313
¡Oh, corazón!	314
La abeja rubia	315
Tela de araña	316
Como la noche	317
Gravitación universal	318
Vida nueva	319
Neblinas	320
El arco iris	321
Such is life!	322
Experiencia	323

París. - Tip. Garnier hermanos. 6, rue des Saints-Pères.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 13 07 09 007 7